intervalo ALBUM



RENACER EN LAS RUINAS

por INA DHAL

DIBUJOS DE DANIEL HAUPT

Frente al parque de Charlottenburg, con sus plantas de begonias y otras flores que despedían con tristeza al verano a causa de acercarse su muerte, se alzaba una reducida mansión de bellas líneas y señorial sencillez.



Esa era la residencia del profesor Eric Stroesser, quien, allí, tras las diarias clases en la Facultad, dejaba transcurrir las semanas y los años, concentrado en el estudio y en los experimentos que realizaba en el minúsculo laboratorio que había instalado en el sótano.



Parecía no importarle dejar atrás su juventud, o bien, no se apercibía de ello, entregado a sus apasionantes investigaciones y rodeado siempre de estudiantes que, como las flores del parque, cada año se renovaban . . .



Algunos entretejieron historias extrañas acerca de su conducta. En realidad, llamaba la atención que un hombre como él, joven aún, rico, inteligente y admirado por su saber, llevara una solitaria existencia en la inmensa casa que cuidaba un anciano criado.



Cualquier muchacha se habría sentido orgullosa de ser elegida por él; por lo mismo, todas suspiraban un poco al verlo siempre solo, impasible y distante.



Uno de los que aceptaba sin extrañeza la conducta del profesor era Robert Vanner, estudiante inglés, becado por su país para perfeccionar en Berlín sus conocimientos y que se había convertido en ayudante de Stroesser.





Sí, Eric Stroesser, que ocupaba su mañana en las clases, tras el frugal almuerzo se encerraba en su laboratorio.

Lo encontró absorto en sus cálculos y tuvo que levantar la voz para que lo oyera. Eric se quitó un momento las gafas y pasó una mano por la cansada frente. Luego como de costumbre, preguntó:

¿Tardará mucho Singrid?



Robert anudó su bata mientras contestaba:

Su tía se siente algo enferma, aunque no quiere reconocerlo. Singrid decidió obligarla a descansar. Dijo que se quedaría hasta la hora del té con ella.

Bien, la necesitamos para que continúe con el experimento que comenzó...



Le dolía a Robert aquella confianza del profesor en Singrid, aquella muchacha vehemente y apasionada, con un espírtu en constante lucha con su razón.



También ella amaba el estudio, y Stroesser la había elegido como ayudante, igual que a Robert, aunque su alumno preferido era Paul Giraud, estudiante francés, de brillante y aguda inteligencia, pero soñador insaciable. Con pena, solía recriminarle:



Si usted dedicara más horas al estudio...

Si Paul hubiera estudiado más . . . Pero el muchacho, en cuya mirada brillaba la chispa del genio, amaba el estudio como amaba la hermosa ciudad, cuyas casas y plazas eran historia, como sus jardines y sus ríos.

Sí, Herr Profesor. Trataré de hacerlo.



Se veía a Paul casi siempre solo; por eso sorprendió a Singrid encontrarle una tarde esperándola a la puerta de su casa.

Recibí carta de mi casa. Las noticias no son buenas y me sentía triste. ¿Puedo acompañarte hasta la casa del profesor?



Por supuesto. Pero podías haber subido. Ya conoces a mi tía.

En efecto, Paul era uno de los pocos compañeros de Singrid que tenía acceso al hogar de la anciana señora Kruger y que gustaba escuchar sus relatos de un pasado feliz y brillante. Paul, ante las palabras de la joven, se disculpó.



Ya sabes que me encanta conversar con tu tía. Pero hoy me siento en uno de esos pocos momentos malos que tengo. Soledad y abatimiento, ¿sabes? Y como si todo lo que hago no tuviera que servir para nada . . .

Bueno, quizá pudiéramos tomar en cualquier parte una taza de té antes de ir a mi trabajo . . .



Como siempre, se mostraba comprensiva, sin hacer innecesarias preguntas. Más tarde, en un viejo Café, lleno de espejos y rincones agradables, él fue hablando deshilvanadamente.

Me apasiona la investigación, pero requiere tiempo, saber esperar. Ahí, en el Hospital, hay acción . . .



Se da ahí la oportunidad de actuar, de luchar para retener la vida de alguien que se nos escapa de las manos, y en caso de ser vencidos, sentir entonces rebeldía y abatimiento.



Esta mañana, Eric Strosser se enojó otra vez. Como he pasado la noche haciendo la guardia de un compañero en el Hospital y no le preparé un trabajo...

Eso influye en tu estado de ánimo. Porque tú le admiras y le quieres . . .



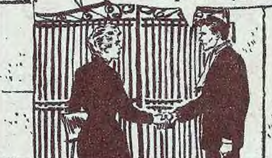
Me agradaría que estuviera orgulloso de mí, pero no puedo, como Robert Vanner, por ejemplo, estar siempre concentrado en un estudio, pero indiferente a los seres que viven, sufren y mueren cada día . . .





Tal, como la había encontrado ella cuando, agotada por el estudio, sólo ansiaba caminar, y el muchacho desgarbado la acompañaba; o, sino, el sentir toda la tragedia de haber perdido a sus padres, y Paul oprimir cálidamente su mano.






















Ella, desarraigada, ignorante de su pasado, sólo podía contar con el presente y futuro que él le diera. Y Hermann supo dejar su rudeza para besarla, agradeciendo la dádiva generosa de su vida limpia y pura.


El rocío de la noche era ya escarcha en la mañana. Sucesión de días iguales para muchos, y entre ellos, para Singrid, hasta aquella tarde en que al llegar a su casa...
¡Robert! ¿Tú aquí?


Era la primera vez que él estaba allí.
Terminé pronto la gestión que el profesor me encomendó y pensé encontrarte. He pasado un rato maravilloso conversando con tu tía.


Le pareció eso algo maravilloso, y al mirarlo ella en sus ojos, Robert se sintió deslumbrado. Las manos se estrecharon con un leve temblor, y la anciana, intuyendo quizá lo que ni ellos sabían, sonrió dulcemente.


Amaneceres grises, con niebla y lluvia que eran más grises en el Hospital. María veía a veces que una vida se escapaba de sus manos y aún no había aprendido a vencer la angustia ni a ser indiferente.
Trate de dormir. Yo estoy a su lado.


Y se quedaba allí, reteniendo la mano del moribundo, pensando que tal vez ella no tuviera a nadie a su lado en un trance como ése. ¡Pese a Hermann, se sentía tan sola!
Duerma Todo va bien.


Cuando la muerte velaba las pupilas implorantes, quedaba en ellas la visión de un rostro dulce, de una sonrisa de aliento y fe en un más allá, y en la mano, la suave presión de la despedida...



Esa mañana se había repetido la escena. El hombre, un obrero operado de un sarcoma, había fallecido. Dejaba mujer y varios hijos, pero había partido solo, únicamente con el aliento que ella le infundió. Al salir a la calle, el viento helado la hizo estremecer.
María...


¡Cuánto me alegra verte! ¿No tienes clase hoy?
Se suspendió. Tuvimos que asistir a una conferencia... El futuro de mi patria será un futuro de gloria. ¡Hitler tiene grandes planes!


María se estremeció de nuevo, pero ahora no por el viento helado sino porque aquellos planes podían significar guerra, separación, dolor. Él seguía hablando:
¿No te parece magnífico?
Sí, sí, ¡por supuesto!, pero en caso de guerra... ¿Qué sería de nosotros, Hermann?


Avanzaba el invierno y Berlín se había engalanado con la albura de la nieve. Ya Singrid no regresaba nunca sola a su casa y las palabras parecían siempre nuevas.
Te quiero.
Yo también te quiero, Robert. Con toda mi alma.

Y las veladas tenían para ella un encanto más, sintiendo por vez primera todo lo que podía representar un hogar cuando se tiene en él a los seres que se ama. Su felicidad no la volvía egoísta pues, compadeciéndose de la soledad de Paul, lo invitaba con frecuencia. ¡Cómo recordarían más tarde todos esas noches de paz!





















Comprendió que la había visto acompañada por Paul y se sintió herida. ¿Y si, en efecto, Robert, estaba con otra? Le había dicho que la quería, pero era difícil penetrar en su interior...



La noche le pareció a Singrid fría y oscura, e interminable el camino hasta su casa. Encontró a su tía dormitando junto al fuego y besó su frente. Algún día, ella podría también vivir sólo de recuerdos...



También la noche fue larga y sólo hacia el amanecer pudo Singrid conciliar el sueño. Robert no le había dado ninguna explicación por su ausencia. Cuando, por fin, en la siguiente mañana lo vio en la clase, su mirada la tranquilizó, aunque sus palabras la inquietaron.





Otra muchacha hacía la misma pregunta que un día formuló María a Hermann.

Y esa noche...





¡Guerra! Ya toda la gente tenía esa palabra en la mente, sin atreverse aún a formularla en voz alta. El temor de los que aún recordaban se mezclaba con el entusiasmo de las nuevas generaciones: esos muchachos fuertes y decididos que soñaban con la gloria para su patria...



Más tarde, mientras Paul se despedía de la señora Kruger, Robert se inclinó sobre la cabeza de Singrid y sus labios rozaron su cabello.



¡Guerra! ¿Qué significado tenía para el profesor Eric Stroesser? Esa noche, el libro yacía a su lado, sin ser leído, y el café se enfriaba, mientras sus ojos miraban las llamas azules y rojas del grueso tronco que ardía en la chimenea.



En toda las miradas había un brillo extraño, producto del temor o del entusiasmo. Singrid y Robert, deliberadamente, eludían hablar de "aquello" que estaba en el pensamiento de todos.




Pero un día, en el laboratorio, cuando quedaron solos un instante...
Antes sólo me importaba el trabajo. ¡Aprender, asimilar todo! Ahora, sólo me interesa saber que estás a mi lado, que puedo besarte, que puedo mirarte horas y horas...


Por ello me siento terriblemente desgraciado, porque si hay una guerra, Singrid, tendremos que separarnos...
¡Deseaba que no pronunciaras esa palabra, que no pensaras siquiera en la posibilidad de una separación! No podría resistirlo, Robert.


Había lágrimas en los ojos de ella y Robert, impulsivamente, se inclinó para besar esos ojos. Eric Stroesser pudo verlos al regresar de improviso, y sus puños se crisparon ante la escena que calificó de desagradable en su pensamiento.


Los jóvenes estaban impacientes; entre ellos, Hermann.
¡Nuestra disciplina y nuestra preparación han de admirar al mundo entero, María!
Sí, desde luego. ¡Pero me quedaría tan sola si te fueras a luchar!


Paul no faltaba ninguna noche a casa de Singrid, y algunas tardes, descuidando sus estudios, iba a tomar el té con la anciana señora Kruger, con la única que se permitía hablar de cuanto había en su corazón.
Hoy nos une todo pero mañana nos odiaremos...


Paul, no es posible que ocurra de nuevo. ¡Todo es tan reciente aún!
¿Para qué engañarnos y mantener falsas esperanzas?... La guerra ya está aquí... Naciones enteras se declararán enemigas, se matarán con ensañamiento y se odiarán.


Aquellos con quienes compartimos hoy nuestro pan serán mañana nuestros enemigos; por tenderles una mano, seríamos fusilados...


La noticia circuló rápidamente y las lágrimas se mezclaron con los cantos de júbilo. La ciudad entera se arrojó a las calles y los trenes se colmaron de gentes que huían hacia el sur o se adentraban hacia el norte.
He aquí mi pasaporte con el visa de salida...


Debo regresar a Francia.
Supongo que sabes cómo me siento.


Sí, me aprecias y eso es un consuelo para mí, aunque si tú hubieras querido... Bueno, ¿para qué hablar ahora? Anhelé estar siempre a tu lado, pero ni tú ni la vida lo han querido así. Es posible que no volvamos a vernos, pero recordaré esto siempre...


Era una sencilla confesión. La señora Kruger trató de contener sus lágrimas y Singrid lo miró con dulzura.
Tampoco nosotros te olvidaremos, Paul. Siempre serás mi mejor amigo...


Luego de colocar un beso en la frente de la anciana y otro en la mejilla de Singrid, Paul abandonó aquella casa que había sido un poco su hogar. Todavía faltaba algo: estrechar la mano del profesor Stroesser...


La impasibilidad del profesor se quebró y la emoción brilló en los ojos, siempre tan duros y fríos.
Me gusta que hayas venido y que, como yo, sientas el horror de la guerra. Nosotros no podemos aceptar la lucha cruel de los hombres...


Esa lucha que, sin embargo, nos arrastra... Le debo mucho profesor y no le olvidaré.
Hubiera querido hacer más por ti, pero no fue posible. Serás un buen médico y un hombre de bien. Que Dios te ayude.


Cuando, al amanecer, Paul dejó atrás la ciudad, un pálido sol se insinuaba en el horizonte. Berlín yacía arropado bajo la nieve. ¿Volvería alguna vez? Pero quizá entonces no estuvieran ya allí Singrid ni el profesor. El temblor de su mano le obligó a apagar el cigarrillo.


Antes de que llegara la noche de ese mismo día, Singrid tuvo que enfrentar otra despedida para la cual se había ido preparando en medio de su felicidad.
No puedo expresarte todo lo que siento.


Sólo quiero que recuerdes que te quiero. No puedo casarme ahora y llevarte a Inglaterra porque sé que sentirías en mi país lo mismo que ahora yo experimentaría en caso de quedarme aquí. Pero, más adelante, trataré de volver...


Más adelante. ¿Cuándo? Singrid cerró los ojos un instante. ¿Acaso él no pensaba en lo que serían esos días futuros de soledad ni en el enigma que para ellos encerraba el futuro?
Comprendo, Robert. Piensa que yo te quiero con toda mi alma.
daniel haupt 61.


En otro lugar María Melikov, sintiéndose tan desvalida como en el pasado, cuando un anciano la dejó sin palabras en la gran ciudad, leía aquel papel: "Salimos de inmediato. Volveremos victoriosos. Te quiero. Hermann".


El tiempo comenzó a pasar, encadenando las semanas a los meses. ¡Dos años! Lo cual, como Singrid pensaba en aquel instante, podía significar poco o mucho.
¡Las sirenas! ¡Bombardean de nuevo!


El ulular de las sirenas se mezclaba con las primeras explosiones. La gente comenzó a correr hacia los refugios. Singrid pensó una vez más en su tía que, sin ayuda, no podía abandonar su sillón. Un hombre le dijo:
¡Venga! ¡El refugio está allí!

La noche llegó de improviso y tenía que guiarse por la materia fosforescente del borde de las veredas y el resplandor de los primeros incendios. Al llegar, el horror la paralizó. . .



La juventud de Singrid, que se agostó con la partida de Robert, terminó para siempre esa noche. Ya no tenía a su tía, ni quedaba nada de lo que fue su hogar. No supo cómo, en la siguiente mañana, llegó al Hospital.



El destino quiso que un hombre la viera. Así fue como Eric Stroesser la ayudó a subir la escalinata y luego la condujo a su consultorio.



Más tarde, Eric acarició su cabello.



Así supo Singrid el secreto del profesor, lo que motivó su retraimiento, su hosquedad, le compadeció. Luego, él la acompañó a un Hotel.



Llegó temprano en el siguiente día. Y entonces. . .



La proposición era inesperada. Singrid pensó que, si aceptaba, perdía para siempre a Robert, pero. . . ¿Acaso él no había dejado todo librado al azar, resignándose a la separación? Algo inexplicable la impulsaba hacia el profesor, cuyas grises pupilas estaban veladas por la emoción al decir:



Fue un matrimonio más, de aquellos celebrados a toda prisa, sin ostentaciones. El temor de continuar solos los había unido, pero, cuidadosamente, evitaron hablar del pasado, pronunciar nombres, aunque conscientes de que entre ellos. . .



. . .estaba la sombra de Robert Vanner, que a veces parecía hasta materializarse. Entonces, Eric parecía distante y abrumado.




No podía hablarle de "él", ni decirle que se sentía desgraciado porque cada día la amaba más y la sentía más lejos. Pero, al fin, supo cuál era su camino. . .
Dejé el Hospital, Singrid. He pedido ser enviado al frente.


¡Eric! ¿No pensaste en mí? ¿Tan poco te importo?
Tendré algunos permisos para venir a verte. Adolf cuidará de ti. Esto ha de terminar algún día. Creo que a los dos nos conviene una separación. . .


Ella no quiso suplicar, y él pensó que en su callada aceptación estaba demostrada su falta de amor.
Está bien, Eric. Odias la guerra y ahora vas hacia ella.


Sangre, lodo, tierra. . . Tableteo de ametralladoras, explosiones, miedo, heroísmo, ensañamiento . . Sí, todo lo que Eric había odiado siempre estaba allí, cercándole en días y noches que no tenían medida de tiempo.


El sueño tardaba en llegar. Pensaba en Singrid, en su casa, en lo que estaba tan lejos de allí y que quizá, en un momento, fue destruido para siempre. En un instante así, algo terminó de aplastarle.
Doctor. Han llegado prisioneros gravemente heridos.


Mecánicamente fue atendiendo a pobres diablos agonizantes. De pronto, al inclinarse sobre uno de ellos...
¡Paul!
¡Herr Professor!


Una granada había destrozado el cuerpo. Nada podía hacerse por él, excepto inyectarle una generosa dosis de morfina para aliviar su sufrimiento.
¡Muchacho!
Ahora somos enemigos, Herr Professor.


Tendríamos que odiarnos. Hoy comprendo por qué mi trabajo, mi estudio, me parecía a veces inútil. ¡Iba a servirme para tan poco tiempo. . .! Prefería mirar lo que estaba cerca de mí.


¿Cerca de nosotros?
¡Yo soñé demasiado! Quería que los hombres se quisieran sin fronteras. Herr Professor, sé que no hay nada que hacer. Pero no estoy triste. Quiero pedirle algo. Esa muchacha, Singrid. Cuando la vea. . . ¿Recordará decirle que nunca la olvidé?

Pocos regresaban del frente. Y, entre esos pocos, estaba Hermann, temeroso del encuentro con María, que lo esperaba en la estación.



—¿Estás segura de quererlo así? No sólo he perdido mi brazo sino mi fe en cosas que me ayudaban a vivir. No habrá victoria sino más odio... ¡Será difícil estar a mi lado!...



El hombre que llegó vencido se sintió otra vez fuerte. Seguía su amarga senda sin desmayos. Había, en efecto, un mañana. Agradecido, la besó.



Terminaba otro invierno de guerra. Para Singrid, los días estaban vacíos, pero, una tarde, algo rompió la gris monotonía. Adolf introdujo a un hombre en su salita.



—Hace tiempo que llevo esta carta encima, pese al riesgo... Quien me hizo el encargo salvó mi vida y era la única manera de pagar. Me han dicho que Herr Professor está en el frente y que usted es su esposa. ¿Podría...?

Sí. Yo haré llegar esta carta a su destino

Leyó muchas veces las líneas que Robert había encontrado la manera de hacerle llegar mas ya no era libre ni de pensar en él.



Él no podía contestar esa pregunta, pero la notaba distante, fría y muda en sus brazos.

Días más tarde supo el motivo al encontrar un papel, en el libro de oraciones de Singrid.



Mas eso era lo que Singrid no sabía con certeza. Robert era su primer amor y el único que le proporcionó horas de felicidad, pero Eric era el maestro admirado, el digno compañero, el amigo comprensivo.





Nunca hasta entonces se le había ocurrido pensar si en el fondo de los complejos sentimientos que la unían a Eric habría también algo de amor. Su futuro, en verdad, dependía de la respuesta a esa pregunta.

Él salió a caminar. Su mente y su corazón sentían la tortura de los celos, la amargura de verse arrojado de nuevo a un negro abismo... De pronto, las sirenas de alarma comenzaron a ulular.



El bombardeo había durado más de tres horas. Luego, el silencio pareció más profundo y la noche más negra. Singrid, inquieta ante la tardanza de Eric, interrogó a Adolf:



Escaneado por: Esteban


Entró en el dormitorio de Eric y allí, sobre la roja alfombra, vio la carta de Robert. Entonces comprendió aquella ausencia que era huida... Sin duda deambulaba por las calles, angustiada el alma...


Cuando salió a la calle sonaban las sirenas de nuevo. Las explosiones eran cercanas y el rojo resplandor de los incendios iluminaba la ciudad. A trechos, las cañerías reventadas se habían convertido en surtidores.
(¡Dios mío! ¡Haced que lo encuentre! ¡Que nada le haya ocurrido!)


El milagro se realizó. Lo encontró cerca del Hospital, que tantos recuerdos tenía para ambos...
Eric. Sé que has leído la carta de Robert. Yo veo en tus ojos algo que me causa frío. ¡Estás equivocado...!


Quisiera estarlo, Singrid.
Quise a Robert en el pasado, pero he comprendido que de ese amor sólo queda ahora el recuerdo. Tampoco él me quiso del todo. Para ambos fue sólo una ilusión de juventud.


—Para él, cuando llegó el momento de probar su amor, estuvo su patria, "su" guerra, lo suyo, y no le importó dejarme sin proponerme siquiera compartir su futuro. Yo habría muerto durante estos años de no ser por ti. Tú me aceptaste sin dar yo nada...


Pero no hay, en mi amor por ti, reconocimiento, compasión. No, Eric, ante la posibilidad de no verte más, la revelación ha sido brutal. Y sé que te quiero desde hace mucho y que te necesito.
¡Singrid!...


La estrechó contra su pecho con una fuerza que dolía, pero ella no se quejó. Seguían las explosiones, y los mil incendios de la ciudad enrojecían el cielo. Esa noche supo Berlín que había llegado el principio del fin, pero también supo que, en las mismas ruinas, renacería otra vez la ciudad, porque en los corazones aún quedaba amor...

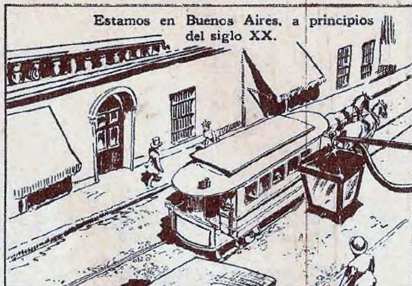

FIN

Las de BARRANCO

Por GREGORIO DE LAFERRÈRE

ADAPTACIÓN

Gregorio de Laferrère (1867 - 1913) ocupa un lugar destacado en las letras argentinas. Sus obras, reideras, cáusticas y ágiles, se hallan entre las mejores de nuestro teatro. El tiempo pasa sobre ellas sin marchitarlas. A menudo, tras la máscara de sus personajes se descubre una profunda crítica de costumbres y de tipos. Tal ocurre con "Las de Barranco", considerada la creación más representativa de este autor.





En una modesta casita alquilada vive doña María, viuda del capitán Barranco, con sus tres hijas:







El capitán, que desde un cuadro preside las reuniones familiares, ha dejado un recuerdo inequívoco de su bravura y de su honestidad.



Pero la pensión reconocida a la familia es muy exigua, y madre e hijas viven el drama, diariamente renovado, de la desproporción entre sus recursos y sus necesidades. Para aumentar aquéllos subalquilan una de las habitaciones de la casa a un joven Morales, estudiante de medicina, y han puesto avisos ofreciendo otra de las piezas. A la verdad que ésta es demasiado pequeña, pero doña María, que gobierna el hogar con mano de hierro, cuenta superar el defecto, como tantas de las dificultades que se le presentan, con la belleza, el poder de insinuación y el don de simpatía de la niña Carmen. El presente que acaba de traer un mandadero reconoce ese origen.


¡Qué preciosura! ¡Son una monada! Dígale que le agradecemos muchísimo. Y que Carmen le manda muchos recuerdos.
El muchacho se aleja con el mensaje de agradecimiento, y entonces doña María expresa su verdadera opinión.


Son regularcitas, no más. Algún saldo que no le servía. ¡Carmen! ¡Carmen! Mira el regalo que manda Rocamora: una blusa para ti, y otra para cada una de tus hermanas. No son feas, sobre todo la tuya.
¿Blusas? ¡No debió recibírselas, mamá! ¿Usted no sabe que Rocamora me pretende?


¿Y qué hay con eso?
¿Y no sabe que le he dicho que no consentiré nunca en casarme con él?


Sí, ¡y demasiado bueno es el pobre que todavía te hace regalos! Me parece una razón de más para agradecérselos. ¿O quieres prohibirle que sea generoso?
Sí, mamá; que se guarde sus regalos. Yo no los necesito.


¿Que no los necesitas? ¡No me hagas reir, infeliz! ¿Qué te imaginas?... ¿No comprendes que en nuestra situación necesitamos de todo el mundo?, ¿que es preciso vivir?, ¿que los ciento cincuenta pesos que nos da el gobierno no alcanzan para nada?... ¿A qué vienen esos aires, entonces? ¿A quién vas a engañar con eso?
¡Si yo no pretendo engañar, mamá!


¿Entonces?... No seas zonza... Con recibirle los regalos y ponerle buena cara, estás del otro lado. Nadie te pide otra cosa. ¡Una sonrisa a tiempo, y se acabó!
¡Pero si es precisamente eso lo que no puedo! No lo hago por él... ¡Lo hago por mí! En cada uno de sus regalos veo el pago anticipado de esa sonrisa que pretende arrancarme. Y eso me subleva tanto, me da tanta rabia y tanta vergüenza, ¡que siento ganas de tirarle por la cara las porquerías que me trae!... Pero ya sé, mamá, que usted no me entiende.


Te equivocas, ridícula. Demasiado te entiendo. Lo que hay es que tengo más mundo y conozco mejor la vida. ¡Así era tu pobre padre!... ¡Y así le fue! Se llenaba la boca con tus mismas pavadas: "¡El capitán Barranco no se vende!" "¡El capitán Barranco no se humilla!" "¡El capitán Barranco cumplirá con su deber!"...


...¡Y el capitán Barranco terminó en un hospital, porque en su casa no había recursos para atenderlo! ¡Eso es lo que sacó con sus delicadezas! Pero la viuda del capitán Barranco es otra cosa. No vive de ilusiones. Sabe que tiene tres hijas, ¡tres zánganas!, que mantener... Y la viuda del capitán Barranco sabe lo que tiene que hacer para que no les falte el zoquete diario que han de llevarse a la boca. Y ahora, ¡lleve esas blusas, y cuidado que cuando venga Rocamora no le dé las gracias con toda amabilidad!

Carmen, obediente, sale con las blusas. Así terminan todas las reyertas: sus escrúpulos estréllanse contra la voluntad preponderante de su madre. En ese momento, el batir de palmas en el zaguán señala la presencia de un extraño. Es una señora que viene atraída por el aviso.



¡Coincidencia fatal! Mientras doña María hace esa afirmación, llegan nítidas las voces de Manuela y Pepa, que sostienen uno de sus frecuentes encuentros.





Doña María, disimulando penosamente su disgusto y reprimiendo su violencia, sigue a mostrar la pieza a la recién llegada. Carmen, en el patio, se encuentra con Morales, que va a salir.



Morales habla con cólera de los pretendientes de Carmen. Permanece en silencio unos segundos, y le dice luego, con acento apasionado:











Entretanto, doña María ha hecho a la aspirante a la pieza el elogio de ésta y le ha expuesto las condiciones en que se la arrendaría. Pero cuando abre la puerta del tabuco, la desconocida recibe una desagradable sorpresa.













Morales, que ha demorado más de lo que su tiempo le permitía, se dispone a retirarse, entristecido ahora por la dolorosa resignación de Carmen. Al pasar junto a ella, le deja su solidaridad en un afectuoso...














Vienen a cobrar el alquiler
¿Es Castro?... Háganlo pasar.


Entre, entre... ¿Cómo le va, Castro?
Aquí tengo los recibos...


¡Ah!... ¿Los recibos?... Guárdelos, pues hasta la semana que viene no le voy a poder pagar... Pero siéntese, hombre, siéntese.
Gracias. Pero le prevengo que no voy a poder esperar más. Hace un mes que he recibido orden de demandarla. Siempre me dice usted que espere unos días... Esto es para mí una gran responsabilidad... Hoy mismo plantearé la demanda.


Como el cobrador hace ademán de retirarse, doña María se alarma de veras y llama a Carmen a gritos.
¿Qué hay?
Mira, mira quién está aquí.


¿Cómo le va, señor Castro?
Muy bien, señorita, ¿y a usted?
Este señor quiere echarnos a la calle... ¿Qué te parece? ¡Así son los amigos!...


¡Señora!... Yo no hago sino lo que me mandan...
¡Cállese, hombre! ¡Si al fin no se trata más que de unos días!... ¡De puro malo, no más!... Carmen, dile a este hombre, para que se convenza, que con el dinero que recibiremos la semana que viene todo quedará arreglado...
¿No podría usted esperarnos una semana?...


Bueno... Si usted cree que con una semana... Bien... Esperaré.
¡Perfectamente! Esto ya está arreglado, y hasta olvidado.


¡Cómo, olvidado!
Bueno, arreglado... Lo mismo es. ¿Quiere tomar un mate? En esta casa de pobres no pueden ofrecerle otra cosa, Castro.
El cobrador rehusa lo que se le brinda y, testigo de la violencia que acaba de pasar Carmen, no tarda en retirarse, dirigiendo a ésta una ansiosa mirada, llena de consideración.

Poco después, la atención materna se ve solicitada por Pepa, quien denuncia que Manuela está revisando el baúl de Morales. Doña María no da importancia al episodio, en parte por natural desaprensión y en parte porque el estudiante no le es persona grata. Más significado tiene para ella la presencia de un señor que se interesa por el aviso. Tiene maneras sobrias que a doña María no le impresionan bien y hasta le sugieren el deseo de no alquilarle, aunque él lo quiera; pero, en fin, como la necesidad es mucha, hace que Carmen le muestre la "lindísima pieza"... Pepa protesta:—¡Carmen, siempre Carmen! ¿Qué tiene Carmen más que sus hermanas?— Cállate, pavota, no digas zonceras — replica la madre, y la reclamación queda terminada.



Parece que el interesado sabe bien lo que se necesita en aquella casa pues entrega dinero a doña María.





Linares prescinde del recibo y se retira, seguido por los saludos obsecuentes de doña María. Entonces la sirvienta tiene oportunidad de decir que la boticaria agradece el recuerdo, aunque no es su santo, y lo retribuye con un frasco de agua de Colonia, que doña María acepta displicentemente.



Pasan dos semanas, en las cuales no se altera el ritmo de vida de la familia Barranco, marcado por pequeños fraudes, extorsiones afectivas, sobresaltos monetarios. Carmen ha llegado a rebelarse; pero doña María, sufriendo un ataque nervioso de gran espectáculo, la ha vuelto al camino de sus "obligaciones" filiales... Linares sale de su pequeña habitación pocas veces, como ésta en que se acerca a pedirle una aguja a Carmen para darle una puntada a una corbata.



Carmen toma la corbata y advierte una costura malamente hecha.



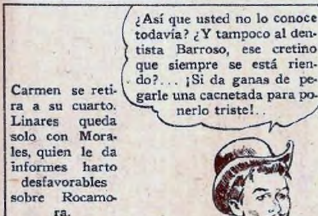






Esta contestación, emitida con sequedad parece una advertencia. Linares queda desconcertado. Así lo encuentra Morales, cuando, poco después, entra anunciando que Rocamora se dirige hacia allí.

Carmen se retira a su cuarto. Linares queda solo con Morales, quien le da informes harto desfavorables sobre Rocamora.













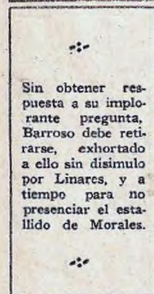
Linares queda reflexionando melancólicamente sobre aquel drama familiar que él había entrevisto y que Morales acaba de revelar ante sus ojos.


En esa actitud lo sorprende un llamado a la puerta de la casa. Grita "¡adelante!", y entra un hombre que ríe sin tregua.
¿La señora de Barranco?
No está.


¿Y las muchachas?
Tampoco... ¿Se extraña usted?...
Linares piensa que alguna interpretación debe dar a la risa de aquel sujeto cuando de pronto recuerda...

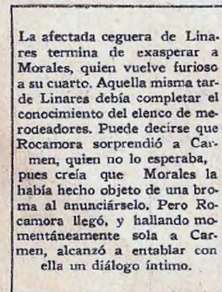

¡Ah!... Usted se llama Barroso, ¿no?
Sí, señor... Leónidas Barroso... ¿En qué me ha conocido?


Se me ocurrió, no más... Como aquí se habla tanto de usted...
¿Quién habla de mí?... ¿Quién? ¡Diga quién!...


Sin obtener respuesta a su implorante pregunta, Barroso debe retirarse, exhortado a ello sin disimulo por Linares, y a tiempo para no presenciar el estallido de Morales.


¡Pero no ve, hombre! ¡Si da una rabia!... ¡Me han puesto a la miseria la brocha de afeitar!... ¡Llena de pintura verde!
Me explico. Hoy vi a Pepa pintando las tinas del patio.


¡Qué familia! Si no fuera porque no quiero, porque no puedo irme, mañana mismo...
¿Y por qué no puede? ¡Con irse!...


La afectada ceguera de Linares termina de exasperar a Morales, quien vuelve furioso a su cuarto. Aquella misma tarde Linares debía completar el conocimiento del elenco de merodeadores. Puede decirse que Rocamora sorprendió a Carmen, quien no lo esperaba, pues creía que Morales la había hecho objeto de una broma al anunciárselo. Pero Rocamora llegó, y hallando momentáneamente sola a Carmen, alcanzó a entablar con ella un diálogo íntimo.


¿Qué le pareció a usted la sombrilla de anoche?
¡Ah! A propósito, Rocamora... ¿No le he pedido a usted que haga el favor de no traerme nada? No quiero que me traiga nada...


¡Lo hago con tanto gusto! Para mí no es un sacrificio. Si no soy rico, por lo menos...
¡Ay, qué terco, qué duro es usted!...





Al ruido de las voces acude Linares. Hay frías presentaciones. Linares se queda, y Rocamora, comprendiendo, opta por retirarse.





Hay temblor de emoción en esas palabras... La oportuna llegada de una visita pone término a la situación.

Poco a poco, la guaranga indiscreción de doña María, auxiliada por Pepa y Manuela, va penetrando en la vida de Linares... ¿Qué hace Linares? ¿De qué vive? De nada... ¡Escribe, escribe todo el día! Parece mentira que eso dé para vivir... Doña María siente cierto menosprecio por el escritor. Pero de pronto averigua que es amigo de un diputado, y traza su plan. "¡Usted podría hacerme aumentar la pensión!", dice a su huésped. Linares consiente en intentarlo, y doña María empieza a hacer que Carmen le cebe mate, no importa que con yerba y azúcar comprada por él mismo...La nueva privanza es un tiro de gracia para las pretensiones de Rocamora, tanto más cuanto que no halla en Carmen la resistencia de otros casos. Entonces Rocamora se larga a una aventura desesperada: ¡cortejar a Pepa para inspirar celos a Carmen!...

Como es natural, antes que sus palabras habla por él la dirección que toman sus regalos.



Pepa, a punto de desmayarse por la sorpresa de recibir algo para ella, exclusivamente para ella, oye, por primera vez en su vida, unas palabras apasionadas...





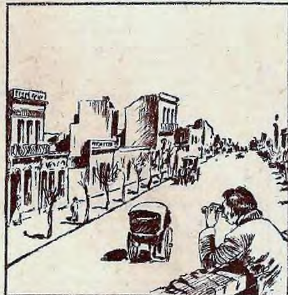


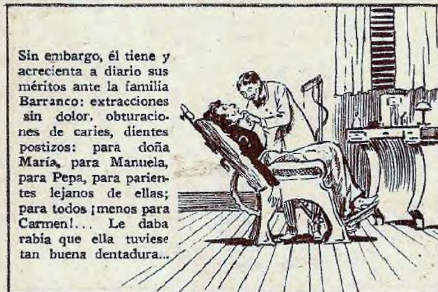






En este entrecruzamiento de romances, antiguo y desesperanzado uno, fingido otro, frívolos y tornadizos los de Manuela, pujante en su contenido nacimiento el que empieza a ligar las almas de Carmen y Linares, el único que parece no contar para nadie ni para nada es Barroso, el risueño e hilarante Barroso, que pasa las horas atalayando desde la azotea de su casa, con un anteojo, las entradas y salidas de Carmen.











Doña María vigila sin descanso la conducta de su bella hija. Linares les ha hecho aumentar la pensión; no interesa, pues, seguir agasajándolo: hasta hay en ello el temor de un enamoramiento en serio que, al fin, destruya el filón... Morales no interesa; carece de posibilidades provechosas. ¡Pero Barroso, y Castro, que ha vuelto con los recibos impagos y ha insistido en la demanda inminente!... La presión de la madre se hace ya insoportable. Carmen se niega a acudir a su llamado para sonreir al cobrador, y la crisis estalla.







Preciso es repetir todavía: ¡pobre Carmen! Apenas salida de las garras de su madre, encuentra a Linares con Petrona —una prima de ella, que las visita frecuentemente— en una actitud que provoca sus celos. Casi en seguida halla solo a Linares...







Por encargo de doña María, Manuela ha espiado a su hermana. Cuando lleva la nueva concreta de lo que acaba de sorprender, la viuda de Barranco se encara enérgicamente con la insumisa.







Pero la enérgica reacción de Carmen cede lugar bien pronto a sus sentimientos, tiernamente femeninos. Su voz se quiebra en sollozos.







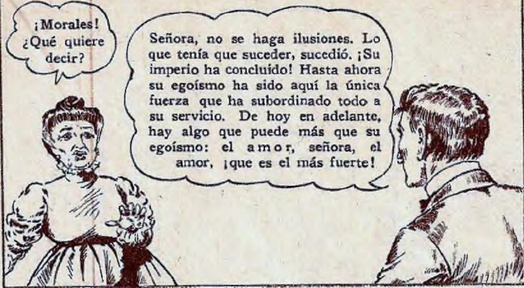


Hay una sombría resolución en el gesto con que Carmen se aparta de su madre. En ese instante, el cuadro del capitán Barranco cruje, como si, cediendo la cuerda que lo suspende, amenazara caerse. Doña María lo mira con supersticioso temor; quizá va a disponer que saquen el cuadro para cambiar la cuerda pero...

...entra Morales, con aire cansado y triste.











En un impulso instintivo, doña María hace ademán de correr tras la hija prófuga.



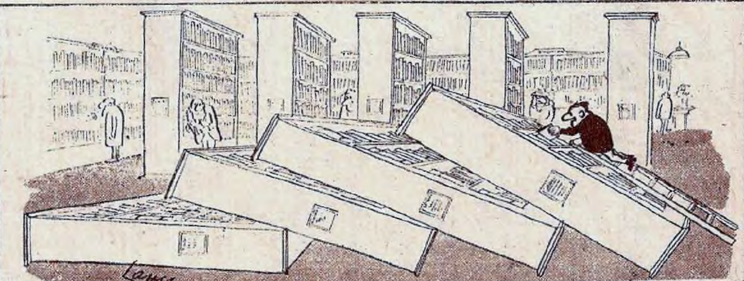
Manuela irrumpe enajenada.



Se detiene de golpe, ante la segura inutilidad de su propósito. A sus espaldas, como un símbolo, el retrato del capitán ha caído, chocando estrepitosamente contra el suelo.

FIN

EL RINCÓN DEL BUEN HUMOR



RINCÓN ALEGRE



— Algún día recordaremos esta escena y nos reiremos de ella.



— ¿No puede esperar a que esté terminada para criticarla? Aún no la he lijado.



— ¿Sabes qué has hecho, estúpido? Te olvidaste de traer carnada.



— Si quieres algo durante la noche grita "mamita" y papito vendrá en seguida.



El sargento de la estación policial permanecía de pie ante su superior, el inspector Humphreys, y sus dedes jugaban con los botones de su chaqueta.

Es la señora Burgoyne. Quiere hablar con usted. Dice cosas raras sobre un pulpo...

Las cejas del inspector Humphreys se alzaron.

¿Un pulpo? ¿Aquí, en tierra adentro?

Sí, señor. Un pulpo. No sé qué sobre un pulpo de su marido...

Humphreys escrutó el rostro de su sargento. No parecía ni borracho ni loco. Algo sorprendido, sin duda. Sacudió la cabeza.

No tiene sentido lo que está diciendo, sargento. Estamos a ochenta kilómeros de la costa marítima.

Pues la señora lo dice. El señor Burgoyne habla de un pulpo.

El rostro de Humphreys reveló cierta fatiga. Alzó una mano.

Está bien. Hágala pasar.

El sargento salió. Humphreys conocía al señor Burgoyne, vecino caracterizado del lugar y dueño del diario local. Al momentó entró la todavía joven señora Burgoyne. Humphreys se puso de pie.

Tome asiento, señora. Me dice el sargento...

A simple vista se veía que la señora Burgoyne estaba muy nerviosa. Humphreys advirtió también que había adelgazado notablmente desde la última vez que la vio. Ella empezó a hablar, luchando por hacerlo con claridad:

Estoy muy preocupada por mi marido, señor Humphreys. Cada noche tiene pesadillas. Grita agitado: "¡El pulpo! ¡El pulpo!"

Añadió que de día se mostraba nervioso y alterado. Que estaba segura de que eso no obedecía a su salud que era excelente.



Repitió con distintas variantes la misma cosa. Humphreys trató de hablar con suavidad:



Humphreys vaciló. El caso era bastante desusado. Si un inspector debía visitar a cada vecino que tuviera pesadillas sería cosa de volverse loco. Miró el rostro demacrado de la señora Burgoyne.





De todos modos, Burgoyne era un vecino caracterizado. Y uno de los principales contribuyentes a la Caja Policial de Caridad. Se levantó.



Humphreys salió con la señora Burgoyne. Dijo al asombrado sargento que regresaría en seguida. Poco después...



El auto partió raudamente. Poco después entraba en el parque de la pretenciosa mansión de los Burgoyne.



Al tomar el auto el sendero que llevaba a la casa, Humphreys vio a un hombre que avanzaba, valija en mano. Al pasar el coche, el hombre se quitó el sombrero.



La señora Burgoyne vaciló. Humphreys creyó notar algo extraño en ella. Pero luego...



El auto se detenía ya. El chofer abrió la portezuela, y bajaron.



Cuando subían las escaleras, se abrió la puerta del porche. Humphreys vio a la señorita Violeta, la joven ama de llaves. La señora Burgoyne avanzó hacia ella:



Violeta miró algo asombrada al inspector y a su ama. Luego movió la cabeza:



Humphreys pensó que la prisa de la señora Burgoyne era algo enfermiza. Subieron las escaleras suntuosamente alfombradas.



Salieron al pasillo y la señora se detuvo ante una puerta. Golpeó con los nudillos.



Nadie respondió. La señora, sin detenerse, abrió la puerta. Hizo una seña a Humpreys, que pasó tras ella. La vio avanzar hacia la cama...



Humpreys veía tras ella la forma del cuerpo de Burgoyne bajo las colchas. Había algo raro en el súbito silencio de la señora Burgoyne.



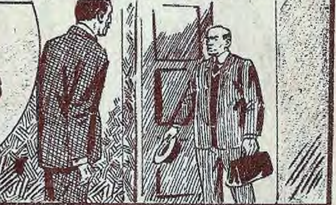
Pero algo en la expresión del rostro de la señora Burgoyne lo detuvo. Miró a Burgoyne. Y entonces se acercó bruscamente a la figura yacente...



La lividez del rostro de Burgoyne era evidente. Su corazón no latía. Alcanzó a recibir en sus brazos a la señora Burgoyne.



Dos horas después, la señora Burgoyne descansaba en su dormitorio, adormecida por un sedante. El médico forense, que había hecho venir Humphreys, salía del cuarto de Burgoyne. Humphreys fue a su encuentro:





Humphreys pensó inmediatamente en el jardinero Wimble. Envió al sargento con instrucciones precisas. El médico se iba.





El malhumorado médico se marchó. Humphreys tuvo la evidencia, mientras sus hombres trabajaban en la casa, de que se trataba de un asesinato. Pasó el informe al Condestable Jefe, y éste resolvió que era un caso para Scotland Yard. Fue así como, a la mañana siguiente, el superintendente Anthony Slade, del...

..C. I. D. X2. (Departamento de Investigación Criminal X2), llegó a la pequeña estación de Poolhampton, pequeño pueblo de Midlands, en compañía de su ayudante, el sargento Clinton. En la estación lo esperaba Humphreys.





Humphreys estaba seguro de que Wimble, entrando por la ventana francesa que daba al jardín, había echado cianuro en la medicina de Burgoyne. En el auto...





El auto se acercaba a la mansión de los Burgoyne. Slade miró a Humphreys.



Slade pensó que, sea como fuere, ese pulpo misterioso había inducido a la señora Burgoyne a buscar protección para su marido.



Cuando llegaron a la casa de los Burgoyne había allí un hombre joven, elegante, a...



...quien Humphreys presentó como el señor Reeves, socio de Burgoyne en la imprenta. Estaba también el doctor Frazer, médico de cabecera de los Burgoyne, un vejete de perilla.



El señor Reeves se mostró ansioso por colaborar. El doctor murmuró algunas palabras y dijo que no tenía inconveniente. Llamó a Violeta, quien los condujo hasta un pequeño escritorio. Clinton quedó de guardia y Humphreys se retiró. Quería saber cómo marchaba la búsqueda del jardinero.

Slade comenzó con Reeves. Este dijo que Burgoyne había sido muy generoso con él y que le debía su carrera. Me hizo socio. Ahora Burgoyne estaba prácticamente retirado. Yo hacía todo el trabajo de dirección en la empresa.



Sí. Algo tenía. Estaba un poco viejo. Lo atribuí a sus nervios. Pero la señora Burgoyne me habló de ciertas pesadillas. . .

Un pulpo, ¿verdad?

—En efecto; un pulpo parecía obsesionar a Burgoyne.—Slade cambió de tema.




De cualquier modo, tendré que conocerlo. ¿Puede anticiparme quién era su heredero?
¡Su esposa, por supuesto! Constituían un matrimonio muy unido.


Slade despidió a Reeves e hizo pasar al doctor Frazer. Este fue breve. Burgoyne no se atendía. Era sano como un roble.
¿Pero usted visitaba la casa con frecuencia?
Sí. Pero por la señora Burgoyne.


Slade se interesó por esto. Quiso saber qué padecía la señora Burgoyne. Frazer hizo un gesto malhumorado...
Pregúnteselo a ella. Yo no puedo estar publicando mis secretos profesionales. Además, eso no atañe para nada a este crimen.


Slade no le pudo sacar más. Vio a la propia señora Burgoyne. Esta le dijo que se estaba haciendo un tratamiento con Frazer pero no fue más allá. Dijo que se trataba del corazón y eludió el tema. Slade preguntó por Violeta. El ama de llaves era muy adicta de la señora. La atendía desde hacía diez años. La estimaba mucho.


Respecto del jardinero dijo que no sabía nada. Slade tuvo la sensación de que la afligida señora no le ayudaba mucho. La miró
Dice Violeta que su marido discutió con el jardinero.
Si ella lo dice ha de ser así...


Y su rostro se ensombreció de pronto. Impetuosamente...
¡Él debe de ser el crimnal! ¡Él! ¡Búsquelo! ¡Hágalo hablar! ¡Debía odiar a Herbert! ¡Debía odiarlo!


A Slade le intrigó esa vehemencia por un jardinero desconocido. Quiso ver el dormitorio de Burgoyne y se encerró en él con Clinton. Habían ya retirado el cuerpo. Miró la ventana. En efecto: el tal Wimble podía haber pasado por ahí, mientras Burgoyne dormía, y...


...colocar el veneno en la medicina que tomaba al despertar. Observó el escritorio. Era un viejo escritorio de cortina.
Quizás haya alguna gaveta secreta. Estos viejos armatostes la tienen.


Slade asintió. Se disponía a comprobarlo. Ambos empezaron a pulsar todas las molduras, una por una. Al fin...
¡Aquí está!


Slade miró su contenido ávidamente. Un papel había allí y él lo desplegó.
El miedo es un pulpo. Tú tienes miedo y haces bien en tenerlo. Cuídate de mis tentáculos.


Slade contempló un instante el anónimo. Sin duda, lo habría recibido tiempo antes Burgoyne y esto lo había obsesionado. Miró a Clinton.
¡Estaba amenazado!
Y debía de tratarse de algo serio. Burgoyne tenía algún secreto en su vida.


Muy doblado, tanto que apenas lo había visto antes, había otro papel plegado. Lo tomó. Era un testamento ológrafo, fechado apenas dos días antes. Slade lo leyó y lo pasó a Clinton.
Este testamento anula al anterior. Aquí aparece un hermanastro de Burgoyne a quien deja la mitad de su fortuna.















Slade trataba de atar cabos. Parecía obvio que Jack no se había avenido a esperar que su hermanastro muriera para heredar. Obtenido ese testamento, había resuelto matarlo. Los anónimos habían servido para aterrar a Herbert e inducirlo a testar en su favor o entregarle dinero. Parecía imposible que un medio hermano pudiera hacer eso...









¡Wimble! ¡Abra!

Nadie respondió. Volvieron a llamar inútilmente...

¡Ha volado!

Veamos por la ventana.

Dieron la vuelta. No fue difícil forzar la ventana. Abrieron aun más, y al penetrar un rayo de sol...

Slade fue el primero en entrar. Humphreys y Clinton lo siguieron. Slade se inclinó y examinó el cuerpo sin vida. Luego se levantó.

¿Es él?

Sí. Wimble. El mismo hombre que vi ayer por la mañana.

Había allí un paquete de sandwiches. Slade tomó uno a medio comer y lo olió...

No parece que haya nada, pero el análisis lo dirá.

En los bolsillos del muerto no había nada importante. Unas llaves de la casa, un tubo de aspirinas empezado, pañuelos y algo de dinero. Humphreys envolvió cuidadosamente los sandwiches y se llevó también el tubo de aspirinas. Clinton quedó a la espera del médico forense, y Slade partió con el inspector, quien iría al laboratorio.

Slade dejó a Humphreys en la ciudad y fue directamente a casa del doctor Frazer. Allí...

Necesito que me diga usted todo lo que sepa de Reeves, doctor.

¡De Reeves! ¿Acaso usted sopecha...?

Slade movió la cabeza. —No sospecho nada —dijo— pero necesito toda clase de informes. Además...

Hay otra muerte. Wimble ha sido asesinado.

¿Wimble? ¿El jardinero?

La expresión de Frazer era de perfecto asombro. Slade le explicó quién era Wimble. Frazer pareció muy asombrado.

¡Dios! ¡Era Jack! ¡No le reconocí ni por asomo!

Naturalmente. Usted debió conocerlo de joven.

Frazer asintió. Dio unos pasos por la habitación como ensimismado. Parecía emocionarse al hablar. –Herbert fue bueno con él. Lo fue con todos. Incluso conmigo, de quien era un pariente lejano...

Hizo un ademán amplio señalando en torno.

Pagó casi la mitad de mi carrera. Me ayudó a instalarme.

Comprendo sus sentimientos. ¿Pero qué sabe de Reeves?

Frazer se encogió de hombros. —Es absurdo —dijo—. ¿Qué motivo podía tener Reeves?

Quizás sus cuentas con Herbert no fueron correctas. Pero a Jack... ¿Por qué iba a asesinar a Jack?

Se detuvo. Era evidente que acababa de ocurrírsele algo. Slade, que lo observaba atentamente...

¿En qué acaba de pensar, Frazer? Dígalo.

Yo... No quisiera perjudicar a Reeves...

Slade le instó a que lo hiciera. No lo perjudicaría si Reeves era inocente.
—Bien —dijo Frazer—. He observado que Reeves y Violeta...

El ama de llaves, usted sabe. Todavía es joven. Reeves es muy buen mozo. Creo que ella está enamorada de él.

¿Y qué relación puede haber entre eso y lo que indagamos?

—Violeta es muy estimada por la señora Burgoyne. No me extrañaría que ella le dejara su fortuna.

De modo que si Reeves se casa con Violeta, pasando a ser la muchacha heredera de Juana Burgoyne...

Bien. Supongamos que Reeves y Violeta se libran de Burgoyne y su hermanastro. Pero queda la señora Borgoyne. ¿Piensa usted en un tercer crimen?

Frazer sonrió tristemente. —No hará falta —dijo—. Juana Burgoyne no vivirá mucho tiempo. Su enfermedad cardíaca es grave.

Es presumible que con todos estos disgustos no resista mucho. Su estado es malo.

Slade sonrió. —Sí —dijo—. La muerte de los Burgoyne beneficiaría a Violeta si existe ese testamento de la señora Burgoyne.

Slade tomó su sombrero. Saludó a Frazer y, antes de irse:

¿Sabía Reeves qué clase de enfermedad era la de la señora Burgoyne?

No sé. Pero Violeta debe saberlo. La señora Burgoyne le cuenta todo.

Slade asintió y marchó hacia la puerta. Allí se volvió...

Investigaré sobre lo que acaba de decirme, doctor. Sólo hay un detalle...

¿Un detalle?

Pero si ese testamento no existe, ¿quién heredaría, doctor Frazer?

El doctor Frazer palideció. Y Slade, imperturbable...

Usted, por supuesto. Es el único pariente que queda de Burgoyne. Investigaremos todo esto, doctor.

Había tres sospechosos con un solo móvil: el dinero. Reeves y Violeta, Frazer, la señora Burgoyne. El problema debía plantearse, no en el sentido de quién podía ser el culpable, sino de quiénes no podían serlo.

Mientras guiaba su auto, pensaba que, resuelto eso último, el criminal quedaría indicado.

(Primero, esperemos la autopsia de Jack. El análisis de los sandwiches y las aspirinas. Luego, confirmaremos lo demás.

Dos horas después, en el despacho de Humphreys. .

El dictamen es terminante: muerte por cianuro de potasio.

Sí. Y veo que ni en los sandwiches ni en las aspirinas hay rastros de veneno.

—Pero el veneno pudo estar en la primera aspirina del tubo. La que ingirió. Ese tubo se lo pudo dar Frazer.

O en un extremo del primer sandwich de la pila. Se lo pudo dar la señora Burgoyne o Violeta.

Humphreys asintió. —Estamos en las mismas —dijo Slade—. En cuanto a las relaciones entre Violeta y Reeves, hemos encontrado estas cartas en la habitación de Violeta. . .

Slade las había encontrado, en efecto. Eran, por demás, reveladoras de una relación sentimental con promesas de casamiento. Violeta podía haber sido el instrumento de Reeves. Pero también ese hecho podía ser inocente y ajeno a toda intención delictuosa, pues en las cartas no había nada que aludiera a planes criminales. No había pruebas contra nadie.

Slade se limitó a decir: —Cítelos a todos para esta noche en casa de Burgoyne. Creo que ahí quedará todo revelado. Puede dejar a la señora Burgoyne en su cama. No la necesitaremos.

A la hora convenida, en el hall, nerviosos, esperaban todos, custodiados por Humphreys y Clinton. Slade entró.

Buenas noches. He estado haciendo averiguaciones y creo que hay aquí más de un sospechoso.

Hubo un movimiento de protesta, pero Slade. . .

Veamos los hechos. Usted, Reeves, se beneficia de estas muertes, ¿no es así?

Reeves alzó las cejas. —¿Yo? —inquirió—. ¿Usted está loco? —Slade señaló a Violeta.

Tengo entendido que hay entre ustedes un compromiso matrimonial. . .

Reeves dio un salto.

¡Eso es un hecho privado! No tiene usted derecho. . .

Muy bien. La señorita Violeta sabe que es heredera de la señora Burgoyne. Esta, a la vez, lo es de su marido . .

Violeta, en silencio, bajó la cabeza y se puso a llorar. Reeves se acercó a ella.

¡Esto es una infamia!. . .

Más lo es el asesinato, señor Reeves. Y aquí hay tres. . .

¿Tres? ¿Qué quiere usted decir?

Tres. Burgoyne Wimble. . . y otro indirecto. La señora Burgoyne sufre seriamente del corazón. El asesino no tiene más que esperar.


Slade se volvió hacia Frazer.
¿Cómo médico, doctor Frazer, lo cree usted así?
Bueno. Debo reconocerlo. Ya la señora Burgoyne está al margen del síncope.

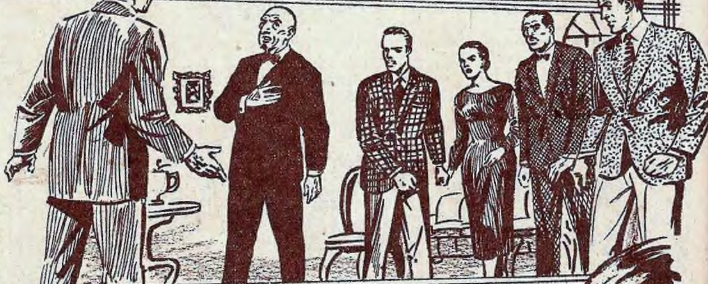

Entonces Slade, avanzando directamente hacia Frazer...
Espero que no logre usted su propósito, doctor Frazer...


Frazer palideció. Dando un paso:
¿Qué dice usted?


Y señalando a Violeta y a Reeves...
Creo que usted está dando golpes de ciego. Acaba de acusar a Reeves y a Violeta.
En absoluto. No los acusé. Estuve exponiendo los hechos...


Lo acuso a usted, doctor Frazer, de haber asesinado a Burgoyne. También, a Wimble, buscando, asimismo, indirectamente, la muerte de la señora Burgoyne...


Frazer pareció ahogarse de rabia. Al fin...
¡Usted está loco!
Voy a probárselo, Frazer. ¿Qué móvil podría haber inducido a Reeves o a Violeta a matar a Wimble?


—He consultado a un abogado. Si Wimble muere, no por eso la mitad de la fortuna que hereda de su hermanastro vuelve a la señora Burgoyne. Sería simplemente una muerte sin testar. Por lo tanto, nada beneficiaría su muerte a Violeta y a Reeves, en caso de que ellos hubieran asesinado a Burgoyne...

En cambio, sí se beneficia usted. Pues, muerto sin testar, Wimble dejaría su herencia al pariente más inmediato...


¡Y el único es usted! Era pariente de Burgoyne por parte de madre, ¡y lo es también, por lo tanto, de Wimble!


Frazer se puso rojo. Dando un paso:
¡Usted no puede probarlo! ¡Yo lo demandaré!

Puedo probarlo, Frazer. Tengo aquí el informe del laboratorio. Un nuevo análisis, con los poderosos microscopios actuales, ha revelado presencia de cianuro en el tubo de aspirinas

—Está probado que usted dio ese tubo a Wimble. Lo vieron su enfermera y la propia señora Burgoyne lo supo.

¡Y le fue fácil poner el tóxico en la medicina de Burgoyne!

Slade dio un paso, acusador:

¡Hay más! He sometido a un peritaje caligráfico esos anónimos del pulpo. El perito afirma que la letra es suya.

Frazer lanzó un rugido. Se llevó la mano a la cintura, retrocediendo. Pero Clinton estaba alerta:

¡Quieto!

Frazer se debatió, pero Humphreys pronto acudió en ayuda de Clinton. Cuado Slade y Clinton regresaban a Londres. . .

Una cosa, jefe. No había tal análisis denunciando cianuro en las aspirinas. Frazer había hecho las cosas bien. Así que usted mintió . . .

Fernand

Slade suspiró y encendió la pipa.

Tampoco había tal peritaje caligráfico, Clinton. Pero de algo tiene uno que valerse para aclarar un crimen, ¿no?

Clinton alzó las cejas, y Slade, muy tranquilo, dio una profunda pitada a su pipa.

FIN

HUMOR EN GOTAS



— Pierre, ¿vas a tardar mucho aún?

MÁQUINA COPIADORA ÚLTIMO MODELO



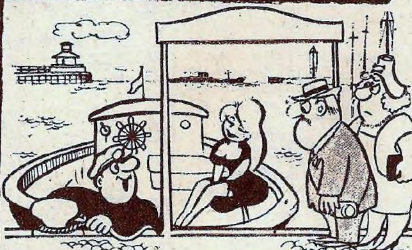


—¿Cartas, dibujos, billetes de Banco?





— ¿Se lastimó, señorita?



— Lo siento, pero el pasaje está completo.

Pecado de Juventud

POR **FRANCISCO COPPÉE**

ADAPTACIÓN

DIBUJOS DE **ARTURO CASTILLO**



Al publicar «Enriqueta», hacíamos constar las críticas encontradas a que había dado motivo la predilección de su autor, Francisco Coppée (1842-1908), por los seres humildes y los problemas morales. Quizá un fallo justo al respecto sea el que da Léo Claretie, en su «Historia de la literatura francesa», al decir: «No se parodia a todo el mundo. A Coppée lo parodiaron a más y mejor, lo cual constituye su gloria.»

Para ir desde el arrabal de Saint-Jacques, donde radicaba el sotabanco que le servía de albergue, a la calle Regard, donde habitaba el Conde de Vindeuil, Enrique Luc hubo de cruzar el jardín del Luxemburgo, engalanado ya por el mes de abril con incipiente follaje y con frescas y tempranas lilas.



El viento era fuerte y desapacible: densos y violáceos nubarrones cruzaban el firmamento, pero a intervalos permitían percibir vagos asomos del azul del cielo, y el sol, que a ratos sonreía, era ya tibio. Tales mañanas tienen poco atractivo para un mozo altanero, pobre y mal vestido, como era Enrique Luc.



A la plena luz del día, se le antojaba más raída la levita, más mustios y deslucidos los guantes y más visible la raja de la bota derecha. Su indumentaria le parecía poco presentable para el objeto que guiaba sus pasos, y esto lo desalentaba. Para infundirse a sí mismo algo de valor, Enrique Luc hizo un alto y extrajo del bolsillo la carta no cerrada que el anciano señor Berthier, antiguo catedrático suyo de retórica, dirigía al Conde de Vindeuil, presentándolo y recomendándolo.

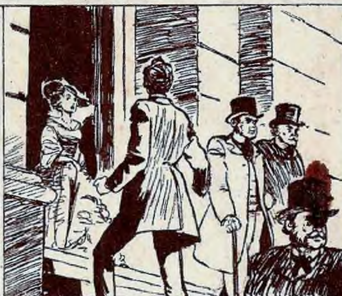
La misiva decía, entre otras cosas: «Querido amigo y ex discípulo: Con estas líneas recibirá la visita del joven de que le he hablado, y a quien considero como uno de los alumnos más distinguidos de nuestro antiguo liceo, donde cursaba sus estudios, cuando, hace dos años, perdió a la madre, pobre viuda que vivía de una pensión del Estado, que se extinguió con ella. Desprovisto"...



..."de recursos, Enrique Luc se dedica a dar lecciones particulares, lo que no es profesión remuneradora para nadie. Yo lo excito a continuar estudios universitarios, pero no se me oculta que, para hacerlo con éxito, necesita, por dos o tres años, una ocupación que le deje algún tiempo libre.»

"Al decirme usted que buscaba un secretario, pensé en el acto en Enrique Luc. Desde luego, me constituyo en fiador de su inteligencia, celo y honorabilidad. El único punto dudoso es quizá el de sus convicciones ideológicas, que pueden chocar con las de usted; pero confío en que él se conducirá con el tacto que lo distingue, y no habrá dificultades. Buena prueba de esto tengo yo mismo, que, siendo librepensador y republicano, disfruto de la amistad de usted. Por lo demás, estoy seguro de que la evidencia de sus virtudes no podrá menos que inspirar profundo respeto a mi joven amigo. Sabe usted, querido Conde, cuán afectuosamente lo estima L. Berthier.»

Un tanto más tranquilo después de haber leído la carta precedente, calurosa y hábil, Enrique Luc reanudó el camino y pronto llegó, en la calle Regard, al edificio cuyas señas conocía. Era un magnífico hotel, de estilo pesado y pomposo, y el joven sintió acrecer su ansiedad al transponer la monumental puerta de acceso.



Pero en aquella morada principesca, el Conde de Vindeuil ocupaba sólo una vivienda modestísima, a la cual se subía por una angosta y empinada escalera.



Al campanillazo acudió un criado el cual, no bien Luc se hubo anunciado, lo guió a través de una antesala y un comedor —dignos, cuando más, de un modesto burgués— y lo introdujo en la tercera estancia, donde se hallaba el dueño de casa.



Ornado de un papel verde y abarrotado de estantes y legajos, el despacho del Conde de Vindeuil se asemejaba al pronto al antro de un usurero. Esta primera impresión se modificaba al advertir dos hermosos grabados pendientes de la pared, retratos...



...de Pío IX y del Conde de Chambord —pretendiente borbónico del trono de Francia—, ambos enriquecidos con preciosos autógrafos y una cabeza de Cristo tallada en madera, doliente y patética muestra del arte español del siglo XVI.



A pesar del polvo y de los papelotes diseminados por doquier, las butacas, las sillas y sobre todo el bufete estilo Luis XVI, adornado con delicados bronces, ostentaban el honorable aspecto de rancios muebles familiares. El desorden reinante en la vivienda, que...

...hubiera estremecido de espanto a toda ama de casa, ofrecía raros contrastes: una olla de cocina canturreaba en la lumbre; un espejito de baratillo pendía de la falleba del balcón; sobre un veladorcito, un cucurucho medio desenvuelto dejaba escapar unas monedas de oro, esparcidas junto a una caja de habanos. Y toda la estancia aparecía envuelta en una densa niebla perfumada, evidentemente debida a uno de esos cigarros. Al entrar Enrique, el señor de Vindeuil, que a la sazón escribía y fumaba, se puso...

...de pie, y después de retirar de una butaca un montón de legajos...



Y Luc entregó al aristócrata la carta de recomendación.

El caballero, con cortés ademán, señaló el asiento que había quedado disponible, se sentó a su vez y se enfrascó en la lectura de la epístola, mientras el visitante se dedicaba a examinarlo. Pasada la primera impresión, el Conde, aunque apuraba hasta el exceso sus levitas negras y dejaba deslucir la roseta de la Legión de Honor que ostentaba en la solapa, obligaba a reconocer en él al aristócrata de limpia alcurnia.

Su calzado, usado más de la cuenta, no ocultaba la elegante configuración del pie; sus manos, aun saliendo de puños de camisa no siempre inmaculados, aparecían finas de tonalidades casi translúcidas, y su rostro ofrecía una encantadora expresión de energía y bondad. Como ocurre a muchas personas sanguíneas, de tez sonrosada, el señor de Vindeuil conservaba apariencias de perenne juventud. Al contemplarlo, Luc sentía desvanecerse sus ideas de joven y arisco demócrata. Sí, aquél era el hombre cuya vida admirable le había referido Berthier.



Emparentado con la más conspicua aristocracia francesa, el Conde, en los primeros años de la mocedad, militó con distinción en las filas de los expedicionarios del Africa y llegó a ser condecorado por una hazaña.





Contrajo matrimonio, dimitió el grado de teniente y fue padre de dos niñas. La guerra de 1870 lo indujo a reingresar en el ejército, como comandante de movilizados. Se batió valientemente, y al terminar la batalla del Mans, donde resultó herido de gravedad, le fue otorgada la Legión de Honor. Después de la guerra, confinado en sus posesiones patrimoniales del Berry, una espantosa catástrofe cayó sobre él.

Sus dos hijas, tísicas, fallecieron con escaso intervalo, y a poco las siguió la madre, que llevaba en sí el germen de la cruel dolencia.



El señor de Vindeuil era muy piadoso, y sus creencias lo defendieron de la desesperación. Abandonó la tierra natal y la casa de sus mayores, poblada para siempre de espectros, y se dirigió a París, convencido de que en la gran ciudad hallaría más miserias que remediar que en parte alguna. Instalóse modestísimamente y consagró toda su actividad y todos sus considerables ingresos a los pobres, a los enfermos y, de éstos, especialmente a los tísicos. Ingresó en cuantas sociedades benéficas le parecieron dignas, sin perjuicio de dedicarse con toda el alma a la práctica de buenas obras personales...



Por la mañana de ocho a diez, y por la tarde de dieciséis a dieciocho, se veía en la residencia de la calle Regard un ininterrumpido desfile de sacerdotes, religiosas y mendigos de toda catadura.



El resto del día lo dedicaba el señor de Vindeuil a corretear por doquier, visitando a sus amigos los necesitados, encaramándose a buhardillas y sotabancos, y sentándose a la cabecera de míseros camastros. Avaro para sí, se prohibió el lujo del coche, y por eso se veía a su larga persona siempre a pie, con paraguas bajo el brazo, o bien tomando por asalto los tranvías.



Para comer tardaba sólo un cuarto de hora. ¡Y qué comidas! En cuanto a indumentaria, el Conde, que había sido un árbitro de elegancia masculina, parecía ahora vestirse en casas de compraventa. La única superfluidad costosa a que no había renunciado era a la de fumar bien; en este punto, mostrábase delicado y exigente.



Tal era el caballero que, después de leer la carta del profesor, se volvió hacia la visita.

¡Perfectamente, hijo mío! Este es asunto concluido. Queda usted nombrado mi secretario. La recomendación que me presenta es omnipotente. Desde mañana por la mañana, empezaré a contar con sus servicios. Si le parece, ambos prescindiremos de tratar temas políticos y religiosos. Pronto...



...«advertirá que tenemos que hacer algo más importante y mejor que proselitismo. Conoce usted las condiciones en que entra en esta casa: Berthier se las habrá dicho. ¡Perfectamente! Hablemos, pues, de las obligaciones que le incumben. Por de pronto, le ruego que ponga orden en esta leonera... Deploro que tenga que tragar mucho polvo y afrontar una tarea tan ingrata, pero precisamente este desbarajuste es lo que me ha decidido a tomar un auxiliar. Mis fuerzas son menores que mi voluntad, ¡y tengo que hacer tantas visitas, cumplir tantos encargos!... Por las mañanas, mientras me dedico a las personas que vienen a verme, usted pondrá al día la correspondencia y una contabilidad elemental de nuestros fondos... ¡Oh! No se alarme. Bien sé ..."



..."que tiene usted que trabajar también para sí mismo. No, no lo abrumará la labor que yo le encomiende. Y su concurso será para mí de extraordinaria utilidad.»

—Caballero, le estoy muy agradecido por todo. La ayuda que me ofrece me permitirá continuar los estudios, labrarme un porvenir. El señor Berthier me ha puesto en autos de que gracias a la caridad de usted...



No hablemos de eso, no hablemos de eso... Nos convenimos mutuamente, y eso es lo esencial. Y ahora, mi joven amigo, me veo obligado a despedirlo. Aún no me he desayunado y antes de mediodía he de estar lejos de aquí. Conque... ¡hasta mañana! Y vuelvo a prevenirlo: prepárese a tragar mucho polvo.



A las ocho en punto se presentaba Enrique Luc en la casa de la calle Regard y se instalaba en la mesita que le habían destinado en el comedor. Pero a todo momento, para utilizar o para colocar en su sitio legajos o papeles, entraba en el despacho del Conde, quien dejaba la puerta abierta y había dicho a su secretario que podía circular por la casa con entera libertad, aunque hubiera personas extrañas.



Solían ser éstas muchas; y Gaspar, el criado que había sido asistente del Conde durante la guerra francoprusiana, las invitaba a sentarse en el recibimiento, donde había dos únicos escaños, y les franqueaba luego el paso por riguroso turno.



A las blancas tocas de una pareja de religiosas, seguía la estameña de un fraile o la sotana de un sacerdote. Mujeres sencillamente vestidas alternaban con...



...figuras estrafalarias, con madres dolientes, acompañadas de niños anémicos, con criaturas enfermizas y melancólicas. A todos por igual concedía el señor de Vindeuil una breve audiencia, a cuyo término...



...Enrique Luc oía infaliblemente el tintineo de monedas de oro y plata. Aparte de este detalle, los documentos que clasificaba y ordenaba ponían ante sus ojos, sin cesar, nuevas pruebas de los beneficios que el Conde distribuía pródigamente. Un presupuesto rudimentario ordenaba su economía: entradas, 50.000 francos de rentas; destinado a gastos personales del Conde, el 10 %; lo restante, para el prójimo...



El espectáculo constante y los testimonios innegables de esta inagotable caridad, de esta bondad siempre activa, fueron conquistando poco a poco la estima y la admiración de Enrique Luc. Sin embargo...

...hubiérale sido grato sorprender una falta en la vida ejemplar de aquel aristócrata, poder despreciar las buenas obras de aquel cristiano. A veces razonaba así: «No nos dejemos embaucar. Si el señor de Vindeuil destina 5.000 francos a sus gastos y 45.000 a los pobres, es para comprar gloria eterna; en suma, un buen negocio desde su punto de vista.»

Cierta mañana, Gaspar habló a Enrique con gesto contrariado.



Enrique sonrió aviesamente. «¡Ah! ¿Conque el virtuoso caballero solía pasar la noche fuera de casa?...» La repentina llegada del señor de Vindeuil interrumpió las reflexiones del secretario.

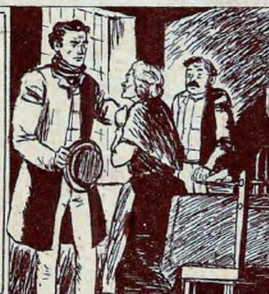
El Conde estaba pálido, ojeroso, con las ropas en desorden.



Había arrastrado consigo al secretario hasta su despacho. Abrió el cajón del bufete, cuya llave dejaba siempre puesta, y con voz alterada...



Enrique Luc se dirigió inmediata y rápidamente a la casa del duelo, donde la miseria agravaba al dolor. Fué recibido con bendiciones, y supo, no sin remordimiento y vergüenza por sus malos pensamientos, que el Conde había pasado esa noche —y otras— junto al lecho del moribundo, un pobre niño que poco antes le era desconocido.



RINCON DE LA ALEGRIA

Otra vez, al entrar en el despacho del Conde, le llamó la atención no ver la acostumbrada humareda. No necesitó indagar la causa, porque el señor de Vindeuil puso en sus manos una caja de habanos apenas empezada.





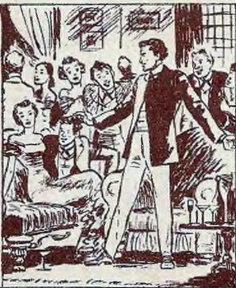


Enrique se alejó con los cigarros. Interiormente iba diciéndose que el Conde, fumador empedernido, no cumpliría la palabra. Una cosa es prometer... No obstante, después de quince días de tortura en los cuales aspiró humos imaginarios y se palpó a cada instante la ropa con nerviosas y desocupadas manos, el...

...Conde demostraba haber vencido la vieja costumbre, o sea, haber sacrificado a los pobres el último placer que se permitía. Con todo esto, iba el joven sintiendo desaparecer sus prejuicios contra el aristócrata y dejándose ganar el corazón por el trato benévolo y cordial, cuando en la vida del mozo sobrevino una crisis agudísima. Contaba a la sazón, entre el sueldo de secretario y la retribución de algunas lecciones particulares, con lo necesario para darse ciertos gustos, y...



...había reanudado relaciones con antiguos condiscípulos. La mayor parte pertenecía a familias acomodadas, cuyas diversiones resultaban costosas. Demasiado altivo para desempeñar papeles subalternos, Luc llegó a derrochar en una noche los ingresos de una semana. Esto lo compensó con siete días de privaciones, pero sus veinte años reclamaban, y no tardó en contraer deudas.



Cuando, al día siguiente de una noche agitada, se dedicaba a clasificar los papeles del señor de Vindeuil y veía cómo éste extraía oro y billetes de banco del bufete, sentíase poseído por una especie de frenesí.

«Por qué he de admirarlo —se decía . Este hombre no sacrifica sus inclinaciones; por el contrario, las satisface... Desde el punto de vista del placer, Nerón incendiando a Roma y Vicente de Paúl socorriendo a los desvalidos, son equivalentes. El Conde no es menos egoísta que ellos.»



En tal estado de espíritu, Enrique Luc conoció a Clotilde, a quien en los círculos galantes afines al Barrio Latino llamaban Clo. Era una mujer de belleza insinuante, de cabellos negrísimos y frente «estúpida y altiva», como dijo alguna vez Musset.



Clo —que había alcanzado el máximo de notoriedad al concederle su predilección un Príncipe japonés que estudiaba en París— cambió ostentosamente las lujosas habitaciones del asiático por el sotabanco de Enrique. Esta preferencia embriagó peligrosamente a Luc, quien, buscando corresponderle con finas atenciones, aumentó prodigiosamente sus deudas, hasta entonces pequeñas.



Pronto debió a todos sus compañeros de francachelas. Los usureros al menudeo se encogían de hombros ante sus nuevas súplicas de dinero. Su firma perdió todo valor al divulgarse que había comprado a plazos tres diccionarios enciclopédicos de Larousse y que los tres habían sido prestamente transformados en obsequios a Clotilde: un traje de verano, un sombrero florido, banquetes y excursiones campestres...



¿Cómo retener a su lado a aquella mujer que lo enloquecía? Porque era evidente que Clo no mostraba ninguna inclinación a vivir de amor y agua clara y sí muy mal humor ante cualquier insinuación de estrechez o sacrificio. Cierta mañana, después que con entonación dura le hubo dicho: «Ya lo sabes... Estoy descalza », hallábase él trabajando maquinalmente en casa del Conde, cuando éste le dijo, después de haber despachado a la última de sus visitas matinales: —Por rara casualidad, querido Luc, hoy no...

.. almuerzo en casa. Hágame el favor de contestar, antes de irse, dos cartas que quedan sobre el bufete.



Ausentóse el Conde, y Enrique entró en el despacho para recoger las epístolas citadas. Negligentemente, como siempre, el señor de Vindeuil había dejado entreabierto el cajón de la mesa. A través de la rendija, brillaba el oro.



Enrique sabía, por experiencia, que su principal era sumamente olvidadizo y que se embrollaba en las cuentas. ¡Se sintió tentado!... El espantoso deseo cruzó su cerebro como un relámpago siniestro e hizo palpitar violentamente su corazón. Con algo, con muy poco de aquel oro podría proporcionar un gran placer a Clotilde. Luego, él lo restituiría... No sería, pues, un dinero robado, sino una cantidad tomada a préstamo...



Enrique se apoderó de tres luises, corrió a reunirse con Clo y le compró unos hermosos...



..zapatitos. Ocho días después tomó dos luises; en esta ocasión, el...

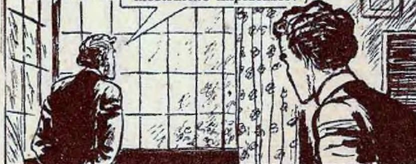

...cajón estaba cerrado, y tuvo que abrirlo con la llave que el señor de Vindeuil dejaba siempre a mano. ¡Oh vertiginosa caída! Aquel vástago de una familia honrada, honrado él mismo hasta poco antes, en algunas semanas hundió varias veces la ratera garra en la caja de un hombre bueno y confiado.


Una mañana, al entrar en el despacho a recibir instrucciones, encontró al señor de Vindeuil con aire extrañamente preocupado. Su voz era triste y calmosa al decirle: —Cierre la puerta, mi querido Luc, se lo ruego... Tengo que hablar con usted de cosas muy serias.


El ladrón cerró la puerta mientras se sentía sacudido por un estremecimiento, y en la garganta la estrangulación de un tentáculo de hierro. —Acabo de descubrir —continuó el Conde— que me están robando... A pesar...


...del poco orden que llevo en mis asuntos, observo que desde hace un mes el dinero desaparece muy de prisa del cajón en que lo coloco. ¡Oh, no se espante usted!...


Hace tres días dejé en ese cajón cierta cantidad de oro que no he vuelto a tocar. Ayer faltaban dos luises... Puedo, pues, asegurar que me están robando y le diré a usted más: creo saber quién es el ladrón.


Un escalofrío recorrió el cuerpo de Enrique. El Conde pareció no haberlo advertido.
Sospecho de Gaspar. Desde hace algún tiempo anda descarriado, bebe... Esta mañana misma apestaba a ajenjo...¡Robarme a mí, que le salvé la vida en el campo de batalla y que no he sido un amo sino un amigo para él!... ¿No es verdad, hijo mío, que debo mostrarme implacable?


Luc no esperaba ciertamente esa conclusión. Lejos de servirle de alivio, acrecentó de modo indecible su terror. No era aún lo bastante abyecto para consentir que otro fuera acusado por un delito que él había cometido. Tambaleándose, con los ojos llorosos, buscó apoyo en la mesa y empezó su confesión con palabra entrecortada: —Señor Conde, ¡Gaspar es inocente! ¡Basta con una sola infamia!... Soy yo, yo, quien, en pequeñas cantidades, he sustraído treinta luises...

...«de ese cajón... Fue por una mujer... Resuelva lo que quiera.»

Estaba seguro de ello. Conozco a Gaspar desde niño y sé que es la probidad personificada. Hace un momento tendí a usted un lazo, lo confiese, y veo con cierto agrado que no está tan envilecido como me lo temí, al ver que usted, desventurado, robaba este dinero que...



...es el dinero de los pobres. ¡Cuán fácil me sería ahora...! Pero estoy resuelto a no sermonearlo estérilmente. Otra idea más práctica se me ha ocurrido. Siéntese ahí, tome...

... una pluma y escriba lo que voy a dictarle. Obedézcame sin vacilar, o llamaré a Gaspar para que avise a la policía.



Abrumado de vergüenza, Enrique Luc se desplomó, más que se sentó, ante el bufete y asió la pluma con mano temblorosa.

Ponga usted: «El que suscribe confiesa haber robado la cantidad de seiscientos francos al señor Conde de Vindeuil, de quien era secretario, y reconoce que sólo a la generosidad de éste debe no haber sido entregado a la justicia.» Feche, firme y entrégueme el papel.



El lastimoso delincuente había escrito la declaración con caracteres irregulares pero legibles. El Conde lo comprobó, dobló la hoja y la depositó en su cartera. Después miró a Enrique, que mantenía la vista fija en el suelo y cuyos dientes castañeteaban.

Contésteme. ¿Tiene usted deudas? ¿Cuánto debe?



Sorprendido por la inesperada pregunta, Enrique permaneció mudo, sin saber qué contestar.



¡Le he preguntado cuánto debe!... ¿Un millar de francos?...

Una cosa así... Quizá... Me parece...



Ahí van mil quinientos.



Y como Enrique, estupefacto, lanzó un grito ahogado, el Conde añadió: —No me lo agradezca, y le prohibo terminantemente que...

...«jamás intente devolverme ni lo que me ha robado ni lo que ahora le entrego. Lo que hago es un sencillo experimento. Si usted se arrepiente, si vuelve a dedicarse al trabajo y en el porvenir observa una conducta irreprochable, resultará que yo lo he salvado, y el saberlo será para mí una satisfacción no pequeña, porque ... —al llegar a este punto la voz del señor de Vindeuil se alteró visiblemente—, porque yo sentía por usted viva simpatía... Se encuentra usted ahora en condiciones de saldar sus deudas, y en disposición, si lo quiere, de volver a ser hombre honrado. Tenga presente una cosa: yo seguiré sus pasos, y si se que ha reincidido en una mala acción, lo perderé sin remisión con el instrumento que deposita en mis manos. Dejemos, pues, las cosas bien sentadas: por hoy lo perdono, pero si obra mal, procederé como corresponde en justicia. Ahora»...

...¡retírese usted! Ya no es mi secretario y me sería sensible volver a verlo...



Diez años después, la sesión de la Cámara acaba de ser levantada y los diputados salen del Palacio Borbón. El breve crepúsculo de noviembre pone algunas pinceladas rojizas por encima del Trocadero, y los focos del puente de la Concordia lucen ya sus estrellas de gas que parecen verdes sobre el claro cielo de la tarde.



Enrique Luc, el joven y ya famoso orador de la extrema izquierda se despide de un grupo de colegas y de amigos políticos en la esquina del Quai d'Orsay. Con el cuello del gabán de pieles levantado, porque hiela, reparte apretones de manos a diestro y siniestro.



El jefe de su grupo político, gran derrocador de ministerios, le dice con efusión: —Quedamos, por lo tanto, querido amigo, en que...



...podemos contar con usted. Mañana, cuando se ponga en discusión el presupuesto de cultos, Baral romperá el fuego pidiendo la supresión. Luego, en seguida que el obispo haya pronunciado su discurso, debe usted pedir la palabra.



Devismes, un periodista que participa de la conversación, se dirige también a Luc.



El frío arrecia, y Enrique Luc corta el coro de comentarios.



Como se ve, el ex secretario del señor de Vindeuil había hecho brillante carrera en los diez años transcurridos. Y, apresurémonos a decirlo, muy honradamente: por su trabajo y merecimientos. La terrible prueba a que lo sometió el Conde bastó para llevarlo al buen camino. El mozo, harto capaz y altivo para no ser fundamentalmente honrado, cometió, sin duda, un acto indisculpable. Pero había procedido a impulsos de un arrebato febril, y su propia vergüenza, apurada hasta las heces, fue medicina tan amarga como eficaz.

Enrique Luc había salido de casa del señor de Vindeuil como el hombre que escapa de un incendio con el pelo chamuscado y las ropas ardiendo y a quien el terror del fuego no abandonará nunca.



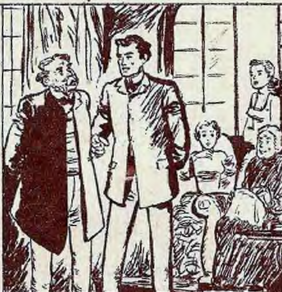
Dejó los devaneos, pagó las deudas, interrumpió relaciones con los camaradas de holgorio y reanudó el trabajo y los estudios, en los que halló un mar de paz y de olvido.



En menos de un año afrontó exámenes y una prueba de oposición en la que ganó un nombramiento de profesor del liceo de una ciudad manufacturera del Noroeste. Salió de París —que se le había hecho odioso por ser el teatro de sus mayores sufrimientos— exhalando un grito de júbilo, como el prisionero que vuelve a respirar aire libre después de larga cautividad.

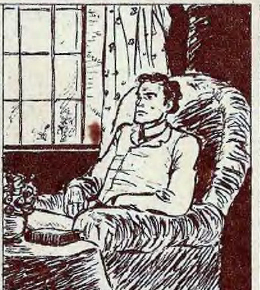


Durante su permanencia en provincias, fué el prototipo del joven correcto, quizá demasiado serio y reservado que no suscita ensueños en las muchachas solteras, pero que es el yerno ideal y el modelo que los padres proponen a los hijos.

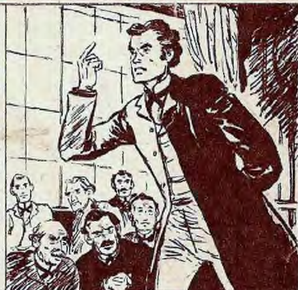


Lo más que algunos se permitían respecto de él era censurar lo avanzado de sus opiniones en política y en filosofía, no sin dejar de reconocer que sólo las exteriorizaba cuando se veía constreñido a ello y que entonces lo hacía en forma extremadamente templada y cortés. Estas honrosas apariencias no eran fingidas: en la conducta de Enrique Luc no había ni sombra de hipocresía. Su retorno al bien era sincero y lo que ambicionaba de la vida esperaba obtenerlo mediante el trabajo y el cumplimiento del deber. Cuando recordaba su delito —y lo recordaba a menudo— experimentaba dolorosa angustia y no se reconciliaba consigo mismo a pesar de su regeneración. Sin embargo, en el fondo de aquel corazón noble pero árido persistía un mal sentimiento — o, mejor dicho, la falta de un buen sentimiento.

Enrique Luc no sentía gratitud alguna hacia el señor de Vindeuil. Reconocía que el Conde había podido perderlo y que, en cambio, había puesto en sus manos instrumentos de redención; pero se ensombrecía al pensar en la confesión firmada y en el dinero recibido con absoluta prohibición de devolverlo.



Entretanto, obtenía nuevos ascensos en su carrera docente y explicaba con gran éxito una cátedra de retórica. Descubrió su vocación de orador, y se consagró a cultivarla y perfeccionarla. Abríase ante él un risueño porvenir en la enseñanza cuando súbitamente cambió su destino.



Enrique frecuentaba la casa de un industrial muy considerado en la región. Amada, la hija mayor, era inteligente, seria y bonita. Luc gustaba de ella cada día más, y...



...en la casa se le dió a entender que él tampoco era visto con malos ojos. La dote de la niña era reducida, porque aunque el industrial era rico, su prole era harto numerosa. Enrique fué, pues, desinteresado, pero, sin que él lo pretendiera, el matrimonio le abrió nuevos y más amplios horizontes.

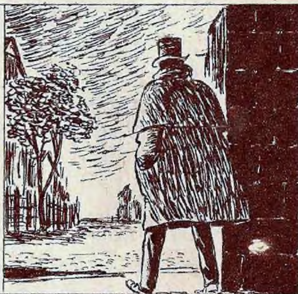


El suegro, que siempre había tenido gran afición por la política, era muy influyente en el departamento. Prodújose una vacante en la Cámara, y el industrial hizo diputado a su yerno, que ingresó en la fracción de la izquierda radical.



En la Cámara, un solo discurso, bien dicho y no mal elaborado, acerca de la legislación escolar, hizo de Enrique Luc uno de los oradores de primera línea. Y hételo a los treinta años de edad, cuando volvemos a encontrarlo, señalado para un papel descollante en la candente cuestión del presupuesto de cultos y, desde luego, para ocupar la cartera de Instrucción Pública en el caso probable de que el debate tuviere como epílogo la caída del gabinete.





Esta esperanza alentaba su ambición y, diciendo entre dientes las últimas frases de la disertación que preparaba, llegó en poco tiempo al muelle Voltaire, donde se alzaba la casa en que residía.



Halló a su esposa junto a la cuna de un rapazuelo de dos años, y el gracioso y tierno cuadro hizo olvidar al tribuno toda otra preocupación. Al ceñir el talle de Amada y besarla dulcemente, Enrique se sentía, sin duda, a mil leguas de las consecuencias del Concordato...

Dormido ya definitivamente el niño, los esposos se sentaron a la mesa. Durante la comida, él desarrolló las ideas que pensaba exponer al día siguiente y que Amada aprobaba, con encantadora y silenciosa expresión, porque carecía de ideas propias y admiraba y adoraba al marido.





Después de cenar, Enrique revisó los periódicos de la noche, que anticipaban, con adjetivos laudatorios, la posibilidad de su intervención en el debate del día siguiente.

Arrellanado frente a la encendida chimenea, aspiró el embriagador incienso periodístico, en tanto que por la puerta abierta veía el ir y venir de la esposa, que procedía a su tocado nocturno.

Cerca de él, los libros abiertos y los papeles diseminados bajo la luz de una potente lámpara lo invitaban al trabajo, y por un instante pensó en lo preciosos que eran para él, en medio de la febril existencia de político, aquel apacible hogar y aquellas dulzuras familiares; y se dijo que era feliz.



Vino entonces su mujer a darle el beso de despedida para ir a acostarse.



Luc quedó solo y se puso a trabajar. Unas veces paseando a través de la habitación y recitando en voz baja fragmentos de su exposición; otras, sentándose a la mesa del despacho para tomar un apunte o corroborar una cita, llevaba ya bastante tiempo absorto en su labor cuando...



...la doncella, después de llamar, entró con la tarjeta de un caballero que insistía en ser recibido a pesar de la hora.



Luc tomó la tarjeta con impaciencia. Un escalofrío recorrió su cuerpo al leer el nombre del Conde de Vindeuil.
La presencia de aquel hombre, único testigo de su oprobio juvenil, que surgía bruscamente ante él en plena dicha, en pleno triunfo, le pareció del más siniestro augurio.



Su voz temblaba al ordenar a la doncella, que aguardaba en actitud respetuosa.



El Conde de Vindeuil había cambiado poco en aquellos diez años; algo más encorvada su figura; en su barba rubia, muchas canas, que la penumbra de la habitación no hacía visibles. Su vestimenta no parecía menos descuidada que antaño.



Y cuando, después de saludarlo y de invitarlo a tomar asiento, Enrique Luc lo vio cruzar sus largas piernas y colocar sobre un velador un viejísimo sombrero desteñido por el sol y las lluvias, el joven reconoció, con malestar indefinible, a su antiguo principal, tal y como era el día nefasto de la última entrevista.













...«supresión del presupuesto de cultos importaría una calamidad para la Iglesia y para la fe. Se me asegura que el discurso de usted puede precipitar semejante catástrofe. Ya adivinará, pues, el ruego que vengo a formularle. Absténgase, no intervenga en la discusión que va a realizarse mañana, y al obrar así me demostrará, mucho más de lo que puede figurarse, la gratitud que dice guardarme.
Contésteme sin rodeos ni atenuaciones: ¿puedo esperar esa buena acción?»

Fuerza es reconocer que el Conde había puesto, no en la forma literaria pero sí en la entonación de su demanda, toda la energía de un mandató. Luc lo notó y se sintió mortificado porque veía que sólo despreciándolo podía hablarle el Conde como acababa de hacerlo. Al mismo tiempo adivinó que sobre su cabeza se cernía una tempestad y procuró conjurarla.
—Doy a usted las gracias, señor Conde — contestó —, por haber aludido con tanta discreción a su generosa conducta...

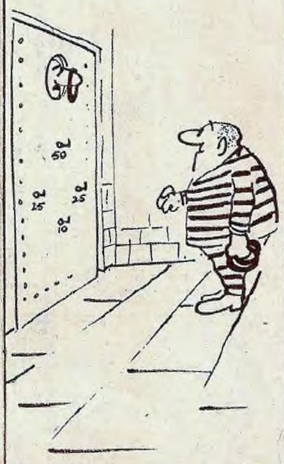


...«para conmigo. Esta no ha sido estéril. El delincuente a quien usted perdonó es hoy un hombre honrado que apela a la lealtad de usted y que lo hace juez de su situación. La supresión que para usted sería una catástrofe, es a mis ojos una victoria del progreso. Quiero admitir que esté en mi mano conseguir este triunfo... ¿Y será usted, un soldado, quien me aconseje desertar la víspera del combate?... ¡No! ¡Usted no puede ordenar a un hombre, vuelto por su magnanimidad al camino del honor, que se aparte de él para siempre! No pienso, en este instante, en mis aspiraciones, en mi carrera. Para demostrárselo, diga una palabra, y renunciaré a mi banca y a la vida pública, pero»...





UN POCO DE ALEGRÍA



...«siempre hacen efecto en las asambleas parlamentarias! No habían exagerado, ya lo veo, quienes elogiaron su elocuencia. Desgraciadamente no puedo satisfacerme con esos términos huecos y convencionales porque poseo la prueba escrita y firmada de que no siempre ha tenido derecho de pronunciarlos. Por eso, no perderé el tiempo en disquisiciones estériles. Pretendo que mañana no haga uso de la palabra en la Cámara, y no lo hará. Lo que le estoy diciendo es una orden, y si tuviere la audacia de desobedecerla, yo daré a la publicidad el documento»...













Agobiado, aniquilado, Enrique Luc se dejaba caer en el abismo de la desesperación. ¿De modo que era cierto? Aquel pecado de juventud, que por diez años había seguido sus pasos como un testigo invisible; aquel delito que...

...creyó expiado con diez años de vida laboriosa y honorable surgía ahora y caía sobre sus hombros con el peso abrumador de la mano de un polizonte. Experimentaba el mismo espanto del enfermo de una terrible dolencia que, cuando se cree ya curado, ve reaparecer los síntomas inequívocos de la enfermedad. ¿Qué contestar? Si se resistiese al Conde, aparecería innoble y degradado a los ojos de todos; si cediese a su mandato, se deshonraría ante los allegados. Y, realmente, justo es decirlo, Enrique Luc experimentaba tanto horror por la infamia pública como por el deshonor privado. A la tortura moral se sumaba, además, una especie de doloroso asombro. ¿Era posible que el austero, el bondadoso, el compasivo señor de Vindeuil estuviese cegado por la pasión hasta el punto de crearle una situación tan cruel?



Enrique Luc se veía entre dos abismos, pero, cuando alzó la cabeza, que retenía sepultada entre las manos, tenía adoptada una resolución.





No hablaré mañana en la Cámara porque esta misma noche me saltaré la tapa de los sesos.

¿Va a suicidarse?

Había en el tono de la pregunta del Conde un dejo de ironía, y el joven replicó con un enérgico ademán.

¿Ve, acaso, otra solución aceptable? Ha venido —y me ha dejado estupefacto que sea precisamente usted— a obligarme a cometer una villanía o a clavarme en la picota. ¡Pues bien! Mi muerte le contestará: ¡ni lo uno ni lo otro!

Pero... ¿es que en verdad piensa matarse?

Convendrá conmigo, a pesar de sus ideas religiosas, en que mi suicidio no estará del todo desprovisto de valor. Está viendo este hogar, que hasta que usted entró era el de un hombre feliz; pero comprendo que los puros goces no están permitidos a...

...«quienes, como yo, tienen una mancha en su pasado. No le diré nada de mis ilusiones ni del porvenir que ante mí se presentaba... Aquí tiene impresos en que me llaman «eminente, insigne tribuno». ¡Miseria todo ello!... Lo único de la vida que siento perder es el amor de mi mujer y de mi hijo... A pesar de todo, y si es usted franco, señor Conde, reconocerá que tiene algún mérito separarse de todo esto a los treinta años... ¡No importa! Cuando dentro de un rato apoye en la sien el cañón del revólver, me cabrá por lo menos el orgullo de pensar que mi único pecado de juventud queda definitivamente expiado y que preferí, a la vida y a la dicha, el honor... Y ahora, señor Conde, tenga usted la bondad»...

...de dejarme solo. He de escribir algunas cartas... Puede retirarse tranquilo: Enrique Luc no subirá mañana a la tribuna.

El joven se había levantado para acompañar al Conde; mas éste, que lo había escuchado con emoción apasionada, extrajo del bolsillo un viejo papel, cuidadosamente conservado.

Aquí está la prueba de su antiguo delito...

¿Qué quiere decirme con ello? Supongo que no llevará el rencor hasta el punto de deshonrar mi memoria...

Sin responder, el Conde se acercó a la chimenea y arrojó el papel, que en el acto quedó consumido por las llamas. Enrique Luc lanzó un grito. Hacia él se volvió gravemente el señor de Vindeuil.

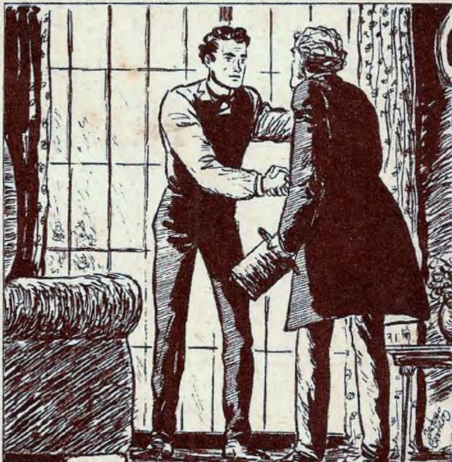


...«de mi casa, pensé que mi clemencia sería inútil por completo. No creía en su regeneración moral. Las noticias que posteriormente me llegaron me desengañaron, sin convencerme del todo. Esta noche, al leer el periódico y recordar el arma que yo poseía contra usted, surgió en mí el mal deseo de lograr a un tiempo, utilizando un recurso de que ahora me avergüenzo, su silencio y la certidumbre de que no era usted más que un hipócrita... Pero me he convencido de que lo juzgaba mal y he recordado que mi comportamiento no era el de un caballero... Al fin»...









...«de Vindeuil! ¡Cuánta generosidad!»... —Hijo mío: cuando nos separamos, hace diez años, lo hicimos sin darnos la mano... Aquí está la mía... ¿la acepta usted? Se la ofrezco llena de estimación y de amistad. — El Conde está hondamente conmovido. Enrique Luc, rebosante de deliciosa efusión, estrecha la diestra noble y leal y comprende que el pecado de su juventud ha quedado borrado para siempre.

FIN



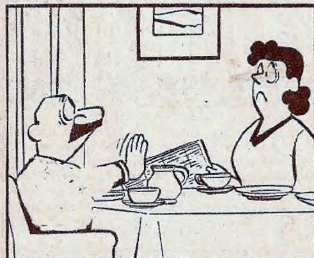

JUAN CEPILLO

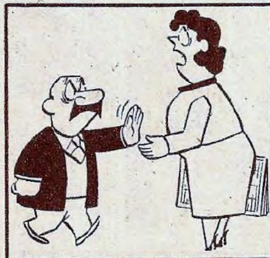


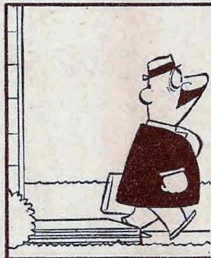





REJUVENEZCA
— APEX —
ESCUELA DE BELLEZA
APEX










ESCUELA DE BELLEZA
APEX


ESCUELA DE BELLEZA

LA VOZ

Por **MARÍA ALICIA DOMINGUEZ**

DIBUJOS DE J. P. DEL CASTILLO

Con aspecto vencido, el hombre caminó hasta encontrar un banco entre los árboles del paseo solitario. Por la ancha avenida cruzaban automóviles rápidos, y allá, lejos, la...

...ciudad, con sus tumultos y sus luces que comenzaban a encenderse, parecía un lugar intransitable, remoto.



Recordó las palabras recientes de la novia:





Se quedó mirándola. Era hermosa, práctica, alegre, con su aire de modernidad audaz y su costumbre de mirar al corazón de todas las cosas, resolviendo de inmediato los conflictos.

Muy diferente de lo que él había amado tanto en su esposa muerta. Constanza tenía un aire perplejo de niña sensible.



Prefiero que tú resuelvas las cosas difíciles, Enrique.

Cinco años se habían cumplido de su muerte; la desolasión, atenuada, sí, pero el recuerdo, siempre vivo. Aquel recuerdo era una sonrisa porque ella pasó por la vida sonriendo...



...siempre: en los trabajos de la existencia común, en los dolores de la maternidad, hasta en la asfixia de la muerte.



En un otoño como éste, pensó él, retrocediendo en la madeja oscura de los caminos hasta volver a la juventud.



Quisiera que instantes así duraran siempre." Pero todo había pasado ya y ella murió dejándole dos niños. Durante años le pareció imposible sustituirla, olvidar...



Eso hubiera sido traicionar la esencia de aquel amor que Enrique soñaba eterno.





—No quiero que la nombren delante de mí. —Huyó hasta de los retratos para quedarse con la imagen íntima de su esposa. Para muchos aquella actitud fue un enigma. Así pasaron. . .





No podía evitar que las esposas de sus amigos, que muchas veces invitaban a comer al viudo grave, se prestasen al juego de querer casarlo otra vez. Qué extrañas, pueriles y hasta insufribles hallaba él a estas señoras. . .



Las recordaba cultivando la intimidad de Constanza, alabando su gracia pensativa, su actividad, sus consejos, hasta su estilo de vida. Y ahora buscaban que él olvidase, que. . .





Y él dijo entonces que su mujer continuaba viviente en cuanto había realizado por él y para él.







Despacio, aquellos consejos fueron abriéndose camino en el alma nublada de Enrique. Y durante un verano consintió acompañar a sus amigos Elda y Luis al campo



Apareció entonces Dora, llena de risas y de palabras, inteligente y sensible, tan buena amazona como intérprete de los nocturnos de Debussy en el piano de cola... Estudiaba. . .



Se encontró casi comprometido con la joven, asombrado de los planes que era aún capaz de alentar y de la belleza que descubría en las cosas y en los seres. Ella tendió. . .





...los brazos para recibir a los hijos de Enrique. —Trencé los cabellos de Constancita: son demasiados largos.
A su mamá le gustaba que cayeran sobre la espalda...



..."de la nena". Fue el primer enojo que tuvieron. Dijo ella fríamente: —Si uno aspira a vivir ha de abandonar...
...el pasado; no conservar recuerdos, no guardar reliquias.



—Eres muy joven —suspiró él, respirando penosamente.
No quisiera asemejarme a la mujer de Lot: por mirar...



..."hacia atrás perdió su futuro." Dora sabía. Dora libresca —pensaba Enrique—, siempre con sus citas difíciles, confusas.



Oscurecía en torno del banco, y el hombre, tomándose la cabeza con las manos, habló en voz muy baja, como si se dirigiese a su esposa invisible: —Constanza, ayúdame... Tú...



—...has de *saber*, querida. Es muy triste el hogar de un hombre solitario. Nuestros hijos crecen sin respuestas para muchas preguntas. ¿Te gustaría el cabello trenzado de la nena?



En lo más secreto de mi alma, hay un altar para ti.
(Haga lo que haga, nunca te olvidaré.)



Se puso de pie y reemprendió el camino bajo los árboles de otoño. Algunas hojas cayeron ante sus pasos. Y él recordó entonces aquella tarde lejana de otro día otoñal.



Constanza y él habían reñido por una futileza.
Has olvidado que hoy hace diez años que nos conocimos.
Tienes la manía de todas las mujeres.



Caminaron sin darse el brazo, y el extraño sonido de las hojas secas hablaba por ellos, que guardaban un silencio lleno de reproches.



Enrique dijo de pronto deteniéndose bajo los árboles: —No estoy seguro de que me quieras tanto como yo te quiero.
Vives pendiente de exterioridades. Hay en tu alma una...



...zona misteriosa siempre negada para mí. ¿Cómo puedo saber si no reservas allí la memoria de algún amor perdido?
Las mujeres son enigmáticas, incompresibles.


Entonces Constanza sonrió. Habían subido al puente. Luego de cruzar la estación, ella lo detuvo. . .
Mira, mira la estrella de la tarde, querido.


Cosas de ella, cosas que otra mujer, después de varios años de intimidad, no hubiese tenido. Fue siempre como una novia.
Eso la volvió inolvidable.


Y siempre allá arriba, en el puente bajo cual pasaban los trenes ruidosos, ella le preguntó si en verdad dudaba de su cariño. Apretándole el talle, Enrique balbuceó, ya reconciliado, sonriente:


Sí, a veces me pregunto qué hay en mí para que sigas queriéndome con tanta ilusión, Constanza.
El amor verdadero es así.


Y al mirarlo con ojos insondables agregó: —Cuando pasen veinte años más, recordaremos esta tarde, sonriendo, y ya sabrás si te he querido de verdad. . . y cuánto y cómo. . .


Pero apenas transcurrieron unos pocos más, y ella murió. Ahora, en el camino de retorno, en la terrible senda de las memorias que el viudo se negó siempre a recorrer, pensó. . .


. . .en algo que mantuvo en tinieblas, como dentro de una clausura, a la que condenó todos los recuerdos concretos que pertenecieron a su vida feliz.


Recordó, ¡y con qué lucidez! La violencia punzante del súbito recuerdo lo obligó a apoyarse en un árbol.
(Constanza, aquella imagen tuya que hasta hoy no evoqué.)


No se gastó con el tiempo, no la desvanecieron las lágrimas. Y ahora se yergue vivísima en mí. . .
Es como si volviese a ver a mi mujer aquella tarde. Sí. . .


—Yo estaba sentado de espaldas a la puerta del "living", que ella abrió lentamente, fingí abstraerme en la lectura del diario, como solía hacerlo para ser sorprendido con un beso.


Era verano, y ella tenía un vestido claro, y los bucles hacían marco a su rostro oval.
Toma esto, es para ti, querido.


—¿Y qué hay aquí? —preguntó el esposo con una sonrisa.
Un disco. Lo grabé con un único fin: ¿a que no adivinas?

—Vamos a escucharlo, ahora mismo —respondió Enrique.





Pero ella pareció proteger el paquetito frágil oprimiéndolo contra su pecho, en tanto insistía: — No, no y no. Vas a jurarme que cumplirás lo que deseo.



—Bueno —consintió él, habituado a los caprichos, o mejor dicho a los enigmas de su mujer.



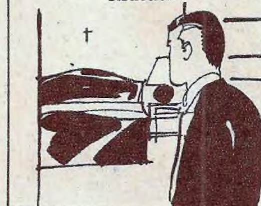
Llegó a su hogar, demasiado vasto y ya nunca feliz sin aquella luz que le otorgaba la risa, la palabra de su esposa. Sentándose en su sillón favorito, reanudó la evocación.



Ella le había dicho con su más clara sonrisa: —Cuando oigas este disco, mi amor te habrá sido confirmado con hechos. —Los dos niños y la mujer que se ocupaba de ellos, pasaron...



...en direción a la puerta. No los llamó porque deseaba quedarse solo, en el dormitorio que fue de Constanza y donde estaba su pequeño escritorio biblioteca.



Era un regalo que él le hizo en el primer aniversario de la boda.



Las manos temblaron al abrirlo y se estremeció su corazón ante el mundo de los recuerdos. Cuántas menudencias conmovedoras: cartas, flores, un pañuelo, cajitas, rulos..."



" ..de Carlitos. El primer diente de Constancita, un lápiz, un escarpín celeste. Un frasco vacío de perfume... Y en el cajón secreto, abrigado entre ...



...encajes, el paquete sellado, como puesto ayer por las manos diligentes y amorosas. Tomó el disco pensando:



Por un instante le faltó valor; su corazón parecía defenderse del peligro de una emoción demasiado fuerte, latiendo...



. . .desesperadamente. Volvió al "living" y llamó a la mucama:
—No estoy para nadie. Quiero estar solo, Berta.





Levantó el disco y luego lo besó. Luego fué como si la aguja chirriase sobre sus nervios. . . En seguida el sonido, el acento, se extendió por toda su sangre. aturdiéndolo.

Como si estuviese junto a él, oyó la voz de Constanza.













La voz pretérita se entrecortó, mientras el que la oía con pulso desmayado, escuchaba una respuesta interior.





La voz se detuvo como si el espíritu retornara a su dimensión infinita, más allá del sonido. El hombre dejó de sentir angustia; algo se afirmaba en él. .



. . .y en su corazón: la eternidad del sentimiento, la mística esperanza cumplida, algo más fuerte que la ausencia, más vivo que la nieve de los años, inmutable como la forma del corazón humano.

Se puso de pie, ligero, dueño de sí, y recibió a los hijos que se acercaron para besarlo. Constancita se puso a hacer pucheros, sentada en sus rodillas y echándole . . .




... los brazos al cuello, la oyó quejarse: —Yo no quiero usar trenzas, papito, me pesan, me duelen. —Enrique la acarició—.
Llevarás el cabello suelto, como le gustaba a mamita.


La nena le cubrió la cara de besos, y Carlitos buscó la otra rodilla de su padre para que lo hiciera saltar como siempre. ¡Qué gloria experimentó el hombre, qué sensación de paz!


Por un instante creyó en una presencia invisible y querida junto a los tres: la de Constanza radiante.
Dentro de unos días nos iremos, Carlitos, tú y yo a un sitio.


La niña y su hermano batieron palmas ,dichosísimos, mientras Enrique evocaba las palabras que acababa de oír: "Nadie te querrá tanto". Esa afirmación conmovedora lo determinó a...

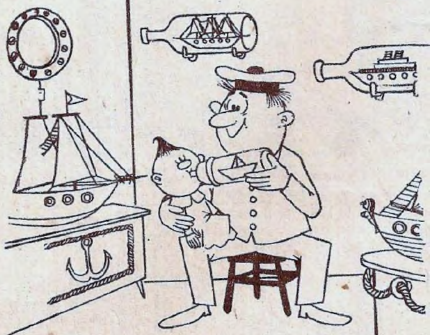

...aceptar la solución que su alma le aconsejaba con respecto a Dora.
(Mi viaje la hará comprender que me debo a mis hijos: es lo mejor para ambos.)
FIN

SIN PALABRAS







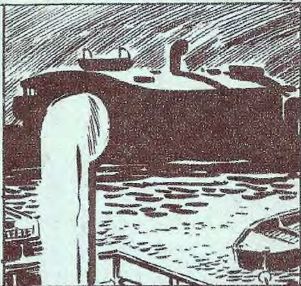


LA LUNA BAJÓ HASTA EL RÍO

por HORACIO FEANS

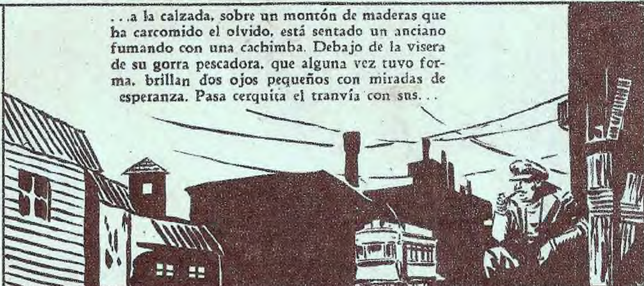
DIBUJOS DE PORRECA

El viento del sur, que trae frío, hace equilibrio en las ondas de las aguas del riachuelo, que quiere encresparse. A popa de una arenera, como tomado de la mano de una persona mayor, se balancea un chinchorro con pretensión de ser bote. El sol va corriendo despacio...

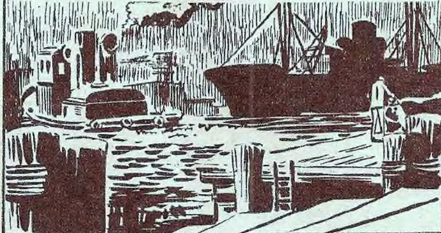


...en busca del horizonte, lo alcanza y por él se cae peregrino hacia otros lares donde lo aguardan ansiosos. Cinco patos azabaches pasan volando ligeramente, y por detrás de sus colas, se aproximan las sombras de la noche. En el murallón que sostiene...

...a la calzada, sobre un montón de maderas que ha carcomido el olvido, está sentado un anciano fumando con una cachimba. Debajo de la visera de su gorra pescadora, que alguna vez tuvo forma, brillan dos ojos pequeños con miradas de esperanza. Pasa cerquita el tranvía con sus...

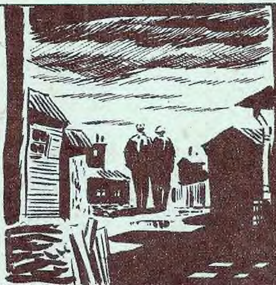


...ruidos de matraca, y del que un hombre se descuelga con **hábil agilidad**, se acerca al que está sentado y, palmeándolo, le dice:





Allá marchan caminando por la angostita vereda que bordea el caserío de chapas de canaleta. Son el ayer *y el presente* que van tomados del brazo en busca de la cantina que está ahí nomás, según reza el nombre, "La Marinera", que...



...en el frente está pintado. Entran abriéndose paso por una densa humareda que tiene olor a toscano, picadura, negro fuerte y, aunque poco, a rubios de contrabando. Hay una mesa en el fondo. Se ubican. Luego de un rato aparece el que las oficia de...





El mozo, que hace muy poco que trabaja en la cantina, los escruta atentamente y, rozándose el índice con el pulgar de una mano, dice:





Preguntó el hombre que acompañaba a don Pascual, mostrando un puñado de dinero. El mozo, cortado, mientras pasa por la mesa un trapo enlutado de mugre, exclama:















Ahora fue don Pascual quien apuró su medio vaso de grapa. Pensando la respuesta, o haciendo tiempo para no darla, se ocupó de cargar con tabaco la cachimba, la puso en la boca y con un mechero estrafalario la encendió. Entonces retornó al tema, respondiendo:

No. Va a hacer un mes que se embarcó en Génova. . .

Pero aquí no llegó.

¿Cómo es posible?

Qué se yo. Supe que desembarcó en Montevideo. Esa fue la última noticia; después. . . ¿Otra copa?

Bueno. Y perdóneme la pregunta: no debí hacerla.

Lo malo es que la madre, que está en Italia, no sabe nada.

Y cuando llegue, ¿qué le va a decir?

Don Pascual suspiró hondo. Sacó de un bolsillo interior de su chaqueta un portafotos de cartulina, lo abrió y, mostrándoselo a Lucio, acotó:

No es porque sea mi hija, ¡pero vea qué muchacha!

La que está con ella es Cristina, mi mujer. ¡Pobre vieja! Nos espera para fin de año; faltan cuatro meses. . .

—Parece propiamente una novela —continuó don Pascual, explicando en seguida: —Hace diez años, cuando salí para América, pensaba hacerlas venir en poco tiempo, pero mi esposa se enfermó y los médicos dijeron que el cambio de clima. . .

—. . .podía ser fatal.

Hubiera regresado usted, entonces.

¡Ma no! Para no preocuparme me escribió la vieja y decía que en unos meses, a lo sumo, un. . .

. . .año, estaría bien. Yo creí en eso. Así fue pasando el tiempo, hasta que el viaje se hizo imposible. Corina, mi hija, fue llevada a Roma por unos tíos que podían darle. . .

—. . .una carrera.

¿Qué edad tiene Corina. . .?

Veinticuatro cumplidos. Quería ser, ¡ecol, farmachista.















—. . .pensé que lo mejor era mandarle dinero para que viniera al terminar el curso. Después regresaríamos juntos, porque, a decir verdad, solo y viejo, ¿qué hago aquí? Además, un tiempo lejos le haría estar segura de ese asunto del ingeniero, un tal. . . ¿come lei. . .? ¡Ah! Tonno Albani.



Tres cosas había que Pascual Rigotti no conocía ni remotamente. Una, que el ingeniero Tonno Albani había sido comisionado para montar una moderna planta electrónica en una fábrica italiana radicada en Buenos Aires. La segunda, que Corina Rigotti y TonnoAlbani, viajaron en el. . .



. . .mismo vapor hasta Montevideo. La tercera, que Tonno había propuesto a la joven casarse en esa ciudad y luego seguir viaje a la Argentina. Y por si estas tres circunstancias no fueran suficientes, había una más que ocurría en el preciso instante del coloquio entre los dos amigos y que. . .



. . .tenía por escenario la margen opuesta del Río de la Plata y acontecía en un hotel de la capital uruguaya. Corina Rigotti, de bruces sobre la cama de su cuarto, separado con bien cerrada puerta de por medio del de Tonno, lloraba amargamente. Su desventura era tremenda. La voz del ingeniero, a. . .



. . .través de los delgados paneles de la puerta, llegaba suplicante.



Ella pareció serenarse un instante. Secó sus ojos, fue hacia la puerta, la abrió y, cuando Tonno hizo ademán de entrar, lo detuvo exclamando:





























Y Corina Rigotti agregó: —Si algún día siente remordimiento por su bajeza, déle un beso a ese hijo y piense que por él, que no debe nacer con el estigma de un padre que puede sentirse avergonzado, no he destruido yo la felicidad...







Pero ella no escuchaba; con la luz de la verdad ante sus ojos cerró la puerta, pasó llave y, asomándose a una ventana, miró hacia el cielo exclamando:



Lucio Silva, excelente mecánico ajustador y capataz de la fábrica en que trabajaba, fue llamado a la gerencia. El titular le dijo:

Me alegra decirle que desde hoy...

—...es usted capataz general de la fábrica. Por lo pronto, irá en seguida a ponerse a las órdenes de un técnico que ha venido de la central de Italia para instalar la planta electrónica. Tome, aquí tiene el nombre y el hotel. Hágase llevar con mi chofer y que él los traiga de regreso.





No pensó más en el asunto. Al ser anunciado al ingeniero, este ordenó lo condujeran a su habitación: una vez en su presencia, Lucio admiró la juventud de Albani, tanto como su excelente buen humor. Y más aún cuando Tonno, en buen castellano, dijo:















Ver esa foto y recordar Lucio Silva cómo conocía aquel nombre, Tonno Albani, fue una misma cosa. Logró a duras penas contenerse pero, al fin, dominando sus nervios y sus emociones, devolvió la foto de Corina Rigotti —pues ella era— diciendo...

...con toda naturalidad:

Bues gusto, ingeniero. ¿Italiana...?

Sí. La conocí en Roma; viajamos juntos hasta Montevideo y ahí la dejé.

¿La dejó?

Tonno le hizo un significativo guiño a Lucio y respondió:-La verdad es que me dejó ella a mi, ¿qué le parece? Total, por una tontería: supo que yo era casado y se acabó el romance.

¿Y ella volvió a Italia?

Hace falta dinero para eso y no lo tiene...

De manera que, según me dijo, se quedaría en Montevideo a trabajar un tiempo para reunirlo. Creo que aquí tiene al padre, pero no irá..

¡Orgullo de mujer!

Quizás, no. Como tenía que haber llegado hace dos semanas, le hubiera resultado difícil justificar la demora.

Pues está arreglada; ¡con lo que le costará el hotel!...

Cuando yo salí lo había dejado. Habrá ido a alguna pensión. Bueno, estoy listo. ¿Vamos a la fábrica?

Usted dispone, ingeniero.

Esto sucedía un viernes, víspera del franco doble de sábado y domingo que la fábrica daba a su personal. Lucio Silva temblaba nervioso cuando ese mismo día, a las siete de la tarde, tomaba el último avión que salía para Montevideo. Se le hizo eterno el breve viaje. Al...

...llegar, buscó afanoso un taxi, se trasladó a un hotel contratando alojamiento. Regresó hasta el coche y ordenó al conductor:

¡Vamos a ir a todos los diarios de la ciudad!

Lucio tenía un plan que requería tiempo y sólo contaba con menos de 48 horas, pues el lunes a las 6 entraba a trabajar. Hizo maravillas con los minutos, y en los diarios del sábado aparecieron anuncios destacados que decían: "Corina Rigotti, hable urgente Hotel Rialto, habitación 109".

SABINCO S. A.

CORINA RIGOTTI

SECRETARIA

Ella, en tanto, por distraer en algo su amargura, tomó un autobús con cualquier rumbo. El lunes buscaría ocupación —se dijo—; por ese motivo no compró ningún diario. Recostada en el respaldar de su asiento, miraba hacia adelante. Se fastidió porque un señor, muy cómodo, sentado...



...en el asiento anterior al de ella, abrió cuan ancho era un periódico, impidiéndole ver el paisaje por el espacioso parabrisas del ómnibus. Fue el destino que puso ante su vista aquel anuncio que leyó extrañada. Un cuarto de hora...



...mas tarde, al entablar diálogo telefónico con Lucio Silva, éste le dijo:



Con un hombre feliz que a las 6 de la tarde la espera en el aeropuerto para llevarla a Buenos Aires.

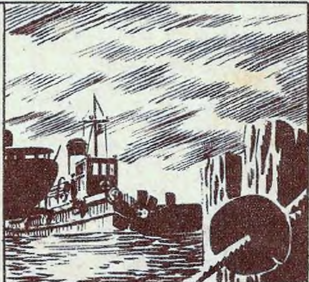


Será de puro contento, pensando en el alegrón de un viejo amigo, de nombre Pascual Rigotti...

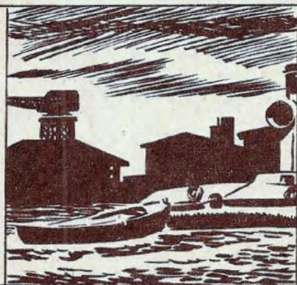




Ya no hay viento en el Riachuelo. Las aguas están en calma, cubiertas de oleosa capa. Es de noche, y la hora la pregonan las 9 campanadas de un reloj lejano Como bostezando un sueño, se recuesta la arenera sobre el paredón de piedra. De la...



...popa y hacia el río baja una cuerda delgada que sujeta a la trompa a un chinchorro engalanado por la pintura reciente y que ahora sí es un bote que hasta tiene nombre propio: "La Gaviota". Arriba, en el murallón, con mirada de esperanza, brillan los ojos pequeños de...



... un hombre que peina canas. Pasa un tranvía...



Así piensa don Pascual Rigotti, disponiéndose a irse a su casa. La ribera, el Riachuelo, los cargueros, la ciudad, todo está en quietud, en silencio. Parecería que la ciudad, los cargueros, el Riachuelo y la ribera no son sino un fantástico lienzo de Quinquela...



Sólo quiebran este mutis profundo los pasos del anciano que se aleja; pero, de pronto, tropieza, está por caerse, mas asoma de aquel lienzo ilusorio de Quinquela una mano de mujer que lo sostiene . . .



Se escucha en la noche una voz que le dice suavemente:



Don Pascual está como aturdido. No quiere ni mirar y exclama:



Siente en seguida en la mejilla un beso que conoce. Se da vuelta. Ve a su hija. Levanta las manos, temiendo que la ilusión se desvanezca. La toca y dice:



Es lo único que puede decir al abrazarla y luego, arrebatado por una felicidad indescriptible, su voz, como en un cántico de gloria, dice vibrante:



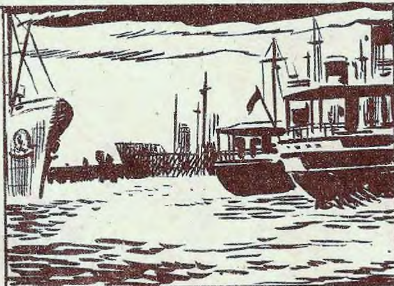
Lucio Silva, que atisba de un lugar cercano, sonríe satisfecho.



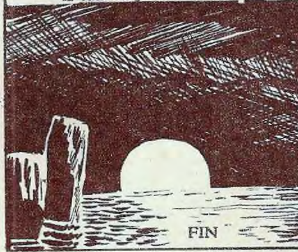
A él y a la muchacha pertenecerán por siempre —así la han prometido— el secreto de aquella amarga experiencia de Corina Rigotti.



Y allá, sobre las aguas del Riachuelo, se acaba de encender una luz blanca que pone en el lienzo imaginario de Quinquela el único detalle que . . .



.. faltaba. Es que, por ver el encuentro, la luna bajó hasta el río...



FIN

PROHIBIDO ESTACIONAR

POR ALFREDO FERRONI



—ESTO NO ESTABA PREVISTO.



—FUE CONTRATADO EXCLUSIVAMENTE PARA LOS COCHES RATÓN.



—NECESITO UNA GRUA...



¡JE, JE, JE!

ESPARTACO

Por OTTAVIO COLOMBO

DIBUJOS DE
EUGENIO COLONNESE































Esa noche, la reunión de los gladiadores en el bosque contaba con un oyente que ninguno de esos esclavos hubiera deseado tener en ese lugar y en ese momento trascendental. No era más que un borracho llamado Metrobio; un ser insignificante pero que podía llegar a convertirse en un héroe.

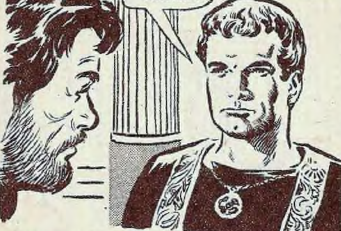




—Artorix partirá mañana para Rávena, ordenando a los seis mil gladiadores de Gránico que se pongan en marcha. Criso se le unirá con sus siete mil hombres; Ocnomao y yo, con los diez mil gladiadores de la escuela de Léntulo. —Así decía Espartaco, y Metrobio escuchaba...













César reemplazaba a menudo su rica túnica por otra apropiada para frecuentar tabernas donde hallaba ciudadanos pobres a los que socorría con frecuencia. Así lo hizo aquella noche. En la taberna de la Suburra Julio César oyó el nombre de Espartaco. Con la penetrante mirada del hombre de genio, advirtió instantáneamente que el tracio, por...












Alguien ha oído vuestra conversación en el bosque. Prevendrá a los cónsules buscando una jugosa y deleznable propina.


Espartaco se hallaba agitado por una violenta emoción. Inmóvil, permanecía apoyado en un árbol que la luna iluminaba.
¡Años de esperanzas, de fatigas y luchas perdidos!


Julio César experimentó un sentimiento de respeto por el gladiador. No era su enemigo ni lo sería nunca.
Entréganos, oh César, al hombre que posee nuestro secreto...
No puedo. Es un romano. Cumplo únicamente con este impulso de mis sentimientos. ¡Adios Espartaco! ¡Soñador! ¡Autor . . .


. . .de una hermosa quimera!
¡Pereceré por una causa justa y nuestra sangre fecundará la obra de la libertad!

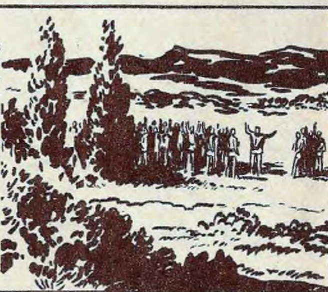

El pontífice y el gladiador se estrecharon las manos. César dirigióse hacia su casa. Espartaco llamó en seguida a sus compañeros.
¡La conspiración debe ser detenida en este mismo instante! ¡El Senado conoce nuestros planes!


El vigoroso gladiador germano Ocnomao gritó:-¡Entonces, a la batalla en este mismo instante!—Espartaco movió la cabeza con desaliento.
No era de esta forma como yo quería ir a la batalla. El plan se ha destruido. Siento terror a la desorganización.


¡Si pudiéramos apoderarnos de un sólo almacén de armas!
El de Léntulo, por ejemplo, ¡aprovechando las sombras de la noche!


¡Andando, Espartaco! ¡Mi brazo arde de impaciencia!


Tomadas todas las precauciones, y ordenado un plan de emergencia que incluía la inmediata salida de Artorix hacia Rávena "a revienta caballo", Espartaco y el germano se pusieron en marcha.


"Pronto nos atacarán las cohortes romanas", dijo Espartaco a los gladiadores de la Escuela de Léntulo. "No estamos aún derrotados. Primero tendrán que batirnos. Tenemos que disponernos a todo. ¿Estáis conformes con mi decisión?" "Sí", rugieron esos pobres, ignorando que, tal vez, iban a morir degollados como corderos.

El ataque sorpresivo de los gladiadores sobre las fuerzas romanas produjo gran desorden, el cual acabó por dispersarlos completamente. No obstante, Espartaco mantuvo a varios gladiadores armados junto a la puerta de la Escuela de Léntulo.







Horas después, el destacamento de gladiadores de Léntulo, con Espartaco y Ocnomao en primera fila, llegó al pie del Vesubio, junto al camino que conducía a Pompeya. "Por fin!", exclamó Espartaco. "¡Los grandes dioses empiezan a protegernos!"



Ahí acamparon, esperando la llegada de socorros de Rávena y Capua. Espartaco, "el que no dormía nunca", velaba. Su figura atlética destacábase, seductora, en medio de la penumbra. . .



Roma, entretanto, ponía precio a las cabezas de Espartaco, Criso, Ocnomao y Artorix, "quienes serían crucificados por infames". . .

Tito Serviliano partió al encuentro de Espartaco, pero sus cohortes fueron rápidamente reducidas. El gladiador-jefe obtuvo su segunda gran victoria. . .





Luego descendió hasta el sitio donde combatía Serviliano y lo batió con un solo golpe de su poderosa espada.



Cargaron el magnífico botín —escudos, cascos, armas de los romanos— y se retiraron al campamento del Vesubio. Pronto propagóse por todo el país la noticia de las derrotas romanas, y el terror fue en aumento cuando se conoció la persecución de que habían sido víctimas los legionarios.

En Roma, no obstante, la sublevación de los gladiadores no fue tomada muy en serio. Solamente el joven Julio César comprendió la importancia y gravedad de esos primeros éxitos.



Dueño del Vesubio, Espartaco enseñaba a sus hombres las tácticas militares romanas: abrir y cerrar rápidamente las filas, converger, formar columnas...



El vigoroso e inquieto Ocnomao decidió por su cuenta y riesgo salir en busca de más armas y víveres. En el campo de Clodio Glabro degolló a unas tropas del legionario Septimio, regresando luego al campamento de Espartaco.



Espartaco no celebraba esos actos de barbarie que también podían salir mal.







Veinte días después, las tropas de Espartaco presentáronse en Nola. Ahí, tras la victoria, los gladiadores se entregaron al pillaje. Espartaco habló:—¡Por todos los dioses! ¿Es que ambicionáis, vosotros, compañeros bárbaros, la...









Un murmullo de aprobación salió de las filas de los gladiadores, dominados por la elocuencia y severidad del amado jefe Espartaco. En Nola quedáronse tres meses. Allí se les unió Artorix con más de diez mil gladiadores reclutados en su avance desde Rávena.



La enorme masa armada se movió hacia el Volturno, río que corría entre las colinas de Casilino. Espartaco no tuvo que guerrear para apoderarse de la ciudad de Casilino. Adquirió quinientos caballos y formó una vanguardia de rudos caballistas.



A ellos, y a su comandante, Criso, debió Espartaco la demoledora victoria sobre el tribuno Furio un mes más tarde.



Cerca de Boviano, le aguardaba al bravo tracio una sorpresa:



Los hermanos se abrazaron largo rato. Mirza era portadora de un cálido mensaje de Valeria Mesala, la amada de Espartaco.



Espartaco dirigió su mirada hacia un rincón y hallóse con Eutíbides. A la compañera de Mirza doliánle las recientes palabras de Espartaco. Eutíbides amaba al tracio.





El tono de voz de la hermosa esclava griega era firme, aunque dulce. Espartaco le tomó ambas manos y las apretó fraternalmente



Lleno de vitalidad y nuevas esperanzas. Espartaco distribuyó sus fuerzas armadas y atacó a Sora, ciudad que se rindió sin resistencia. Libertó a todos los esclavos y sumó más hombres a su ejército. Después de un día de reposo, hizo una correría por Norba, Pomecia, y Piverno. En Roma ya veían a los bandidos invadiéndoles y aplastándoles.

El gallardo Artorix, fascinado por el encanto de Mirza, la acompañaba durante breves paseos. Ninguno hablaba, y ambos se limitaban a avanzar, silenciosos, emocionados. Cuanto más ridículo se encontraba Artorix, más se le trababa la lengua . . .



Artorix, el guerrero científico, inteligente, el amigo fraternal de Espartaco, apretó entre sus brazos a la delicada Mirza. Fueron novios, aun en medio del clima de sangre y miedo que iba a tocarles vivir en los tiempos futuros.



El ejército de "Los liberados" integrábase con más de cincuenta mil hombres.



Sé que en Roma alistan tres legiones al mando de Anfidio Orestes.

El pretor romano Orestes dijo en el Senado:



Era mucha la osadía del hombre de Roma, pero también eran muy bravos los legionarios que seleccionaron para tan riesgoso evento. Dos meses más tarde, lanzó veinte mil hombres contra Espartaco y derrotó al tracio en Fondi.







Orestes hizo sonar las trompetas, deseoso de reencontrar a los gladiadores. El gusto de la victoria se le había pegado en el paladar. En marcha hacia Piverno cayó sobre el pretor de Roma la caballería de Criso. Ante este acontecimiento inesperado, Anfidio Orestes perdió la serenidad.

En combate furioso y sanguinario, Criso dio cuenta de dos legiones de Orestes, pero la lucha no resultó tan favorable para el gladiador...





El cónsul Lúculo tuvo una idea, y la puso en práctica de inmediato. Se trataba de atraer a Espartaco hacia la casa de Valeria Mesala. Lo demás correría por su cuenta. Envió a Piverno —cuartel general de los gladiadores— a un caballero de nervios templados y voz suave e insinuante. Le encargaba "proponer a Espartaco la terminación de la guerra".



Lejos estaba de ser un tonto el jefe de los gladiadores. A las primeras palabras del caballero lo devolvió en su caballo rumbo a Roma. Espartaco pasó un día triste. Cerca de él, Eutíbides desarrolló sus artes femeninas más refinadas, pero el corazón del héroe continuaba latiendo por el amor de Valeria . . .




El despecho que sintió la hermosa griega fue tan inmenso que le hizo concebir un plan de alcances temerarios e insospechados. Halagó desde ese día al bizarro y poco inteligente Ocnomao con un fin fácil de imaginar. El germano prendóse de Eutíbides.
(¿Y ahora, Espartaco? ¡Casi estoy a tu misma altura, elevándome en los brazos de Ocnomao!)


Semanas más tarde, Ocnomao empezó a mostrarse hostil, y en varias ocasiones demostró que ya no tenía para Espartaco el afecto y el respeto de antes . . .
¡Por el dios Tor, quiero lanzarme a la batalla! ¡Asaltemos a Roma!


El tracio se dispuso a investigar las razones de ese cambio en el fiel Ocnomao. Pero la rencorosa Eutíbides ya obtenía apreciables ventajas...


(Ella me hizo comprender que debía desconfiar de Espartaco...)


Eutíbides, entre otras patrañas, hizo creer a Ocnomao que la pasión del tracio por Valeria Mesala iba a conducir a los gladiadores al fracaso, esto es, otra vez a la esclavitud. Dijo la perversa griega: "Espartaco no resistirá mucho tiempo esta separación de su amada y volverá a Roma para traicionaros".


El gladiador germano rugió de dolor.
Ve, Ocnomao, prepara tus legiones y lánzate a la batalla. Los demás te seguirán, y tú serás el jefe supremo.


Una hora después, diez mil hombres a las órdenes de Ocnomao estaban dispuestos a partir para guerrear. Espartaco enteróse de ello y buscó a su compañero de armas.
¡Ocnomao! ¿Qué has hecho? ¿Por qué has agitado así el campamento?
¡Huyo de la traición! ¡Aún es tiempo! ¡Tú nos venderás, Espartaco!


"¡Borracho salvaje!", exclamó el tracio a tiempo que extraía su espada. Pero Criso logró detenerle un instante antes de que matara a Ocnomao . . .
¡Ahora sí veo que voy a perderte para siempre, Ocnomao, amigo mío!


El gallardo germano saltó sobre su caballo y partió al frente de sus hombres, mientras gruesas lágrimas corrían por el rostro de Espartaco. Entre los gladiadores que desertaban del tracio, iba, ataviada como un guerrero más, Eutíbides . . .
(¡Te arrepentirás de haberme rechazado, Espartaco!)


Ocnomao, perdida totalmente su cabeza y en poder de Eutíbides, aceptó un combate desventajoso en las montañas de Norcia. Ocnomao fue uno de los últimos en morir.

Eutíbides pasó por muerta en medio de esa feroz carnicería. Pero desapareció, en verdad, gritando: "¡Ojalá me concedan los dioses ver morir al execrado Espartaco, tan desesperadamente como te vi morir a ti, Ocnomao!"



Desalentado por la actitud de Ocnomao, quien burlaba su condición de "jefe único", Espartaco detúvose un mes en Rímini.



(Veo germinar la semilla del desorden que nos hará un gran daño.)

En Roma enteráronse de la muerte de Ocnomao, y ello dio nuevo prestigio a los soldados de la patria y al pretor Marco Licinio Craso. Este llamó a las armas contra Espartaco. Así se reconfortó a los ciudadanos.



Un mes más tarde, el pretor Craso partió al frente de cinco poderosas legiones.



A los dos días de marcha, Craso alcanzó a los gladiadores en Siponto. El romano tenía la intención de encerrarlos entre sus legiones y el mar. Sin embargo, no hubo batalla. Anunciaron a Craso la visita de un mensajero. Era Eutíbides. Craso comprendió "las razones" de ese feroz odio...



...de la hermosa griega contra Espartaco. Craso era un hombre íntegro y desdeñó el turbio aporte que Eutíbides deseaba efectuar.





Eutíbides se encontró prisionera en una lujosa carpa, mientras se hacían enormes preparativos bélicos. Dos legionarios la custodiaban. Pero la griega, con su poder satánico, consiguió enamorar a uno de ellos que le prometió huir a su lado...



La noche protegió a Eutíbides y al romano que desertaba, embrujado por la bella griega. Pero la misión de las flechas es llegar mucho antes que las personas. Ya se internaban en un bosque cercano cuando al guardia traidor le alcanzó un certero impacto de su compañero. La griega siguió su carrera: un...



...fino acero traspasó la garganta de alabastro de la cortesana.



Marco Licinio Craso premió al fiel guardián y muy pronto olvidó el asunto pues sus líneas guerreras le aguardabas dispuestas al combate...



Espartaco envió por su parte un grupo de gladiadores a caballo para reconocer el terreno. Todos fueron asesinados.



Les llevó de un golpe al campo de batalla. ¡Nunca se peleó de manera tan salvaje! Las legiones romanas doblaban en cantidad a los gladiadores, pero no en valor y violencia.



Caían, de ambos bandos, como racimos desprendidos de una gigantesca vid. Criso, entre otros. Espartaco buscó desesperadamente su cadáver en medio de la batalla, mientras recibía heridas en su andar inconsciente.



Lo halló, por fin, cayendo de rodillas ante el desdichado y fiel compañero de tantas horas venturosas. Cien gladiadores pusieron sus escudos protectores para que el jefe pudiera desahogar su dolor.



Después, la espada de Espartaco se levantó del suelo y volvió a señalar al enconado enemigo. Un enemigo que jugaba su última carta con ferocidad indeclinable.



Los gladiadores se convertían en tímidas liebres, retrocediendo en casi todos los intentos. Espartaco, llevando a la caballería del flanco izquierdo al derecho, la envió a la muerte con Artorix al frente...



Los gladiadores no pudieron proseguir combate tan desigual. Espartaco ordenó el retiro hacia Temesa. Marco Craso no se tomó el trabajo de perseguirlos. Escribió al Senado: "espero terminar muy pronto".



Mirza recorrió el campo de muerte, mas no pudo hallar el cadáver de su amado Artorix. Espartaco la hizo volver a Temesa, agregando un nuevo dolor a los que ya padecía y viendo derrumbarse sus más queridas ambiciones.



Craso recibió refuerzos, y su ejército volvió a ser de cien mil hombres. Gránico encargóse de verificar la alarmante información de un gladiador. De regreso al campamento de Espartaco, Gránico disimuló su consternación:



Todo aquel día lo pasó el tracio pensando en Valeria Mesala. Entonces escribió para ella: "A la divina Valeria Mesala: por tu amor, voy a proponer a Marco Craso la paz. Pero si el pretor romano me ofrece condiciones infames, no seré ingrato con mis compañeros de sufrimientos e iré de nuevo al combate si así lo quieren los dioses. Es probable que pierda la vida..."

..."Entonces te digo, oh amada, ¡sé fuerte y vive! ¡Yo moriré mencionando tu nombre! Me siento desfallecer. ¿Qué se ha hecho de todo aquel valor que me impulsaba? Adiós. Para ti, el último beso..."



Durante esa noche Craso transportó sus legiones hasta las primeras líneas de Espartaco. En aquel momento Espartaco arrolló el papiro escrito a Valeria. Llamó a uno de sus gladiadores y le confió aquella triste carta.



En seguida prodújose el estrépito de la batalla, y el bravo tracio acudió como un gladiador más.



Craso hizo otro tanto. Espartaco rechazó el caballo que le ofrecían:



Marchó en primera línea y tuvo la sorpresa de ver cierta indecisión en los legionarios romanos. Pensó: "Tal vez es el cansancio en hombres no veteranos"... Dirigió sus fuerzas hacia el centro de las tropas del romano, peleando denonadamente, sin imaginarse que iba al fracaso. Craso, que observaba la batalla, sonrió...



Al amanecer, Espartaco perdió la esperanza y ya sólo pensó en buscar la salvación en una pelea decisiva con el mismísimo Craso.



Abrieron una poderosa brecha pero a costa de infinidad de vidas. Apenas lograron avanzar doscientas yardas. Espartaco vio caer a sus pies al querido Gránico.



¡Estaba solo contra el tenaz enemigo! Pronto le rodearon cien legionarios dispuestos a darle caza. Espartaco, los ojos llameantes, la voz terrible, blandía su formidable espada, derribando en cada golpe a un enemigo.Una lanza vino a herirlo en el pecho. Entonces cayó de rodillas, y varias lanzas terminaron con él. En sus labios, el nombre prometido: "Va...le... ria..."



Manos anónimas hicieron llegar a la hermosa romana, amada del héroe, un presente terrible: la urna conteniendo las cenizas de Espartaco. Ella, llorando amargamente, la depositó en el sitio donde se encontraba la carta que aguardaba a su remitente. Juntó sus manos y, mirando hacia el cielo, sepultóse en una honda imploración.



FIN

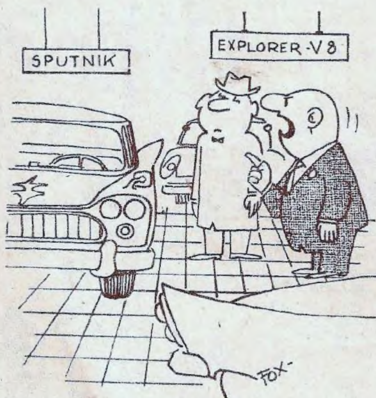
MOMENTO HUMORÍSTICO



— ¿Podría prestarnos una moneda?



— Ahora lo que hay que evitar es que se sienta culpable.



— No necesita vacilar en su decisión, señor; nuestras investigaciones del mercado nos indican que éste es el automóvil que usted quiere comprar...



Sed

Por ALICIA FOYATIER

DIBUJOS DE DURAÑONA

Mientras levanta el hacha en el aire seco, Roque Paz siente que el sudor profuso resbala por sus flancos y mejillas.

(El sol es fuego...)

(Parece que este quebracho está por caer...)

Ya inclina el árbol su ramaje sobre la tierra áspera y se aspira el aroma de la almáciga oculta en la corteza.

(Cómo vuelan los pájaros...)

Roque Paz mira en torno de sí: aquí y allá se oye el golpe rotundo de las hachas, y la madera se parte. Hay quebracho colorado, quebracho blanco, algarrobo y muchos...

...sitios donde se erguían troncos centenarios. Hace tanto calor, y es tan intensa la sed del leñador, que el momento en que pone fin a su tarea representa para él un alivio inmenso.


Ahora sube por el camino que alumbra la última reverberación de la tarde. El paisaje es duro, solitario. La sed de las matas espinosas se aquieta...


...como esperando la noche. Roque busca unas piedras para sentarse al borde del camino y mira hacia su lejanía.
Ahí viene la Inocencia...


A medida que avanza la muchacha, los latidos de su corazón golpean el pecho de Roque y le duelen los pulsos en la ansiedad.
Hola, Roque. ¿Cómo te va?


Brillan los dientes en el rostro oscuro de ella: con actitud impetuosa se sienta sobre las piedras, junto al mozo. Los pies desnudos juegan con el polvo caliente.


Las hermosas pupilas de azabache miran al muchacho mientras Inocencia acaricia una de sus trenzas.
¿Qué hiciste hoy?
Hoy amasé el pan de maíz, preparé arrope con masa y...


¿Vos qué hiciste?
Tumbé algunos árboles no más.


Las manos de los novios se unen con dulzura y él dice, mostrando la palma izquierda, algo herida:-También me pasó esto...
...pero tengo carne de perro. No te afliiás: mañana ni se nota.


Pobre, mi Roque, ¿no? Y aura que mi acuerdo... Fuimos al tren para buscar agua de la caldera.


No teníamos ni gota. Muchas mujeres gritaban, rempujándome para yegar las primeras. Pero a mí el maquinista me dijo:-Sírvase, prienda-y me la alcanzó.


Roque paladea un gusto a tierra seca y pregunta:
¿Y... dispués?
Una niña qu'iba en el tren me dijo: -¿No ti querí...


...venir conmigo pa' Güenos Jaires, chinita?"


Le dije que tengo a mamá y no puedo. Entonces me regaló jabón. Sentile el olor en mi mano. Será pasoso que tengo el perjume en el pelo y hasta en los hombros. Es de rosa, ¿sabís?


Ha salido la luna como un espejo de agua inalcanzable que difunde su resplandor por el cielo transparente.
Las piedras queman, Roque.


También arden los besos que se cambian. El mozo parece querer saciar la sed del monte en la boca fresca de la muchacha, en sus mejillas...


Luego echan a andar camino arriba. A veces, se detienen para besarse o para cambiar palabras sobre...


... el destino futuro.–Si pudiera levantar el rancho —dice él—, pero ya sabís que mamá está tullida.
No voy a saber... Pobre, mi Roque.


Cuando se despiden cerca del rancho de ella, Roque advierte, como un relámpago apagadizo, dos clavos de oro en las orejas de Inocencia. Retiene su mano cálida y pregunta:


–¿Y eso, che?–mientras toca el lóbulo pequeño. La muchacha se suelta con un tirón y ríe por lo bajo:
–Soltame que mamá está esperándome. Hasta mañana.


Roque inicia el camino hasta su rancho, agobiado por el cansancio de la jornada y por un extraño desasosiego que se complica misteriosamente con su constante sed.


Taciturno entra en la pulpería y pide un vaso de ginebra y después otro y otro. Ve el iris de la luz en el vidrio y tiembla recordando:–Esos aretes...


..."antes no se los vi a la Inocencia. Y parecen de oro"...
(Tengo que saber cómo los tiene. quién se los ha dado...)


Otros leñadores beben en silecio o se inclinan sobre las barajas mugrientas. Algunos conversan en voz baja. Roque advierte que ño Pacho y el Lules están mirándolo.


Como la ginebra le ha transformado ya un poco, subiendo su vapor desde un estómago vacío, da un golpe sobre la mesa con el puño cerrado y grita:–¡Puede saberse que...


..."se le perdió de mi lado, don?"
¿Y vos, Lules, querís que ti rompa los dientes?
Calmate. Naides te falta.


Hay un silencio en la pulpería; Rosendo, el dueño, se acoda sobre el mostrador, y su ayudante, "el gaita", mira de soslayo hacia los que discutían, mientras seca vasos.


Estos hombres de tierra árida llevan a veces el drama de la necesidad y de la sed a extremos terribles. El aguardiente les enciende la sangre y no saben lo que hacen.


Por esta razón, "el gaita" orilla siempre las mesas donde hay palabras quemantes o floreo de cuchillos. Y los leñadores se burlan de su discreción.


Sus bromas pesadas, sus ironías, tienen sin cuidado al jovencito que vino a hacer la América.
Che, Gaita, ¿cómo se llama en tu tierra al varón que tiene miedo como las gallinas?
¡Palabra que merecés llevar poyeras, che!


Cuando llega a su rancho. . .
. . .esa noche, Roque no ha calmado su sed ni ha apagado la angustia. Es una mano de hierro que le aprieta las entrañas.


La luna entra por la ventanita. Y el reflejo cae sobre la manta blanca de su catre. Roque, después de mojarse la cabeza y las manos con el. . .


. . .mísero contenido que cabe en un cacharro, se tiende y procura dormir. No saludó a la madre para no turbar el sueño de la pobre. Es muy tarde ya. . .


La miseria de su vida, el cansancio, la desconfianza, desesperan la vigilia del hombre. De pronto, se muerde los puños gimiendo: —Si la Inocencia me engaña. . . No sé. .


—. . . qué voy a hacer. . . —Una queja interrumpe sus pensamientos. Llega de la pieza donde duerme la madre. El se levanta ansioso. El rostro demacrado tiene palidez de luna en. . .


. . .la mujer cuyo pecho sube y baja anhelante.
Dame agua, Roque.
Sí, mamá.


Queda un sorbo en la cacerola y está tibia. La enferma apura con avidez el contenido de la taza que el hijo le ayuda a beber sosteniéndola con dulzura.


Y luego, aquietada, mira a Roque profundamente.
No dormís. . .
Hay luna, mamá. . . Siempre me pasa. . .

Ti hace falta el descanso, Roque. Andá, dormí.

Mañana el día es bravo...

Desde temprano Roque está en su faena. Los pies se clavan como dos troncos de algarrobo y el hacha multiplica heridas profundas. Se quejan las ramas y huyen los pájaros.

Roque, agotándose, quisiera olvidar lo que piensa. ¿De dónde saco La Inocencia esos aros que le vio relumbrar?...

(Parecían rejucilos...)

Ño Pancho y el Lules, que han sido siempre buenos amigos, se acercan lentamente a Roque. El viejo escupe en sus manos rudas luego de apoyar el hacha contra un árbol y dice:

–¿Qué andás cavilando vos contra nojotroj?–Y el Lules:

Dígaselo, don, pa' qué no sia sonso, pue.

Mirá, Roque, tomalo como hombre, ¿no? pero te aviso...

...que la Inocencia no es trigo limpio.

Yo te l'iba decir, Roque.

Los dos hombres tienen que poner distancia porque el brillo del hacha tiene una curva peligrosa. Don Pancho sigue explicando: —No lo tomes a mal. A muchas nos las...

–...sonsaca don Elías. Ya sabés lo que pasó con la mujer de Rudecindo y que él se fue a Tucumán después del feo sucedido.

Ese turco tiene cosas que las encandilan.

Roque vacila primero y luego suelta el hacha. También él se siente un árbol herido. Mira el monte y desearía apoyarse sobre los troncos recios, convertirse...

...en corteza, en raíz, en piedra bruta.

¡Ojalá me muriera! ¡Pero... ella no es d'esas!

Así será, pue, Roque...

A mediodía el mozo, como hipnotizado, penetra en el almacén de don Elías, el turco. De pie, en mitad del negocio que está solitario, observa al hombre repulsivo que tiene...

...vientre enorme y una sonrisa tirante bajo los bigotes untados de cosmético. Le abultan mucho los labios, siempre humedecidos con rápido movimiento de la lengua, lo...

...cual le vale entre los chicos el sobrenombre de...

Ahí va el Sapo.


Este sapo no engulle moscas, pero con parecida voracidad, en forma de temibles intereses, se traga el pobre dinero de las familias que acuden en demanda de créditos. . .


. . .o préstamos para comer o comprar cosas a los chicos numerosos. El Sapo tiene un almacén donde abundan las más diversas mercaderías: fideos, azúcar, yerba, aperos, mantas. . .


Látigos, telas por metro, perfumes baratos, fantasías, polvos de tocador, cintas, caramelos y golosinas. . .
Necesito género para una blusa, don Elías.


Desde la constancia de su sonrisa hipócrita el Sapo dispensa a las pobres mujeres extraordinarios "consuelos".
¿No hay blata? No imborta, resignarse, doña: tené fe.


De la fe musulmana del turco podría dar constancia su avaricia erótica, pues persigue a cuantas mujeres llegan a su negocio, sobre todo a las jovencitas.
ALMACEN


El Sapo advierte la presencia de Roque y se yergue despacio cuando oye nombrarse: —Don Elías. . .
¿Qué buscás?


La mirada febril del leñador inquieta al Sapo y con sigilo busca bajo el mostrador el revólver que siempre lo acompaña. Apunta su boca negra al pecho del mozo, mientras dice. . .


. . .mitad en broma, mitad en serio: —No me gusta tu cara, che. ¿Ti habrá garao la fiebre del monte? —Oigame, don.
¿Tiene algo que ver con usté la Inocencia?


Olas de risa sacuden el vientre del turco: —La Inocencia. Linda chica, muy linda, vino cuando murió el hermanito a buscar velas p'al velorio del angelito. . . ¡Bobre!. . .


—¿Y dispués?—averigua el leñador. —Bueno, dispués viene como todas, a veces.—"Como todas". Esas dos palabras hacen daño a Roque. Mira con odio al pulpero, mientras piensa en la carne. . .


. . .resistente de los árboles y en lo fácil que sería clavar el hacha en esta mole de grasitud. El Sapo se humedece los labios y confía en su revólver, lejos de suponer que. . .


. . .bastaría un puntapié de Roque para hacerlo volar. Roque cierra los ojos y una sucesión de árboles heridos desfila bajo los párpados del mozo que teme abrirlos sobre. . .


. . .la tentación del crimen que lo fascina. Y en eso. . .
Buenas, don Elías, dice mi mamá que si le fía unas velas. . .


—. . .y que si le puede mandar fideos, arroz y azúcar. Los ojos de la muchacha descubren a Roque y ella saluda:
¿Cómo te va? No te había visto.


El hombre dilata su mirada sobre la visión menuda y morena. Los ojos de ella lo atraen como agua profunda. La blusa colorada tiene un lenguaje de fuego.
Roque va acercarse. . .


. . . cuando ve la sonrisa odiosa del Sapo que envuelve un enorme paquete.
Toma, breciosa, recuerdos a la mamá. . .


Entonces el mozo gira sobre sus talones y sale huyendo. Da la espalda a dos tentaciones: atraer a Inocencia y perderse en su abrazo; clavar el hacha una y cien veces en el turco ruin. . .


Huye mordiéndose los labios, y todo el paisaje se vuelve rojo como si lo inundara la tinta colorada de un millón de quebrachos. Va desgarrándose las ropas a través de matas. . .


. . .espinosas, desearía sentir el dolor de las breñas y de las aristas de la piedra, perderse en el monte, caer bajo el derrumbe de los árboles . . .


El aire lleva fuego en sus alas y esparce un ambiente de volcán. Roque hurga en sus bolsillos y encuentra una botella de ginebra. El odio, el despecho, la desesperanza y la ira determinan sus actos.


Al diablo el monte y el hacha y el trabajo. . .
(Tengo que emborracharme. Lo mejor pa' olvidar. . .)


Despierta bajo la llama delirante del sol: resbala cruel la luz y se hunde hirviente en la tierra calcinada. El paisaje abre las muchas bocas de sus grietas de sed.


Con trabajo, vencido por el dolor de cabeza y la basca de su estómago, Roque emprende el retorno a su casa. El camino se le hace interminable. Apenas divisa el algarrobo y. . .


...se dice: "Quiero encontrar el catre y dormir hasta que si mi antoje". A tientas se mete en su pieza y, dejándose caer, murmura. . .
. . .ya en la cama: "Ojalá no despertase más".


Ha soñado cosas extrañas: que perseguía a caballo por la salina a don Elías, que la salina se transformaba en estero de sangre, que llegaba a un monte de cuyos árboles altos. . .


...pendían ahorcados. Todos tenían la mueca repulsiva del Sapo.


Ha soñado que la pulpería era suya, de Roque. El repartía sus cosas entre todas las mujeres con hambre. También soñó con Inocencia, que la castigaba cortándole las trenzas y azotándola con ellas. Le desgarraba los aros de las orejas y la abofeteaba muchas veces.


La pesadilla no le deja abrir los ojos.
(Se me parte la cabeza.)


Oye voces bajo el algarrobo. Ahí están ño Pancho y el Lules, sus amigotes, sí, porque ya no cree en amigos, ni en el trabajo, ni en la esperanza ni en nada. ¿Qué querrán esos?


Hay otras voces...
Doña Rosa, la madre, está ahí y dice que él duerme.
Que ha dormido todo el día. ¡No puede ser!


Todavía mal despierto de la borrachera, Roque se levanta y aferra las manos a ambos lados de la ventanita; los otros ven su rostro alargado, pálido, casi desconocido y lo oyen...


... gritar: —Si vienen a buscarme, vuélvanse. No trabajo, no tumbo más árboles. Voy a dormir y a chupar hasta que si mi antoje. ¡Ya estoy bien crecidito pa'cer lo que quiera!


Le sorprende que los que están ahí no arguyan nada ni le respondan. Están mirándolo, graves, tristes. Al fin habla ño Pancho con voz suave y desconocida:


—¿Qué te pasó por la cabeza, Roque, pa' que hicieras eso?
Se me dio la gana de no ir más al monte, pue.
Te hablo de lo otro, hombre...


Cinco minutos después, cuando ve a la madre sentada en la cama, sollozando y tapándose la boca con un enorme pañuelo, llega a saber lo que pasa y el estupor lo...


...clava de pronto en el piso de tierra como si echase raíces ahí.
—Ti andan buscando, Roque, porque vos matastes al Sapo...—
¿Yo? —¿Y quién, de no?
Te vieron...


..."salir ayer al mediodía... Y esta mañana lo encontraron, detrás del mostrador, con un cuchillo clavado en el pecho".


Roque permanece suspenso, atónito.
La referencia al tiempo a que aluden lo asombra. ¿Ayer al mediodía? Pero si él piensa que acaba de levantarse del monte. Se acostó con...


. . .el sol en la cara y de la misma manera despertó.
Tenés tiempo de juir, Roque.
Ay, cómo has podido hacer eso. . .


Ahora se despeja de pronto y se yergue dispuesto a defenderse. —Yo no maté al turco. Puede dar fe la Inocencia que se quedaba con él cuando yo salí.


El nombre de ella ya no brota con ternura de su pecho. Es como si el dolor lo hubiera sacado de su sangre como se saca una espina. Ya no la quiere, perdida la ilusión con. .


. . .que adoró su alma y su carne, que soñaba suya, limpia.
Entonces no te vayás. El comesario tendrá en. . .


. . ."cuenta lo que decís, Roque". Los domina la frialdad serena del mozo, unida a los antecedentes que recuerdan de su conducta, de su honradez, de su fuerza. La madre...


. . .saca el rosarito de semillas grises y, besando la cruz, empieza a desgranarlo entre sus dedos huesudos.
¡Bendito sea Dios!


El comisario es un hombre de fieros bigotes y mirada bondadosa bajo unas cejas ríspidas. Hace sentar a Roque y a sus amigos. Procede a interrogar una y otra vez...


Pide testimonios, quiere saber quién es y cómo se ha desempeñado hasta el día Roque Paz. Algo lo inquieta.
Te llevaste una botella de ginebra al monte.


Era la hora del fuego, la hora peor. Y un hombre borracho de alcohol y de fiebre puede convertirse en otro.
Yo no me ensucié con la sangre del Sapo. .


—Pero lo odiabas. Fuiste a pedirle cuentas de algo.
¡Eso ahora no importa!
A la justicia le importa mucho.


Podés haberlo asesinado en un momento de delirio. Y si no se demuestra lo contrario. . .

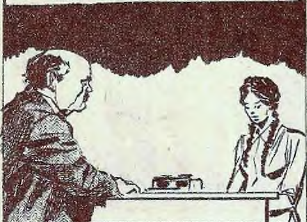

. . .vas a la cárcel.
Yo no maté al turco.


Roque Paz fue encerrado hasta que se aclarasen los detalles y circunstancias del asesinato. Nadie había visto en su poder el cuchillo con que mataron a don Elías.


El entierro del turco fue solitario; el odio popular convertido ahora en indiferencia pudo apreciarse en el acto fúnebre. El comisario, don Frutos Yáñez, fingiendo...


...indiferencia, observó a las pocas personas que concurrieron al velatorio: dos o tres mujeres con su pañuelo de luto en la cabeza, algunos ancianos, cinco muchachas. Entre...


. . . estas últimas una lloraba amargamente.
Ahí está la Inocencia, mirá qué afligida parece...
Por culpa de ella Roque mató al turco.


Don Frutos citó a la joven al día siguiente, y ella compareció angustiadísima. Sí; era cierto que había quedado sola con don Elías... cuando se fue Roque.


Luego de gritar padeció un ataque de nervios.
No tengo nada que ver... Yo no maté a don Elías.
Hay que detener a esta muchacha hasta averiguar algo.


Fueron días y horas tremendas para Roque. Lo carearon con la muchacha que lloraba amargamente. Y, sin embargo, él sentía que había dejado de amarla. Cual si lo sintiese en...


. . .sus ojos, en su voz, ella gemía mordiendo su pañuelo. La perplejidad dominaba al comisario, quien llegaba a pensar que, acaso, algún forastero había dado muerte al turco para...


. . .robarlo cuando Inocencia abandonó el almacen.
Hay que descartar esa idea. No falta dinero...


. . .ni mercaderías. Bien. Retendré a estos jóvenes... hasta ver qué pasa.


Inesperadamente sucedió algo: una tarde, caído el sol, llegó una mujer canosa, cubierta con una especie de manto negro. Era la madre de Inocencia que venía a traer ropa...


. . .a su hija. Verla ésta y ponerse a temblar fue cosa que no pasó inadvertida al comisario, quien hizo sentar a la mujer y la interrogó. A la quinta pregunta...


. . .el rostro casi amarillo de la mujer se irguió frente al comisario y las semillas de luz de sus pequeños ojos parecieron brillar como a impulsos de una fiebre interior.


Habló despaciosamente, mientras Inocencia, retorciéndose las manos, le rogaba silencio.
Mamá, mamá... No diga nada, por Dios santo.


Maté al turco cuando vi que iba a atropellar a la Inocencia. La pobrecita no se daba cuenta de que ese mal hombre se aprovechaba de nuestra pobreza... Quiso...


—...conseguir su deseo cuando murió mi hijito y necesitamos que nos fiara. Regaló unos aros a la Inocencia y ella venía justo a devolvérselos... Roque se fue y quedaron solos... Entonces...


—...yo, que seguí a la chica, pude esconderme detrás de unas bolsas, y cuando el turco iba a atreverse, le clavé el cuchillo.


—Era de mi finao... El compadre ño Pancho podrá decir si miento. El conoce el arma.
Mamá, ¿por qué hablaste? Te has perdido.
Pero vos cuidarás el rancho y de tu hermana, hija...


Se buscaron atenuantes para el crimen del turco y la culpable pudo esperar que no se la castigase con demasiado rigor. Roque fue a despedirse...


...de ella: —Tuvo mucho valor usté, doña, la verdad.
Así hubiera hecho yo de no estorbármelo el pensamiento de que mi pobre vieja quedaba sola y baldada; pero usté...


—...defendía a su' ija. Y se portó con todas las de la ley.
—La Inocencia es buena y te quiso siempre, Roque.


Roque Paz guardó silencio, endurecida la expresión, graves...


...los ojos. No sabía cómo decirle a aquella pobre mujer lo que pasaba en su alma: era como un campo donde la seca arrasó...

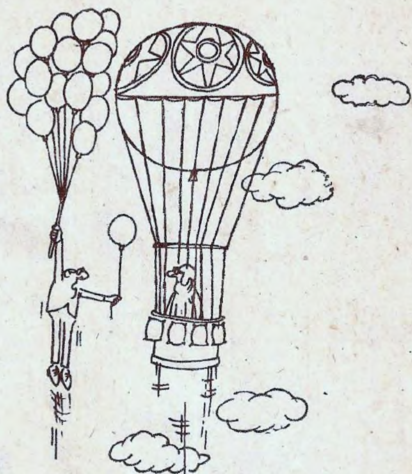

...con todo el verde que alegraba la vista, como una tierra muerta a causa de la sed. Habló serenamente: —Vea, yo me llevo a mamá a la capital por ver si puedo hacer...


— ..algo por su salú, y algo por mí, con otra vida y otro trabajo. Quién sabe cuándo volveré ni con qué. Así que...
...lo mejor es despedirse... hasta que Dios quiera.


La mañana que partió en tren, llevándose en brazos el cuerpo leve de la madre, advirtió a lo lejos el pañuelo amarillo con que la Inocencia cubría sus trenzas oscuras.


Estaba inmóvil allá, en mitad del paisaje ocre, y era como una manchita que fue tranformándose en un punto hasta perderse.
FIN

UN POCO DE ALEGRÍA



— Por favor, cómpreme uno que tengo que volver abajo.

— Quieren que se les devuelva el dinero.

— ¿Y crees que eso va a impresionarme? ¡Mira el que me regaló Mario!

ELLOS NOS HICIERON ASÍ

por SIXTO PONDAL RÍOS y CARLOS A. OLIVARI

DIBUJOS DE COOPER


















Bueno, dentro de lo correcto, de lo legal, que en mi almacén no se roba...pero tampoco regalo nada a nadie.
Lo mismo haré yo en el consultorio. El que quiera verme, ¡que pague!


–Ustedes me dan un poco de miedo... ¿Acaso no hay enfermos pobres?
No me interesan. Haré cirujía estética. Una especialidad para ricos.


Esteban Pardo se ufanó muchísimo cuando oyó decir a su padre: "Tú vas a llegar, hijo mío".


La Junta Vecinal llamó por teléfono al almacenero.
Si tú "jamás pierdes el tiempo", ¿por qué vas a esas reuniones?


Remigio Pardo sonrió:–Yo nunca doy puntada sin hilo. El presidente de la Junta Vecinal es Bordini, el industrial más importante de Floresta.


Don Luigi Carpi abandonó su negocio de vidrios. Detrás del mostrador quedaba su esmirriado hijo Tomás con un libro de medicina. También Luigi Carpi integraba la Junta Vecinal de Floresta.
Pobre hijo mío. Comprendo que no se puede atender el negocio y estudiar al mismo tiempo, pero... ¡hay que sacrificarse!


Tomás clavó sus ojos en el tomo de medicina. Le apasionaba... Era, además, una manera de olvidar la crueldad que le rodeaba en ese barrio, donde casi todos lo llamaban "flaco fideo".


Don Luigi caminó a paso lento hacia la Junta.
¿Para qué querrán hacerse los artistas estos muchachos? En lugar de perder el tiempo con el teatro tendrían que estudiar más.


-En mi tiempo yo también fui aficionado "filodramático"–dijo Benjamín Ludueña, el herrero de la zona, padre de Manuel, también estudiante y solicitante del saloncito para las representaciones.


El padre Rómulo estaba inquieto:
No ha llegado el señor Bordini Y me telefoneó hace apenas media hora...
Aunque, en realidad, tenemos mayoría... Pero será mejor esperar a don Enzo Bordini... ¡Es el Presidente!


Don Enzo ayudaba intensamente en Floresta.
Mantiene dos salas en el hospital...
Acababa de donar un regio altar a la parroquia...


El herrero, que vivía muy cerca del salón de reuniones, salió hacia la calle en momentos en que llegaba un automóvil, apeándose de él el señor Bordini.
¡Me van a perdonar, amigos! Tuve una reunión con mis socios...



La "idea" del teatro experimental fue muy resistida... pero...
Me parece una idea hermosa. Ofrezco el salón gratuitamente. La luz que se gaste corre por mi cuenta.
¡Brava idea!



Remigio Pardo expresó con sorprendente énfasis: —¡Magnífica idea, la apoyo!
Muchas gracias, señor Bordini. Usted sabe comprender las verdaderas necesidades. Esta es una de ellas. Una juventud bien canalizada...



—...para un futuro decente, correcto, cristiano...
¡Mi idea de siempre, padre Rómulo! Bien. Las entradas que cobremos serán para donaciones a la parroquia y al hospital.



Los ensayos eran dirigidos por Osvaldo Fantini, hijo del librero don Oscar. El señor Bordini llegó esa noche acompañado por su hija Ada.
¿Quién es ese muchacho tan buen mozo, papá?
Ah, Esteban... Esteban Pardo.



Esteban, Francisca y Manuel tenían a su cargo una escena de amor. ¡Era una burla del Destino! Los dos muchachos gustaban de la chica verdaderamente. La historia había empezado en el colegio primario. Y seguía...
(¡Qué suerte! Ella se queda conmigo... Pero en la obra...)



Francisca Salvio regresó a su domicilio y comentó con su madre —una mujer aún hermosa— los risueños aspectos del ensayo. "Manuel se casará conmigo"
¡En la obra, se entiende!...
¿Y en la realidad? ¡Porque Manuel Ludueña te pretende... y Esteban...!



Tengo diez y ocho años, mamá.
Yo me casé a los quince, Francisca...



La señora Laura suspiró con tristeza. Su recuerdo matrimonial se quebraba en mil partes muy dolorosas. Casada con un hombre de pésimo carácter, autoritario, cruel, petulante, su vida se había deslizado entre gritos y lágrimas.
¡Pobre mamita! ¡Mi mamá joven y desdichada!



Francisca y su madre hablaron de "los pretendientes".
Sí. Tal vez... pero... ¡apenas tengo diez y ocho años, mamá! Y Manuel no se va a recibir de ingeniero en seguida...



Manuel Ludueña acababa de hablar con el médico del barrio. Le preocupaba la artritis de su padre, luego de tantos años en la herrería. El médico le indicó unas inyecciones que él no pudo encontrar en la farmacia de la zona.
¿Permiso, Tomás? Es para hablar por teléfono con la "Franco".



Manuel y Tomás, de caracteres simples, calmosos, parecidos, conversaron:
Mira. No es nada grave. Te lo digo respaldado por mi quinto año, Manuel. Hoy la artritis está siendo dominada...

Si precisan a alguien para dar inyecciones, me presto gustoso.

Gracias, hermano.

Manuel iba a decir "gracias, flaco" pero, en cambio, le dijo "gracias, hermano . . .". Luego, en la calle, sintió pena por ese muchachito Tomás, tan delgado como noble.

Pasó el repartidor de la farmacia y gritó: "¡Chau, flaco fideo!" Tomás lo miró desde el fondo de su compasión y entró en el negocio del padre.

CRISTALES
VITRINAS
MARCOS
VIDRIOS

En el cruce de Rivadavia hubo una frenada terrible. La bicicleta del repartidor saltó por los aires, y el muchacho cayó violentamente contra el cordón de la vereda. La gente le rodeó de inmediato.

La pierna... La pierna...

El farmacéutico corrió en busca de Tomás. . .

Lo tengo sobre mi camilla. ¡Ven!

Tomás Carpi se acercó hasta el joven que tantas veces le había gritado sandeces. Observó la herida. . ."Es hasta la arteria. Hay que suturar. . ."

Llame al doctor Maschen, por favor.

Sí.

El médico del hospital comentó: Muy buena sutura. Ha salvado el miembro... Te felicito, pequeño. Tienes la principal condición para ser un buen médico: serenidad, presencia de ánimo.

Por ahora soy practicante, doctor.

Cuando llegó el momento de la función teatral, Manuel había dejado su puesto a Esteban Pardo. La enfermedad del herrero ataba a su hijo a las herramientas. Manuel vio —y "vivió"—, tristemente, el beso que Francisca recibió de Esteban en esa simple representación teatral que, podía cambiar el curso de sus sentimientos.

Francisca, tras la caída del telón, seguía en los brazos de Esteban.

¡La función ha terminado, Francisca, Esteban! ¡Eh!, ¿están tontos?

Sí. La función ha terminado. . . Es verdad . . .

(Me he enamorado de ti, Esteban.)

Luego se besaron. . . pero no ya en la ficción. Se besaron por amor. . . Manuel penetró en el camarín. Los vio. Pero él era buen perdedor . . .

Bueno..., los felicito. No puedo sentir alegría, pero... los felicito.

¿Entonces, amigos?

Amigos... como siempre.

Gracias, Manuel. Nos demuestras que eres el mejor de todos nosotros... ¡Un hombre!

A la mañana siguiente, Francisca se despertó sobresaltada.

(¿No es la voz de mi padre? ¡Sí, es él!)

Ramón Marino traía todos los meses una cantidad de dinero "para educar a Francisca". Creía que, con ese manojo de billetes de Banco, iba a poder lavar la mancha de su inconducta, de su fracaso como esposo y como padre.

Bueno, Ramón. Ya basta. Si quieres no vengas más. Te lo repito.

¿Francisca sigue pensando tan mal de su padre?

—Como el primer día. Ella es inteligente, sensible, humana. Vete ya...

¡Algún día van a entenderme!

Besándola cariñosamente, Francisca limpió las lágrimas de los ojos de su madre. Aprovechó para invitarla a una gran fiesta en casa del industrial Bordini.

Es por nuestro éxito con el teatro experimental, ¿sabes, mamá? ¿Vendrás?

No. Puedes ir sola. No tengo voluntad.

Francisca regresó en compañía de Esteban y sus padres.

Gracias. Hasta casa voy sola. Es a la vuelta, total...

Dobló por Pedernera, caminó unos pasos y se detuvo, sorpresivamente asustada.

(¿Mi madre abrazada con...? ¡Oh, qué farsa ridícula!)

En la puerta de calle, como novios, Laura y Ramón Marino se besaban. Francisca no podía entender esa ridícula y "cómoda" situación de quienes, por ser sus padres, debían otra clase de respeto al hogar. Sintió una oleada de asco subírsele a la boca. Esperó...

Minutos después, Laura y Ramón se separaron...

Cuidado con Francisca. ¡Que no se dé cuenta nunca! Yo proseguiré mandándote dinero, querida. Hasta pronto...

Francisca tardó varias horas en conciliar el sueño. Pero acababa de tomar una resolución: irse...

En Quilmes vivía una mujer viuda, con un hijo espástico. Era la tía Irene, "la amargada Irene", como le decía su cuñada Laura. Muy temprano, salió Francisca hacia lo de la tía Irene.

(¡Aquella pobre, a la que nunca visitamos, es ahora mi tabla de salvación!)

Irene Marino, viuda de Suárez Paz, recibió a Francisca con gran cordialidad:

Nadie te pregunta nada, hija. Vienes a verme, y yo te abro las puertas de mi casa. Pasa. Haz de cuenta que todo es tuyo.



Entre los jóvenes del barrio de Floresta, el más preocupado por la extraña desaparición de Francisca era Manuel. La enfermedad de su padre, don Benjamín Ludueña, le había apartado de sus estudios en ingeniería. Luego perdió la novia de la infancia... ¿Y ahora no iba a verla más? Consultó a Laura, pero la mujer no quiso contestarle. En el barrio nadie sabía absolutamente nada...

El carnicero dice que la vio irse con una valija.



Esteban Pardo golpeó enérgicamente la puerta de la calle Pedernera.

¿Usted? Pase, Esteban...



La señora Laura se sentía muy gustosa atendiendo al hijo del adinerado almacenero Remigio Pardo. A Esteban le explicó lo que sabía.

Mi cuñada me escribió. Aquí está la carta. Parece que he perdido a mi...



Por primera vez en su vida, Esteban Pardo sintió latir su corazón tocado por algo auténticamente espiritual. Su padre "lo había hecho de otra forma", pero él reaccionaba en común con sus sentimientos. Y estos le decían: ¡búscala!



En la casa de Quilmes Esteban reanudó su idilio interrumpido...

¿Yo no merecía, Francisca, saber de tu vida...? ¿Por qué huiste?



¡Estaba desesperada!... Y desde que tía Irene ha sido mejor que una madre para mí, estaba dispuesta a verte, a reanudar...

Me recibiré muy pronto, Francisca. Nos casaremos y nos iremos lejos de Buenos Aires. Estoy haciendo algunos trámites. Verás...



Manuel y Esteban conversaban en la vereda del herrero...

Mi padre mejora. Eso puede facilitar mi vuelta a los estudios... Bueno, Esteban, ahora que conozco la suerte tuya y la de Francisca...

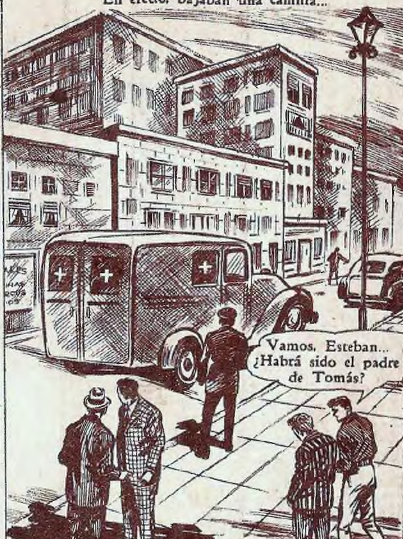




...estoy tranquilo. Tú sabes que la aprecio... y que algo la quiero, aunque no para interponerme en el camino de ustedes..







No. Se trataba de Tomás. Una herida en un dedo que recibió practicando en el hospital habíase trocado en una infección rápida y extraña.



La camilla pasó delante de Esteban y Manuel. Tomás, "flaco fideo", tenía los ojos entornados. Pero alcanzó a decir ¡"hola"! a sus amigos de siempre.



Luego, en el hospital, se enteraron de la gravedad del caso.



La mala suerte del esmirriado muchacho trajo un velo de tristeza al barrio del oeste porteño. Muchos tontos que le habían fastidiado con el mote, ahora que el caso empeoraba, aparecían apagados y sintiendo cierta culpabilidad...





La vida del barrio oeste seguía su curso. Ada Bordini, no había podido olvidar a Esteban Pardo. En una sobremesa le dijo al padre:—Ya que piensas instalar servicios médicos en tu fábrica, ¿no podrías contar con Esteban? Se recibe muy pronto, y...




El señor Bordini habló con Remigio en la Junta Vecinal...
(¡Estupendo! ¡Mi Esteban tiene suerte! ¡Se casará con Ada!).


(¡Al final, va a salir como yo lo quería!)


Remigio Pardo esperó a que llegara Esteban y lo recibió con la noticia:
¡Te casarás con una millonaria! ¡Yo lo dije, y...!


—No, papá. Me casaré con una muchacha humilde, porque la quiero de verdad.—La cortante contestación del buen mozo provocó un ramalazo de ira en el almacenero...
—¿Con Francisca?...


¿Con esa pobretona? Tú no eres hijo mío. ¿Y mis enseñanzas?


Esteban marchó hacia su habitación...
Me casaré con Francisca, papá. Buenas noches.


Ese trozo de Floresta, al amanecer, fue agitado por gritos desgarradores. Era Luigi Carpi, lanzando al viento su dolor por la muerte del hijo. La vida del bondadoso Tomás se había apagado lentamente.


El padre Rómulo acercóse al hombre abatido.
Bueno, amigo Carpi..., ¿quiere escucharme con calma? Es una prueba...


Don Luigi se arrinconó al lado del eclesiástico y del amigo. Juntos rezaron...


Ciriaco, el repartidor a quien Tomás salvó de perder una pierna, trajo un gran ramo de flores del jardín de su madre. Luego quedó horas enteras cerca del compañero joven que acababa de iniciar el largo camino...


Fueron días opacos, tristes, para los habitantes de ese gran pedazo de la Capital. El deceso del muchachito, que un mes más tarde iba a recibirse de médico, hizo bajar un ala de sombra sobre Floresta. La gente procuraba no hablar alto...


...aún después de que las persianas de la vidriería volvieron a alzarse y don Luigi Carpi volvió a cortar nuevos vidrios...
(Hay que seguir adelante... aunque sea el calvario...)











Aquel orgullo estimulado por el padre volvía a salirle por los poros, por los ojos, a Esteban Pardo. Un orgullo que lo hacía menos humano, pero que iba a favorecerle en la lucha por la vida, según opinión de Remigio.









Manuel Ludueña asimilaba ferozmente todos los golpes morales que iban dirigidos a Francisca, "el amor imposible" para el hijo del herrero Benjamín...



Manuel había supuesto que el romance entre Esteban y Francisca concluiría en matrimonio. Lo encontraba "mejorado" a su rival de siempre. Y pensaba bien de él...





Tuvo un acceso repentino de ira cuando se enteró del noviazgo entre Ada y Esteban. Su primer impulso fue ir a separarlos y golpear "el rostro cínico de ese burlón con dinero". Limitóse a recibir el golpe que era para Francisca...





Francisca tenía un retrato de Esteban en su habitación con una dedicatoria harto significativa: "Querida Francisca. Tú no eres doctora pero me enseñaste el lugar donde se halla el corazón. Por eso te lo entrego para siempre".





Un presentimiento desagradable lastimó interiormente a la joven. Como si fuera un escudo llevó el retrato de Esteban junto a su pecho. ¡Sin embargo, la hería mucho más!

Esteban Pardo salió de la Facultad de Medicina y respondió con un gesto afirmativo dirigido hacia un punto de la calle...



Ada Bordoni estaba sola al lado de su coche sport. Ella emitió un gritito alegre...



Volvieron a Floresta como novios, siendo contemplados por todo el mundo...



Manuel Ludueña se mordió los labios de rabia. El padre Rómulo, que había venido a conversar con el herrero enfermo, se le acercó sonriente...—¿Qué ocurre?




Manuel habló francamente, y el cura apoyó una de sus manos en el brazo fornido del joven.–¡Tú eras el indicado para salvar a Francisca, Manuel...!– Ella quiere a Esteban. Mi batalla está absolutamente perdida, padre...


Tampoco quiero aprovecharme de los despojos.


No obstante su dolor, Manuel escuchó atentamente al padre Rómulo...
¡Adelántate a la mala noticia, Manuel! ¡Corre y explícale a Francisca!


¡Tienes que ayudarla! Ella es demasiado joven... ¡Anda!...


Manuel viajó hasta Quilmes. Cuando Francisca lo recibió parecía una muerta.
¿Lo supiste? ¡El teléfono! ¡Alguna malvada!... ¿Me dejas pasar?
Hablemos aquí, Manuel. Es muy poco, total..., muy poco...


¡No, Francisca! ¡Tenemos toda la vida para nosotros! ¡Esto venía a decirte!


No puede ser. Lo siento, Manuel. Mi corazón era de él... y está quebrado...


Yo te prometo... ¡Sí, debes reaccionar, y yo quiero! ¡Vas a ser mi esposa, Francisca! ¿Quieres? ¡Te lo ruego!

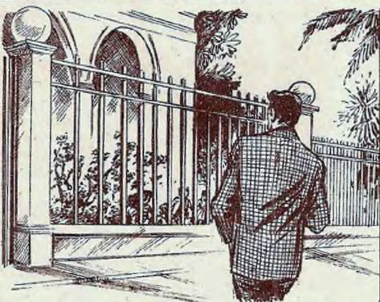

Una de las ventanas de la casa, al abrirse, mostró el rostro de la señora Irene. Francisca extendió su mano al amigo de la infancia...
¡Nunca más pisaré aquel barrio, Manuel! ¿Puedo agradecerte tu bondad? No puede ser lo nuestro. Comprende. Adiós...

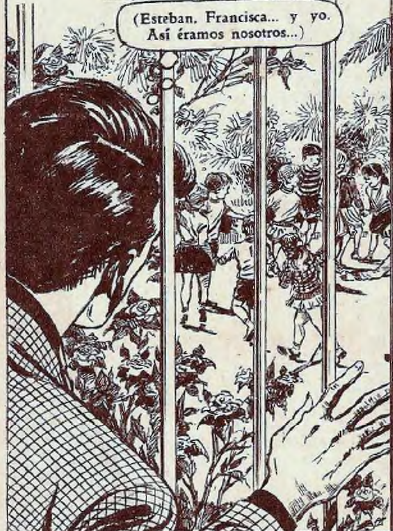

Manuel, espantosamente pálido, como ante la despedida de unos restos queridos, apretó las manos de Francisca e insistió:
Reanudaré mi carrera muy pronto. Seré ingeniero. ¡Y tú, mi esposa!


"No puede ser, no puede ser", repitió fríamente la muchacha, mientras soltábase de las manos fuertes de Manuel y regresaba a la casa.
¡Me matas, Francisca!


En eso, sí, te acompaño, Manuel. Yo también estoy muerta. . .


Antes de cerrar la puerta definitivamente, Francisca murmuró: —Lo único puro que veré en mi adolescencia serán esas lágrimas que asoman en tus ojos, Manuel. ¡Gracias!


El joven caminó tambaleándose junto a una larga verja prisionera de un rosal. Detrás de la verja vio guardapolvos blancos. Eran niños... Como él, como Esteban, como Francisca... Años atrás. . .


Su frente se lastimó contra la verja, contra el rosal. Veía a los niños y la ronda, ronda... ¡Veía todo el ayer tan palpable...! ¡Y tan lejano!
(Esteban, Francisca... y yo. Así éramos nosotros...)


(...En el tiempo feliz. . .)


Y lloró como un niño. . .

FIN

GOTITAS DE BUEN HUMOR



—Usted me intriga, no sé por qué, pero la encuentro diferente de las demás.



— . . .y cuando hayas trabajado aquí por veinte años, la empresa te obsequiará un reloj sumergible.



—¿Cómo puedo decirte qué haré esta noche? Aún no lo sé. . .

BAJOS FONDOS

por MERCEDES SÁENZ ALONSO



Acodada en el marco de la ventana abierta, la muchacha, cansada y triste como siempre, se inclinó hacia la calle sórdida y llamó a los niños.-Chicos, suban ya, que deben tomar un poco de té.-Sentíase vencida por su debilidad física y la impotencia de su pobreza ante los cinco hermanitos confiados a su vigilancia desde que murieron los padres. Su propia infancia —pobre Kitty— había sido monótona, miserable.

DIBUJOS DE MARTHA BARNES

¡Whitechapel! El barrio oscuro de Londres la había visto correr con hambre y frío hacia la mole de San Pedro y los barrios iluminados de la ciudad.





Pegaba la naricilla contra el vidrio resplandeciente, y no faltaba quien salía de la tienda, gritándole: —¡Largo de aquí, pequeña, pronto!

Regresaba a la casa, como ahora los chicos, hambrienta y desolada.



Por ahí, en Park Lane, mirando escaparates de pastelerías.

Pobre madrecita, muerta en la flor de la edad, con qué tristeza observaba a la niña hasta que ésta aprendió a reservarse sus emociones que la hacían padecer inútilmente. Ahora el sueldo no alcanzaba para nutrir aquellas bocas y calzar los pies infantiles, inquietos. Los hermanos eran como hijos suyos desde cinco años atrás. Sweety, la pequeñita, parecía una muñeca en brazos de Kitty.



Había costado la vida a la madre, muy vencida por el dolor de su viudez reciente.





Aquella tarde, mientras daba una taza de té caliente, alguien llamó a la puerta. Era una joven preciosa, cuya elegancia y blancura resplandecieron bajo el dintel sombrío cuando saludó a todos, preguntando a Kitty si era allí donde se alquilaba una habitación.



Por supuesto, sí. ¿Pero querría ella, tan fina, adecuarse a un ambiente así? La joven se nombró: Joan Morgan. Llegaba de su pueblo decidida a estudiar en la Universidad y contaba con escaso dinero, el preciso para vivir sin holgura.



Había visto, en el anuncio del diario, que el precio de aquella habitación le convenía.
Podremos cerrar trato... si a usted le parece.



Muy emocionada respondió la otra: —Me llamo Kitty y estos son hermanitos míos. Trabajo cuanto puedo... para criarlos.
Y no doy abasto..., como usted puede ver.



En ese instante Sweety, la nena, se prendió de la falda de Joan.
No quiero que te vayas...



Un sentimiento de honda ternura inclinó a la muchacha a levantar a la pequeñita en el preciso momento en que dudaba si le convendría quedarse en un lugar como aquél.



Ocupó la estudiante una habitación casi miserable a la que pensó dar otro aspecto apenas pudiese hacerlo. Desde el día en que fue a vivir con Kitty y los niños, no dejó de brindar la ayuda posible a la pobre hermana huérfana.
Pero, a su vez, Joan estaba dispuesta a seguir sus estudios hasta verlos terminados, aunque su dinero resultaba escaso. Cobró cariño a Kitty y la aconsejaba:
No sólo debes matarte trabajando; sal hasta el parque, a veces, para tomar aire.



¡Qué escaleras —pensaba Joan—, tan oscuras y ventiladas! Agotan a cualquiera.— A veces, en el segundo piso, descansaba frente a las habitaciones de Beth.



Beth, que era una hermosa, alegre y pulcra mujer, hablaba con Joan acerca de Kitty: —Pobrecita, está de novia con Richard, excelente obrero. Si al menos recibiese alguna ayuda del hermano mayor que se fue a Australia... Pero, desde hace dos años, ignora si vive. Es muy dura la existencia para esa chica sin salud.



Daba gusto entrar en el piso de Beth donde todo brillaba.
Toma una taza de café conmigo, Joan. Me agrada hablar contigo.
Eres muy amable, Beth; gracias.

Después de la charla con la única inquilina pulcra de aquella casa, Joan llegaba a su cuarto cerrado, con olor a humedad, en el cual colgaban los pedazos del empapelado, mostrando la cal que perdió su blancura.



Joan no entraba en su cuarto sin echar una mirada a las camitas de hierro donde dormían los chicos. Sólo en una repisa diminuta se observaba esmero y limpieza: aquella en que, sobre limpio tapete, una Virgencita abría sus brazos. Sweety esperaba a su amiga y le saltaba al regazo: —Kitty no volvió del subterráneo. La hermana trabajaba allí.



Naranjas, algunos bizcochos y un pan enorme era lo que Joan traía a los pobres chicos, dándoselos cuando Kitty aún estaba fuera para no ofender a la pobreza de la muchacha.



En Joan, esbelta, fuerte y ojos luminosos, todo era firmeza, seguridad; sus largas piernas habituadas a las caminatas en los prados de Kent buscaban, incansables, la novedad de las calles londinenses. Cuando salía sola evocaba sus verdes prados, las estrellas, el recuerdo de los padres muertos que le recomendaron vencer con nobles armas en su lucha por la existencia. El doctor Morgan le dejó un escaso capital: —Alcanzará para que estudies en Londres; pero debes ser precavida.



Buscaba como único solaz el aire gratis de las plazas, la caricia del sol. Sus profesores estaban muy conformes con ella. Kitty admiraba mucho a su amiga: siempre lucía limpísima la blusa, los guantes...



La endeble Kitty, sin momentos libres para hacer limpieza a fondo, admiraba el esfuerzo armonioso...







Y así iban pasando los meses: Joan madrugaba para estudiar en su cuarto frío, antes de ir a la Universidad. Luego, al regresar, mal alimentada, aumentaba su pena al ver a los hermanitos de Kitty en medio del desorden y la suciedad, librados a sí mismos, en tanto la joven trabajaba en el subterráneo.



En otras habitaciones había luchas más sórdidas aún. Llegaba hasta Joan la voz aguardentosa de un hombre casado en segundas nupcias, cuya mujer había resultado tan mala como la clásica madrastra de los cuentos para sus hijitas. La perversa Helen castigaba a las niñas en ausencia del marido, quien, conociendo ese drama de sus hijas, optó por llegar bebido a su casa todas las noches.





En otro piso vivía un matrimonio casi anciano, cuyo único hijo, Peter, no trabajaba sino de vez en cuando. La madre subvenía a las necesidades del hogar con su trabajo de sirvienta por horas, y el esposo tenía un quiosco de cigarros. Peter llegaba a veces muy tarde, exigiendo a su madre la cena. Vestía con extraña elegancia y alguna vez se permitió decir un piropo a Joan con cínico alarde cuando la encontró en la escalera.



Whitechapel era un barrio miserable, solía pensar Joan sobre uno de sus libros en noches demasiado frías en que le era difícil concentrarse. En Kent lo hubiesen comparado con un basural, con una guarida de ladrones.






Su padre le había hablado de aquella posibilidad, una vez conseguido su título superior de enseñanza. Bien; quizá cumpliera ese deseo. ¡Qué diferencia con lo que ahora le rodeaba!


Sin advertirlo, representaba una luz en el sórdido hogar desde que alquiló su modesta habitación a Kitty, quien con aquel dinero podía dar mejor alimento a los chicos. La huérfana parecía menos débil ahora. Su novio, Richard, estaba agradecidísimo a Joan.
Alguna vez aconsejó a la muchacha de que buscase un hogar para los más chiquitos; allí los cuidarían bien. — Son casas especiales . . .


Y en tal caso ellos podrían casarse y ayudar a los niños cuando crecieran.
Se educan peor solos todo el día en esta calle horrible . . .
Prometí a mamá que los cuidaría, querido.


A veces hablaban de Gary, el noble, el apuesto Gary, el hermano mayor.
Si él volviera nos ayudaría; pero temo que . . . haya muerto.
Kitty, corazón, debes pensar un poco en ti. Me lo ha dicho tu amiga Joan.


Cuántas veces, en ausencia de su novia, el buen muchacho, obrero metalúrgico, rogaba a Joan que aceptase unas libras para comprar ropa de abrigo a los nenes.
Que ella no sepa que yo se los di; se ofendería, Joan.


Y Joan traía inesperados regalos para todos. Beth, la hermosa viuda del piso admirable de la casa, la acompañaba en sus compras: un jersey para Kitty, medias y sacos para los chicos, botas, guantes, chocolate, harinas, azúcar, té...


¿De dónde sacaría aquella alegría Beth Field? Parecía resplandecer hasta en el timbre dorado de su puerta que bruñía cantando.
¡Mira, mira cómo la limpieza hace brillar hasta el latón!


Antes de salir juntas, ambas mujeres, unidas en la amable farsa de hacer creer a Kitty que les había caído una ganancia extra con la cual querían hacerle algunos regalos, tomaban una taza de té en el saloncito de Beth.


Joan se sentía a gusto en la butaca de cretona, admirando los rústicos muebles, el piso brillante, las cortinas tenues, la lámpara con su pantalla floreada, los sillоncitos cómodos, el costurero, el estante lleno de novelas.
Y luego, la cocinita reluciente. Beth le dijo un día: — Mira, linda, tengo un cuartito con ventana, precioso, disponible; a propósito para ti. Vente a vivir aquí. Estoy sola desde que enviudé... Hace cinco años.


No tengo dinero para pagar una cosa así. — No hables de dinero. Tú me acompañas; da gusto verte leer, estudiar. –Yo sufro, pensando en la miseria de allá arriba . . .


Claro; allá estaba Sweety, pobrecita, y los chicos y la ayuda que ella podía proporcionar a Kitty. —Beth insistió: — Puedes seguir ayudándola.
Yo también, en lo que puedo; ¡si al menos se casara con Richard!


El gana bien, podrían tener un hogar discreto y educar a los chicos cuando crezcan. Pero Kitty está como enferma a causa de todo lo que sufrió.
La miseria la ha dominado.


Luego, mientras iban de tiendas buscando las cosas de abrigo para Kitty y sus hermanos, Beth habló de sus padres que vivían en el campo, fuertes como rocas. — Mi madre aún hace quesos y mi padre dirige las labores del campo.


–Un día iremos juntas, cuando coincidan algunas fiestas. Les gustarás a mis viejecitos y ellos a ti. Yo llegué a Londres con Thomas; como ahora trabajo bien aquí, no me decido a volver a mi pueblo; pero he de hacerlo después. — Concluidas las compras, y mientras Beth invitaba a tomar una taza de té con pasteles a su amiga, le confió lo triste que había sido para ella no tener hijos: — Pero está mi sobrinita y ahijada; es un querube; ya la conocerás.


Joan quedó realmente cautivada por la nobleza de Beth, su alegría, su buen corazón. Además, era muy bonita en sus veintinueve años. — ¡Lástima de mujer, sola en la ciudad, cuánto debió quererla su esposo!


Cuando desplegaron los paquetes frente a Kitty, la felicidad de la muchacha fue indescriptible y las llenó de emoción. Beth mintió con su habitual despreocupación: — Tuve unas libras de más, ¿sabes? Y pensé en ti, porque te quiero.







La escena que tuvo lugar en seguida fue de honda ternura. Ambos hermanos se abrazaron estrechamente; luego los niños, uno por uno, fueron besando a Gary. Les parecía un hombre maravilloso, fuerte, con su magnífica sonrisa. Pero muy pronto, al mirar en torno de sí, la expresión alegre del hombre fue apagándose al considerar la sordidez del ambiente. Joan vio todo aquello, y sus ojos se llenaron de lágrimas. Los profundos ojos de Gary sorprendieron su emoción y dijo francamente: — Es usted la muchacha más linda del mundo.





















De tal modo quedó iluminado el curso de aquellas vidas con la llegada de Gary Joan ocupó la bonita pieza en el piso de su amiga. El hermano se instaló junto a Kitty y los chicos. Un pintor y una criada arreglaron las habitaciones.






Los ojos de la viuda miraban con cierta inquietud a la amiga y agregó: —Sé franca conmigo. Puedo ayudarte. Le he hablado varias veces de ti. Dijo que eres la muchacha más linda del mundo.


Joan bajó la cabeza, emocionada.—Me lo ha repetido varias veces.— Me ha contado que le pareciste un ángel, un ángel fuerte, de los que llevan espada... Le pregunté si estaba enamorado de ti.


-Y él... ¿qué respondió?-Que los ángeles están demasiado altos. Que tú vales mucho.-Puede apreciarme, Beth, pero siento que no me ama.


Cuando salí de la casa de mi infancia, de mi tierra de Kent, juré no permitir que nada ni nadie se interpusiese en mi camino.


Lo juré a mi padre cuando moría. me lo he prometido cien veces. No puedo pensar en amor, en boda, en novio. He de estudiar y vencer. Tengo que llegar, y nada ha de distraerme, nada. Ya sabes lo que pienso, Beth.


Ambas mujeres se abrazaron conmovidas. Richard y Kitty vivían en dos piezas muy lindas, no lejos de Whitechapel; eran dichosos. Los hermanos menores de la familia estaban en una guardería y los otros en colegios donde los llevababa Gary, quien trabajaba con mucho provecho.


Casi todas las noches iba a tomar una taza de té en el departamento de Beth. Joan oía su voz sin dejar el estudio; la risa franca de la amiga la obligaba a distraerse y a sonreir a su vez.

—¿Vas a dejar esos libros, querida? Ven y tomaremos una copa de coñac.—Eran amigos y se tuteaban. Gary pensaba en su regreso a Australia. ¡Cómo iba a extrañar a sus amigas, tan bonitas las dos, tan diferentes! Joan miró a Gary, cuyos ojos contemplaban a Beth, ocupada en combinar un cocktail, y sintió deseos de llorar recordando cuando ésta le dijo: "Joan, sé franca conmigo. ¿Estás enamorada de Gary? Puedo ayudarte" Pero no quiso ser franca.



Tampoco deseó ser débil confiándose al amor como cualquier chica sentimental. Tenía su camino ascendente, no junto a un pequeño comerciante de Australia. Oyó que él decía:—¡Feliz quien sea amado por ti, Joan!



Y anheló decir algo más: eres notable y siento que te amo, Gary; pero no dijo nada, apretando los labios. Richard y Kitty venían a visitarla radiantes de dicha. Después de un rato de tertulia, Joan volvía a sus libros y cerraba la puerta, después de saludar a todos.







Ahora soñaba con algunas cortas vacaciones en Kent, la visita a personas con quienes poder hablar de sus padres y de su infancia dichosa, antes de marchar a un país remoto para seguir trabajando por su carrera.




Beth parecía menos risueña que en los primeros tiempos, cuando su casita era tan alegre. ¿Se acordaría de un pasado irrecuperable?
(Lo principal es que el hogar de Kitty ya posee lo indispensable.)


Aquella tarde se disponía Joan a salir con una amiga de la Universidad cuando llegó Beth, angustiadísima: –Richard ha caído de un andamio y murió instantáneamente.


Siguieron días muy tristes. Kitty parecía una sombra; reanudó su trabajo a la semana justa de enviudar, porque en ello encontraba equilibrio. El otoño tocaba a su fin, y la muchacha era incapaz de olvidar su único verano feliz.


Gary la sostuvo con toda ternura fraternal, obligándola a que pensara en el porvenir de los niños. Una noche le preguntó: –¿Vendrías a Australia con nosotros? Allí empezaríamos otra vida...


La viuda se echó a llorar. En cierto modo, aborrecía aquella calle sórdida, todo el pasado de angustia y los perdidos años de su amor por Richard. –Estoy dispuesta a seguirte, Gary.


Para los niños fue motivo de entusiasmo la novedad del viaje. Gary habló con entusiasmo; Kitty y Meg tendrían trabajo muy bien remunerado y todos iban a vivir en una linda casita bajo los árboles. Los hermanos mayores ayudarían a Gary, los otros asistirían al colegio. Pero cuando estuvo ya todo listo, Kitty sorprendió muchas veces la triste mirada de su hermano. Era casi la misma con que ella estaba despidiéndose de la calle sucia, de las habitaciones miserables, una mirada de dolor infinito.


La muchacha adivinó: –Estás enamorado de Joan, ¿verdad?–
Hubiera sido lo mismo que amar al lucero del alba.

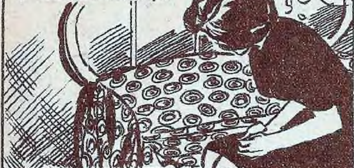

Y no logró hacerle decir nada más hasta la víspera de la partida.–
Joan no piensa, no habla ni siente como tú y yo...


–Nació en un ambiente diverso, escogido, no en el bajo fondo de la sociedad.
Lo que cuenta es el alma, la conducta. No hemos rodado...
Eso, sí, pero ella debe subir cada vez más...

Joan experimentó una aguda sensación de pérdida con la noticia del viaje. ¿Le hubiera aconsejado su padre, tan recto y tan tierno, que alejara a un hombre bueno y honrado, al que amaba? ¿Nó hubiera sido Gary un apoyo para ella? Para el doctor Morgan la única aristocracia había radicado siempre en el corazón.

Beth parecía más animada al comentar que los hermanos se habían liberado para siempre de aquel sucio agujero. Sin embargo...–Tu mirada se ha hecho muy triste, Beth...– Cuando el tren arrancó de la estación de Waterloo, Beth y Joan, del brazo, vieron alejarse a sus amigos. Los chicos lloraban, y Kitty sollozó. Gary, erguido, apretados los labios, mantenía lejos su mirada, aunque agitó el brazo al partir el tren.

Esa noche, Joan, desolada, procuró evocar a su padre y le contó a Beth algo que solía decirle, muy importante para ella: - Sé buena, valiente y veraz, y el mundo será tuyo.



Miró a los ojos tristes de la amiga mayor:–Pero creo haber mentido por una vez, querida. Amo a Gary y le dejé marcharse sin él saberlo. Con gran sorpresa vio a Beth correr hacia ella.–Después, algún día hablaremos de todo esto, querida. Por ahora, lo principal es que has cumplido en tu carrera. Voy a proponerte pasar un mes en casa de mis padres. El sol, el verde, la alegría del campo nos vendrán bien.

La granja se llamaba "Sunrise". Llegaron en los primeros días de agosto. Los perros salieron alborozados a saludar con sus ladridos a Beth. Luego visitaron los frutales, los sembrados, los gallineros.



La charla de los viejos era continua, saltarina, alegre. Joan tuvo su cuarto aboardillado con altas camas cubiertas por colchas de cretona florida. Se sucedieron los desayunos a la sombra de los árboles, las felices comidas en el porche, la amistad de Joan y Beth creciente en diálogos tiernos.



Una mañana, a tiempo de brindar con un vaso de leche recien ordeñada, ambas amigas convinieron en que se sentían muy felices en el campo, rodeadas de seres cariñosos, puros y rectos. Después habló Beth con honda ternura:—Joan, creo que procediste con sentido común al rechazar el cariño de Gary. He sufrido mucho y sé que lo importante en esta vida no está en ser sentimental. Yo tampoco lo soy...



—Gary es un sentimental. A su modo, sincero en el fondo, nos quiso a las dos. Te diré que me atraía mucho. Pero... prefiero mi paz actual, así como tú prefieres tu trabajo y tu porvenir.—Joan miró a Beth con hondo cariño.—No le habrás rechazado pensando en que yo lo amaba, ¿eh?—Vio enrojecer a la otra.—Aun cuando así hubiera sido... Ahora estoy satisfecha de haber procedido como lo hice.



La joven se sintió feliz, sin dejar de pensar en que Gary, Kitty y sus hermanos encontrarían también la paz en Australia. Su alegría se completó al ver en los ojos de Beth la antigua expresión alegre, luminosa.—Tenía razón tu padre, querida. El mundo es de de los buenos cuando saben ser valientes.



intervalo ALBUM

Año XIII Nº 44

INDICE

pág.

Una publicación de

COLUMBA

S.A.C.E.I.I.F.A.

•

Editores responsables
Ramón Columba (h.)
Claudio Columba (h.)

Redacción y Administración
Sarmiento 1889 **Buenos Aires**

•

PUBLICACION ADHERIDA AL INSTITUTO VERIFICADOR DE CIRCULACIONES

Venta interior y exterior: B. Bertrán

Independencia 1253

Venta Capital: Rubli Hermanos

Talcahuano 1146

Registro Nacional Nº 679.577 de la Propiedad Intelectual	Correo Argentino Central B.	Franqueo a Pagar Concesión Nº 372 / Tarifa Reducida Concesión Nº 2761

(19-9-61)

ROSSO S.A.I.C.I. Dobias 955

Una historia como tantas...



Mi vida transcurría sin mayores altibajos. Las mismas obligaciones todos los días y la lucha para hacer alcanzar mi sueldo para las necesidades esenciales.



No vislumbraba un porvenir mejor. Hasta que un día...



...en una revista me llamó la atención un aviso y escribí inmediatamente. Presentí... era mi porvenir.



Al poco tiempo ya realizaba trabajos de laboratorio que me ayudaron a solventar mis estudios.



Al promediar el curso y con el consejo de mis profesores me inicié en fotografía social.



*Rendí examen y, distinguido con una **BECA COMPLETA**, se hizo realidad mi sueño de conocer Buenos Aires.*



En las amplias instalaciones de la Escuela perfeccioné aún más mis conocimientos.



*Y **HOY**, gracias a la Escuela Fotográfica Sud Americana, soy un profesional muy bien remunerado.*



***USTED...** hombre o mujer puede tanto como yo. Envíe el cupón y recibirá amplios informes del único curso de **FOTOGRAFIA** que encara todos los problemas profesionales con equipos incluídos!*

EFSA **ATENCION:** **TAMBIEN CLASES PERSONALES**
CURSOS PERSONALES Y POR CORRESPONDENCIA



ESCUELA FOTOGRAFICA SUDAMERICANA

LORIA 531 - Buenos Aires

Nombre ....

Dirección .... Nº ....

Localidad .... F. C. N. ....

INT. ALBUM 7, 61